

## 1. URUGUAY

Dentro de tres días nos vamos a Sudamérica de año sabático. Este término en el contexto de la Universidad Autónoma significa que hay un proyecto de trabajo, alternativo al cotidiano, que justifica su concesión. En mi caso se trata de impartir cursos de formación en metodología de investigación por distintos centros; en consecuencia, el viaje irá pivotando por centros donde he sido invitado. Entre curso y curso nos proponemos conocer los alrededores.

No conozco a nadie de los lugares donde he contactado. He escrito –emails- a personas recomendadas por alumnos o compañeros. Con las respuestas positivas, o con buenas intenciones, hemos trazado el itinerario. Una vez allí, seguiremos concretando las etapas.

Como vivimos en un piso alquilado y no podemos pagarla y al tiempo hacer frente a los gastos en América, lo hemos dejado; hemos enviado los muebles a un depósito a Ávila –qué más nos dará cuando estemos a diez mil kilómetros- y nos hemos quedado con las maletas para el viaje.

### 01 octubre 2007

#### ES El Boalo/ Despedida

Con los muebles a buen recaudo y con los coches al resguardo de los descuidados, ayer a las 5 de la tarde nos lanzamos al cine a Villalba. A las 12 de la noche llegamos a casa, tras perder el último bus y pasear a por el arcén desde Moral a Cerceda; luego subir a El Boalo fue una delicia.

El piso vacío de nuestras cosas nos prepara para el ascetismo de los cubículos donde nos dejaremos caer. Un buen libro y nuestra mini-radio-despertador son el viático apropiado para las estancias a cubierto.

Comenzamos el viaje con alegría y espíritu de aventura. Los amigos están trabajando y un taxi al aeropuerto puede costar más que un bus en Argentina para hacer mil kilómetros, así que, con nuestros dos bolsitos a la cadera, las mochilas pequeñas al pecho, las mochilas grandes a la espalda y empujando el maletón de ruedas, nos subimos al autobús de Colmenarejo destino a Plaza de Castilla. Luego el metro y sus trasbordos... y finalmente el aeropuerto. El viaje en avión, a Montevideo, ha sido mucho más sencillo.

### 04 octubre 2007

#### UR Montevideo

Buenos ¿días? ¿tardes? Son las diez menos cuarto y estamos escribiendo desde el hotel donde nos acaba de dejar nuestra anfitriona en Uruguay. Acabamos de desayunar, pues en el avión nos castigaron sin desayunar debido a unas "pequeñas turbulencias" 😊 de última hora. Desde el avión, todo se veía muy verde, pero en el centro de Montevideo estamos rodeados de altos edificios.

Estamos situados a cuatro cuadras del río de la plata (parece Benidorm, con todos los edificios a pie de playa) hace buena temperatura 21º, y cielo despejado.

Ya ha comenzado la aventura.

## 06 octubre 2007

### Pampero

En realidad, este ciclón que está pasando por el mar de la Plata no es un pampero, como el que hace casi doscientos años golpeó con furia la nave del capitán FitzRoy en su primera singladura por estas aguas y que estuvo a punto de dar con sus huesos y los de su tripulación contra la costa rocosa de Maldonando, solo a unas millas de aquí.

El joven marino comandaba por primera vez una nave, con el encargo de cartografiar durante un año los alrededores de las costas patagónicas; no podía imaginar que su bergantín con diez cañones, Beagle, alojaría, tiempo después, a otro joven creativo y ambicioso: Charles Darwin, ni anticipar tampoco el tiempo de su navegación.

Así, nosotros vimos ayer caer la noche directamente de una masa nubosa que filtraba la luz menos que el carbón; vimos las mismas aguas chocolate desleido agitarse en la depresión barométrica; las mismas aguas caer, como a hipidos, de unas nubes que borraban las antenas de los primeros rascacielos del pasado siglo, ensimismados en adornos selváticos. Así, nosotros ponemos proa a las olas de la incertidumbre y cogemos rizos a las velas de la voluntad para que la nave del día a día cartografié los puertos marcados.

## 9 octubre 2007

### Diario

Un día más, en la Universidad Católica. Fuera llueve, dentro muchas horas de trabajo, lectura, estudio, clases... 😊 Los uruguayos nos están tratando muy bien, son muy solícitos y amables. Por ejemplo, el sábado fuimos con nuestra anfitriona a conocer la Ciudad Vieja (realmente vieja, no antigua) ya que coincidía con la celebración del Día del Patrimonio, en que están abiertos todos los edificios importantes, vaya, jornada de puertas abiertas. Comimos muy bien (ya colgaré la foto del peazo entrecot que me metí pal cuerpo 😊) acompañado de un "medio y medio" (vino blanco mezclado con cava, peligrosamente rico).

Nos ha impactado el contraste que encuentras en las calles de la ciudad. Me explico, al lado de una torre de 15 plantas puedes ver una casita de una o dos plantas, un "palacete" del siglo pasado y al lado de una fábrica, un hotel. Hemos encontrado carros tirados por caballos para recoger cartones, aceras realmente peligrosas, autobuses con... muchos años... eso, en el sentido negativo, pero también hay cosas muy buenas que merece la pena resaltar. Da la sensación de que la gente hace mucho deporte, por la rambla (es como un paseo marítimo que recorre la costa de Montevideo) se ve correr a hombres y mujeres de cualquier edad, así como montar en bicicleta... La manera de vestir de la gente "mayor" (me encanta) es casual, deportiva, informal...además, las mujeres, no se cortan el pelo cuando les empiezan a salir canas!!! Es genial!!!!!!

Es inevitable, no puedo mirar esta sociedad sin compararla con la nuestra. Los transportes, el estado de algunos edificios, pequeñas cosas que bien podían representar la España de hace 50 años (yo no estaba pero me lo han contado 😊)

A pesar de ser una ciudad grande, con un millón y medio de habitantes en la capital uruguaya (otro millón y medio en el resto del país), es una ciudad tranquila. Por cierto, se me olvidaba, del millón y medio que son, un 70% camina agarrado a un termo y prendido al mate, (no es una forma de hablar, adjuntaré documentos gráficos).

**16 octubre 2007**

### Lobería

Con este singular letrero se nos indicaba la proximidad de una colonia de lobos junto al mar: o sea, lobos marinos. Esto pasaba ayer, en la costa atlántica sur, Cabo Polonio, departamento de Rocha, república oriental del río Uruguay. Apenas eran las 8,30 de la mañana; hacía fresco y estaba soleado. No había nadie más en la playa rocosa próxima a la "lobería".

Antes de contemplar las rústicas letras pintadas en rojo sobre tablas reutilizadas sin barnizar, nos habíamos echado a andar sobre un arenal, colonizado por un bosque de pinos y matorrales. Las recientes lluvias habían dejado numerosas charcas donde los croares de ranas y sapos daban la bienvenida a la jornada feriada, en la que se celebra aquí la llegada de los primeros europeos en año sabático, allá en los comienzos del siglo XVI.

Antes aún, nos habíamos levantado, en plena noche, en nuestra casa prestada en La Paloma: pequeño pueblo costero alimentado de la resaca turística de Punta del Este, el cual, en estos albores de temporada, presentaba una imagen algo desolada. Solo los surferos más fanáticos grindaban todo lo que rompía en una de sus playas arenosas. Aunque lo intentamos, la falta de trajes de invierno impidió que tomáramos las primeras espumas americanas.

Próximos ya al faro de Polonio, nos preguntábamos si los mamíferos marinos constituirían una colonia estable, o solo vendrían en el verano austral, auspiciados por el ministerio de turismo. Subíamos y bajábamos rocas graníticas redondeadas, esforzábamos la mirada para distinguir lo que solo en los documentales de "La Dos" habíamos visto de forma diferida.

De repente, al crestear un bloque, los descubrimos. Creo que abrí la boca tanto como la primera vez que vislumbré el circo de Gredos desde el Mirador. Allí estaban. Su olor primitivo los había precedido y, ahora, solo para nuestros ojos, gruñían en parejas, saltaban al agua blanca del rompiente, escalaban imposibles zonas con su corpachón arrastras, aullaban al cielo, y, sobre todo, tomaban el sol plácidamente, absorbiendo la radiación con su oscuro pelaje.

No se puede -afortunadamente- poner en palabras o en imágenes la sensación de observar por primera vez un ser vivo, pariente nuestro en el pelo, los pulmones y la dependencia materna. Experimentábamos la creación como lo habían venido haciendo los marinos de maderas de antaño y jarcias agigantadas por el hielo

austral. Como ellos, mirábamos incrédulos esos seres mitad pez y mitad cerdo que surfeaban olas en busca de pescado fresco. Quizá, como ellos, mirando fijos al noreste, pensado en la Europa/hogar que nos viera partir, sentimos un burbujeo en la boca del estómago y un pensamiento cometa cruzó nuestra mente: mereció la pena el viaje.

Tras un almuerzo restaurador, reemprendimos la vuelta a pie de siete kilómetros por los arenales, en busca de más encuentros prometidos. Al llegar a la carretera, a solo dos kilómetros más, navegando por praderas pamperas inundadas, que nos recordaron pasajes de Los hijos del Capitán Grant, nos introdujimos en una maravilla botánica de difícil descripción: El bosque de Ombúes.

Con agua a un lado -de la laguna de Castillos- y al otro -de las recientes anegaciones- una débil barrera de firme sostiene a estas criaturas vegetales -que no árboles- fruto más bien de un sueño tolkiano y reto a la organizada evolución de Darwin. El cual, -según he ido leyendo en Hacia los Confines del Mundo- ya ha conocido a FitzRoy, ha visto los escasos 18 metros de eslora del Beagle y ha comprobado la estrechez de la vida marinera.

## 20 octubre 2007

### Desde el aire

Cuando ya creíamos que los uruguayos no nos podían sorprender y tratar de agradar más, se nos hace la magnífica propuesta de sobrevolar Montevideo en una avioneta Piper de cuatro plazas... bueno, bueno, no tengo palabras. Con la emoción añadida de un día algo ventoso, nos subimos al aeroplano que desde fuera parecía de juguete, acompañados por un piloto con gran experiencia. Despegamos del suelo y bordeamos la costa montevideana, sobrevolando el cerro por el que se supone que el nombre de la ciudad tiene significado MONTE (= cerro), VI (= sexto en romanos) DEO (= de Este a Oeste). Es un cerrín de unos 200 o 300 metros, pero para ellos es un símbolo pues todo esto es muy plano. Durante breves minutos, Orfe, como copiloto, se hizo cargo de los mandos de la avioneta...¡eso si que tuvo emoción! 😊....😊

Mañana domingo nos vamos de esta ciudad donde tan bien nos han tratado, con dirección a las cataratas de Iguazú. Haremos un alto en la ciudad brasilera de Porto Alegre para partir el viaje en dos pues son aproximadamente unos 1.900 km de distancia a realizar en ómnibus.

Las tres semanas de Uruguay han pasado entre lluvias, muchas horas de clase, agasajos –incluida la presidencia de honor de un congreso- cenas en la habitación del hotel con el infernillo de montaña, paseos urbanos y el delicioso fin de semana a Cabo Polonio. Nos han hecho sentir muy cuidados; por todo, cuando nos despedimos, les decimos muy sinceramente que han puesto el listón muy alto y que va a ser muy difícil de superar.

**28 octubre 2007**

### **Iguazú**

En la improvisada tienda en la que pernoctaba el comandante de los españoles se escuchó antes de la madrugada un entrechocar de utensilios y un callado grito que despertó a sus moradores. Don Alvar se había incorporado y abría desmesuradamente los ojos para que la pálida luz del inminente amanecer le llenara de realidad su cabeza. Tenía la camisa de lino abierta y pegada al cuerpo por el sudor. La noche anterior había llegado demasiado tarde para ponerse la camisa larga de dormir.

Ahora, en su cabeza empezaban a desvanecerse las imágenes de la pesadilla que le había roto el sueño: libélulas gigantes con hombres en su interior, profiriendo un ruido semejante a la de una furiosa mar rompiente; rejas de hierro sobre el río por las que caminaban multitudes medio vestidas con horripilantes prendas multicolores; extrañas barcas de tela atestadas de pasajeros que avanzaban sin velas ni remos; calles en medio de la selva, con más gente; grandes edificios fruto de la peor imaginación de un pintor flamenco ebrio... Y todo esto, alrededor de las cascadas que solo unas horas antes, guiados por indígenas, había descubierto para mayor gloria de Dios y del rey de las Españas, en cuyo imperio no se pone el sol.

En toda su vida de aventurero y descubridor, Alvar Núñez Cabeza de Vaca nunca había sentido que se encontrara delante de la verdadera obra de Dios como le había ocurrido en las horas ya pasadas. Remontar el río Iguazú desde el Paraná, presentir, por el ruido, la magnitud del escenario, aguzar la vista en cada vuelta del río, mientras arrodillado y mirando hacia delante; estas acciones le habían predisputado a esperar algo grandioso, pero no lo sublime.

Deseó ser Homero, para poder darle el tono épico que merecía; quiso ser Garcilaso, para narrarlo con brío, pero finalmente ya no quiso ser nadie. Tuvo una sensación de antesala de Cielo que le dejó mudo; paralizado ante el circo de selva que se habría en un gran labio por donde el agua de todas las costas marinas se precipitaba sobre varias terrazas sucesivas. Paralizado seguía cuando la frágil barca de los indios, que precedía a la suya, se daba la vuelta incapacitada de proseguir más, dada la fuerza contraria de la corriente. En ese punto, todo se tornaba una nube de agua en polvo que ascendía con la fuerza de un incendio; el borde de las cataratas se había dejado de ver y él, definitivamente, se pensaba en ascenso al otro mundo.

## 2. PARAGUAY

### 01 noviembre 2007

#### Paraguay

Después de unos cuantos días aislados de las tecnologías, volvemos al espacio para contaros nuestra experiencia en Paraguay.

Después de alucinar con las cataratas, tanto del lado brasileño como del argentino, tomamos (aquí no podemos COGER nada 😊) un bus hacia Ciudad del Este del Paraguay y ahí otro que nos llevó a una ciudad más pequeña que se llama Villarrica. No tengo palabras para describir la sensación de agobio que sentí al bajar del bus y estar a 37° con aquella humedad (60%)... 😱 Arrastramos nuestro cuerpo junto con las maletas hasta un sitio con aire acondicionado donde pasar un par de noches.

Estábamos cerca del Parque Nacional de Ybitiruzú, donde se encontraba el cerro más alto del Paraguay, el Tres Kandú con 840 metros, que subimos tras una guía que hablaba prácticamente todo el rato en guaraní. Superamos unos 600 metros de desnivel positivo, a través de una selva cerrada, húmeda, rodeada de cantos de pájaros y mucho, muuuuuuuchoo calor! Nos refrescábamos en el río que bajaba con la pendiente del monte y al llegar a la cumbre, se podía ver una tremenda extensión de terrenos de cultivo de caña de azúcar, de maíz...

Una cosa que nos ha llamado mucho la atención es que cuando estás en un autobús, esperando a que arranque o en las paradas que hace, hay gente (desde niños con 6 o 7 años hasta gente mayor) que suben al bus y te venden de todo: helados, pinchos morunos, calcetines, bobinas de hilo, bolsas con fruta...suben y bajan rápidamente y si no pueden subir, te lo venden por la ventanilla del bus. Me resultó duro ver trabajar a los niños, parece mentira, pero es una durísima realidad.

### 03 noviembre 2007

#### Tres Kandú

Saber que el azar nos había puesto en las proximidades del cerro -por acá se usa el término cerro en lugar de montaña- más alto del Paraguay, nos animó a intentarlo. Se trata de un alto en la cresta de la Sierra del Ybitiruzú: cicatriz bulbosa de selva que recorre de norte a sur la zona meridional del país.

Madrugamos, aunque no mucho porque andábamos cansados de la caminata del día anterior por el parque nacional Ybitiruzú, y nos introdujimos en el tablado de las maravillas que constituyen los ómnibus locales.

En primer lugar, al no vender los asientos numerados, los viajeros subimos al coche con tiempo suficiente para poder sentarnos... y comenzar la sauna. El vehículo llevaba ya varias horas al sol y las ventanillas abiertas no conseguían aligerar el calor interno. En cuanto se produjo la masa crítica de ocupantes, empezó el desfile colorista de vendedores ambulantes, esquivando a los nuevos inquilinos. Si uno no se siente demasiado turbado por la presencia de niños de hasta siete años, puede disfrutar del calidoscopio de la oferta:

manzanas, tomates, especias, helados, banderillas de carne, radios, bobinas de hilo, chipas, bizcochos, aspirinas, plátanos, tijeras, peines, cortaúñas, piñas, chicles, caramelos, calzoncillos, cuchillos, destornilladores, caramelos, chorizos, DVDs piratas, galletas... Algunos subían dos veces, por si algunos nos arrepentíamos, y el último bajaba ya con el autobús en marcha.

Tras hacer los 45 km en poco más de una hora, nos bajamos en la localidad de Garay. Una explanada verde, cuadriculada, y extensa hasta donde llegaba la vista; a excepción del brumoso cordón verde oscuro de la sierra. Preguntamos varias veces a los paisanos y comprobamos que las palabras izquierda y derecha no siempre se corresponden con los signos propios de las manos. En cualquier caso, mientras nos acercara a la sierra valía.

El día era soleado, intenso, con el aire casi en calma. Caminábamos por pistas de rojo arcilloso que nos iban presentando las casas –cabañas en la mayoría de los casos- encerradas por cercados paralelogramos, que hacían recordar más el trabajo de un despacho que la colonización de hombres de la frontera.

Trascurrieron más de dos horas, en las que el calor no daba respiro, y en las que la belleza del verde del sotobosque alternaba con algún grupo arbóreo. En un giro de la pista encontramos un cartel anunciando el parque y un servicio de guías. Más por la experiencia de hablar con un local que por presentir la dificultad del camino, decidimos contratar a un guía. Guía que resultó ser una niña, que decía tener 19 años, y que hablaba perfectamente guaraní; lo del español era otro cantar. Su madre tampoco lo hacía mucho mejor. Así que jugando a las señas y convenidos en el precio de 20.000 guaraníes, nos dirigimos a la base de la sierra.

Proseguimos entre campos cultivados que albergaban maíz, caña de azúcar, tubérculos y pasto... hasta donde nos hicimos entender.

La base de los montes se prometía salvadora del calor y del ritmo sofocante al que nos sometía Silvina. Pero, entrar en el bosque fue como entrar en una sauna tras llegar a la meta de un maratón. Se nos cortó la respiración; la humedad era asfixiante; empezamos a transpirar hasta por los parpados; los vapores de la putrefacción de las hojas y de la vida vegetal lo invadían todo.

La belleza era canónica, es decir única, apabullante, singular, para un europeo. Todos los tonos de verdes en todos los tamaños de plantas; desde los helechos/árboles, pasando por las lianas y un sinfín de árboles cuyos nombres no conocemos.

El cielo quedó reducido a un estrecho fondo en la vertical de nuestras cabezas, que el camino, de la anchura del caminante, serpenteaba con el mismo paisaje delante o detrás, a derecha o a izquierda. Hasta que no empezamos una fuerte subida jugueteando con la línea de máxima pendiente, no sabíamos dónde estábamos. El GPS no era capaz de atravesar la cubierta vegetal, lo que hubiera hecho muy difícil orientarse para volver.

En uno de esos momentos de silencio con uno mismo, alguna idea negativa animaba la marcha, como que apareceríamos en un claro donde los simpáticos familiares de la guía nos invitaran a dejar de pasar calor, dándoles todo lo que llevábamos encima (que es todo lo de valor, porque, menos dentro de la ducha, no nos

desprendemos de documentación y dinero). Afortunadamente, esas imágenes eran más fruto de nuestra imposibilidad de seguir su ritmo y de nuestra incapacidad para respirar normalmente.

Tras numerosas paradas, para recuperar el resuello, y no cortarnos las manos con un cable pasamanos, que la falta de presupuesto había reducido a poco más de un cordón de zapato, empezamos a ver más trozo de cielo y cierto viento que presagiaba que la sauna verde tenía un fin.

Como pasa siempre, acceder a la plataforma cimera, despejada de vegetación, sentir el aire evaporando nuestras ropas empapadas y, sobre todo, mirar al llano verde infinito desde este mirador privilegiado, compensó todos nuestros esfuerzos. Ser los únicos guiris en la montaña más alta de Paraguay, en un día domingo, era otro regustillo no desdeñable.

Cuesta abajo, todo rueda, y en Ybitiruzú, a 37° con 65% de humedad, todo suda. Así que, al cruzar un riachuelín de montaña, indicamos a nuestra paraguaya que se adelantase un poco, y procedimos a sumergimos, desnudos, en un pequeño riachuelo. Con parte del sofoco ya eliminado, atacamos la vuelta, que resultó ser de la misma longitud.

Con la puesta de sol frente a nuestros pasos dimos por perdida la posibilidad de hacer dedo para volver a Villarrica. Afortunadamente, a costa de nuestro peculio un taxi del miedo (como todos por aquí) sin cinturones de seguridad y adelantando en prohibido, sin visibilidad y de noche, nos puso de vuelta en nuestro hotel.

Treskandú: Seguramente, la cima más sudada de nuestras vidas.

### 3. ARGENTINA

#### AR, Mendoza

La odisea siguiente fue viajar hacia Argentina, tomamos un bus a las 9:30 de la mañana en dirección a la capital paraguaya, Asunción, 4 horas. Una hora después, salía un bus que tardaba 13 horas hasta Santa Fe, cuatro de la mañana. A las 6.30 am otro bus más, 15 horas hasta Mendoza que es donde estamos ahora mismo. El viaje todo un récord en nuestras vidas.

Hemos alquilado un departamento para estar unos días, dentro de lo malo, no lo peor y para tratar de hacer una vida ordenada, cocinándonos y gestionando el día a día nosotros mismos.

#### 06 noviembre 2007

##### Excursión en Los Andes

Ayer día 5 de noviembre, y ya con ganas de salir de la ciudad, madrugamos (5:00 am) para coger un microbús hacia el lugar más alto dentro de Argentina: Las Cuevas (3.151 m sobre el nivel del mar). Con una mezcla de sensaciones, tanto por la altura como por el hecho de estar en Los Andes, estábamos dispuestos a buscar un sitio desde donde ver el cerro Aconcagua. Habíamos pensado subir hasta el puerto de Cristo Redentor por una antigua carretera que servía, antes de que construyeran un túnel, como paso fronterizo de Argentina a Chile. Desde este puerto suponíamos que, haciendo uso de la cartografía adquirida, se divisaría el Gigante de Piedra.

Un guarda, nos indicó un camino alternativo a la antigua carretera, uno como a nosotros nos gusta (de no haber sido por la altura, estaba genial para hacerlo corriendo) que subía por una loma siguiendo la línea de máxima pendiente y se saltaba las zetas que hacía la carretera.

Nos pusimos en marcha, ataviados con nuestros bastones y cargados con un par de litros de agua y algo para comer. Coronamos a 3.821 m. Un viento frío soplaban del otro lado del puerto; una visión espectacular se ofrecía a nuestros ojos. Montañas inmensas tanto del lado chileno como del argentino, cuajadas de nieve y sosteniendo inmensos glaciares colgados.

Nos cobijamos a sotavento contra un antiguo edificio y dimos cuenta de las provisiones, mientras nuestros ojos no eran capaces de abarcar la inmensa mole del Aconcagua.

Podíamos haber bajado por la carretera (que se había convertido en pista, no tenía nada de asfalto y en algunos tramos estaba tapada de nieve), pero no... decidimos bajar casi por el mismo sitio por donde habíamos subido ya que el terreno (tierra, parecido a la nieve suelta) permitía que, hincado los talones en el suelo, el desnivel no fuera problema para el descenso. ¡Peero! ... llegó un momento en que la cosa se empezó a poner algo difícil, y más cuando el cuerpo se pone rígido por la tensión. Yo, lo reconozco, pasé miedo de verdad. Tenía claro que, en caso de resbalar era imposible pararse. Para que os hagáis idea, bajábamos por una loma muy pendiente, deslizándonos, como si lleváramos patines y, de repente, el terreno cambió, se volvió duro y las zapatillas eran incapaces de sujetarnos. A un lado bajaba un riachuelillo que en algunas

zonas estaba cubierto de nieve dura o hielo del color de la tierra y no daba garantías de no hundirse con nuestro peso. Por evitar ir caminar por esa zona, en lugar de seguir descendiendo, hicimos un flanqueo manteniendo la altura, hasta encontrar un terreno algo menos duro. Finalmente nos dirigimos de nuevo al barranco por donde discurría el río. Toda una experiencia.

Gracias a Dios, un maravilloso sol nos acompañó durante todo el día en un entorno tan “breathtaker”.

## 19 noviembre

### Puente del Inca

Entramos en una caseta destortalada de techos de planchas metálicas onduladas. Su interior está forrado, a tramos, con distintas piezas de madera, sobre las que han plantado fotos y pósteres de montañas. No hay clientes en ese momento. Elegimos un rincón, apoyamos las mochilas en un lateral y nos sentamos mientras esperamos a que nos atiendan.

Tenemos la cara quemada, tanto por el sol como por el viento. Esto ha sido la constante en los tres días de alta montaña que estamos terminando. El viento ha hecho que los cero grados ambientales se convirtieran en algo más que fresco y que, por un momento, temiéramos que nuestras zapatillas de correr por montaña se quedaran cortas. Aunque, por otro lado, el viento ha mantenido despejadas las cumbres y nos ha permitido disfrutar de tres días de auténtico andinismo.

Un par de sándwiches de tamaño montañés y un refresco, que nos quita el polvo de la garganta, nos van poniendo a tono. El desayuno de hoy había sido frugal: té y un par de barritas.

Estamos repantigados, comiendo y bebiendo despacio; sintiendo ese narcótico natural del cansancio y los cambios de altitud; parándonos en las fotos de las paredes y reconociendo los sitios por los que acabamos de pasar. El lago Horcones (donde se dan la vuelta los turistas), el río Horcones (turbulento y chocolateado, como el Baltoro), Confluencia (nuestro campo base a 3.300 m), Plaza de Francia (4.200 m campamento base de la sur del Aconcagua). Todas estas fotos ahora están en nuestras cámaras y nuestras retinas. Ahora formamos parte de las ensueños provocadas por los relatos de otros y las instantáneas de otros.

Entra un grupo de turistas y nos miran. Tenemos el pelo revuelto y sucio; los pantalones están rebozados del polvillo rojo omnipresente; tostados y con ese sello característico de los que vuelven, de los que han estado, de los que han superado alguna meta, de los actores frente a los espectadores.

Damos cuenta de la comida y nos dejamos invadir por un soporciloso de lo más agradable que hace que reposemos la cabeza contra la pared y cerremos los ojos. Fuera, el viento aúlla a intervalos y hace sonar las chapas y los remiendos de la caseta, los cuales no han sido suficientemente sellados con bolsas de plástico arrugadas. El exterior es desértico, pedregoso, roto, labrado por el agua y el viento; la media montaña que separa el Puente del Inca de las alturas mayores de los Andes son oscas. Apenas ralos matojos de hierbas de altura que las mulas buscan afanosamente. Las descendientes de aquellas mulas que llevaron a Darwin a través de este valle de Uspallata de vuelta a Valparaíso; con la mente en ebullición tratando de explicar cómo

sedimentos marinos aparecen a más de cuatro mil metros. Quizá él pudo disfrutar de las aguas termales del lugar, nosotros no.

Suena de vez en cuando alguno de los tremendos camiones que pasan cerca, camino de la frontera chilena e impiden que nos durmamos. En realidad, no queremos dormirnos; lo que deseamos es volver a cargar la imagen de la cara sur del Aconcagua. Mejor dicho, el contexto: el frío de los cuatro mil metros, el viento en la cara, el sol iluminando el inmenso anfiteatro. Los dos solos (otra vez) diciéndonos que desde donde estamos (la base de la montaña) hasta arriba hay dos mil setecientos metros de desnivel. Cuando miramos a la pared tenemos que mover la cabeza para recorrer todas sus partes; sus campos de hielo colgados de la cima, blancos por la constante innivación; sus espolones rocosos, rotos y traicioneros; los anfiteatros con glaciares que rompen en cortados imposibles; los conos que recogen todo lo que se va desprendiendo de la pared, sucios e imposibles. Es magnífica. Es una trampa que quepa dentro del visor de la cámara. Es una de esas contemplaciones que justifican la marcha hasta plaza de Francia, el desplazamiento a Mendoza, el viaje a La Argentina.

## Rio Cuarto y Córdoba

En la estancia en Rio Cuarto (Argentina), donde hemos estado hasta final del mes de noviembre de 2007, lo más destacable ha sido la gente de allí, que nos ha acogido, mimado, y cuidado con esmero. De nuevo, cursos intensivos, asesorías, charlas supuestamente informales.

Hemos conocido la ciudad de Córdoba, nombre de la capital del departamento homónimo, dónde por primera vez en el viaje, hemos visto edificios coloniales. Para llevarnos una impresión general de esta zona, también hicimos una excursión a un pueblo (hiperturístico) llamado Villa General Belgrano. Desde allí nos internamos en las sierras bajas de Córdoba hasta otro pueblo llamado La Cumbrecita; una antigua colonia alemana. En este ultimo pueblo, nos salimos de los senderos para turistas y recorrimos la parte alta de la sierra, con baño en el río y bocadillos secándonos al sol.

Río Cuarto, antigua Villa de la Concepción de Río Cuarto, nos parece una Mendoza talada de árboles y plazas; cuajada de casitas bajas y mochas, fundadas como si fuesen a pasar revista por el omnipresente General San Martín.

El río, de nombre indígena difícil de recordar por los barbudos blancos del este, paso a ser el que va detrás del tercero; aquí regatea tranquilo por el campus. Esa tranquilidad, parece faltarle a la académica que vocifera tras una mesa, enfrente nuestro. Morena, con raya al medio y media melena, desangelada, como una prototípica activista europea de izquierdas de los setenta, debe de hallarse en la cincuentena. Su mirada es persistente, como si quisiera que le confesara que estaba copiando en el examen. Por otro lado, no para de sonreír, con esa presencia que debían de tener los inquisidores antes de mandar a alguien a la hoguera para

purificar su alma. Una y otra vez nos azota con el látigo del “¿por qué no te callas?”<sup>1</sup> y lo equipara a un pecado histórico como la trata de esclavos. Ningún comentario relajante enfriá su indignación, ni siquiera cuando le digo que yo no voté por la vuelta de los Borbones. Su exégesis de la afrenta nos hace temer que suba a la mesa y se rasgue, como los sacerdotes hebreos, las vestiduras. Como toda pesadilla, finaliza. La vigilia de nuestra anfitriona pone un punto de cordura y rematamos con un silencio cómplice esta mala película.

El calor de la pampa, cae pesadamente sobre Río Cuarto y nos hace añorar la sombreada plaza de la Independencia de Mendoza; sus mostos helados, sentados en un banco de madera, donde la galería de personajes siempre estaba abierta. Como ese nieto de italianos, autoproclamado poeta y escritor: litigante del Estado por su pensión de jubilado. Nos cazó por las zetas y nos hizo hablar de España. Alto, de pelo abundante y blanco. De la Italia soñada y nunca ‘alcansada’, nos insta a que alabemos Mendoza y a que colaboremos con su espera oficial, aportando un óbolo por un poema multi-dedicatoria, escrito para el turista accidental.

Ahora, el sofoco nos lleva a descansar con un helado en un local, donde una niña aseada, de unos diez años, de cara bonita y expresión ausente de teleoperadora, pasa mecánicamente por las mesas, deja unas pulseritas que luego recoge ante la indiferencia de los clientes; duele imaginar su habitación sin juguetes, quizá sin rostros familiares y seguros. Con su mercancía recuperada y no vendida se aleja al tiempo que en la televisión un periodista reclama atención para un tren en el que se ven adolescentes encaramados a los vagones, entre los enganches, colgados... viajan así diariamente desde el instituto a sus casas.

La luz de la tarde proyecta un respiro en las calles, no así el tráfico que gruñe y ahúma el paseo ciudadano.

## Córdoba

En esta geografía manchega exponencial que es la pampa se dibujan sobre el cuaderno de bitácora del viajero más los perfiles humanos que los físicos.

En el asiento delantero del auto que nos conduce a Córdoba, “la docta”, se sienta un joven fuerte y de buen color. Al subir nos hemos fijado que se apoya sobre un bastón. Pienso que puede haber sido una lesión deportiva y casi me lanzo a bromear sobre la posible causa. Sin embargo, la conversación delata otro origen bien distinto. Un accidente de tráfico le ocasionó la pérdida de la pierna. Sus condiciones económicas no le permitían adquirir una prótesis, por lo que su vida parecía condenada a ser el apéndice del miembro faltante. Personas de la universidad de Río Cuarto tuvieron conocimiento de su situación y se solidarizaron. Una cuestación pública puso el dinero, y una prótesis el apoyo físico para que pudiera recomenzar su vida. Ahora,

---

<sup>1</sup> Apóstrofe lanzado por Juan Carlos I a Hugo Chávez en noviembre de 2007, en la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado.

especialista en atención a la diversidad, ha publicado un libro de agradecimiento, donde cuenta cómo pudo encarar de nuevo la vida gracias a los samaritanos riocuartenses.

El domingo amanece de siesta en Córdoba. Los habituales bulliciosos pobladores del casco viejo le dan descanso una vez a la semana. El sol se enseñorea de sus calles y en algunas peatonales lo ensombrecen unos emparrados que las cubren casi por completo, de una acera a la otra. Por este oasis de frescor se pasea una señora de sesenta y tantos, pulcramente vestida, con gafas y que porta una bandeja con algún tipo de comida. Escuchamos cómo pide un peso por una porción de lo que resulta ser una atractiva torta. A pesar del poco tiempo que hace que hemos desayunado, me acerco y le pido una. Le pregunto si la ha cocinado ella y contesta que “por supuesto” y detecta en la zeta del “cocinado” que somos españoles, porque pregunta de dónde venimos. A continuación, nos dice que si estamos “paseando” y con una sonrisa permanente nos pregunta si nos gusta Córdoba. Contestamos que sí a las dos cuestiones y alabo el dulce, confesando ser un goloso, a lo que ella responde que su difunto marido también lo era mucho y que aprendió a hacer muchas tortas para él. Nos despedimos con una expresión de buenos deseos por ambas partes mientras nos alejamos con paso tranquilo por la peatonal San Martín, comentando la sencillez y dignidad con la que la viuda sale los domingos a completar sus previsibles escasos ingresos.

Giramos la manzana jesuítica donde a mediados del siglo XVII la Compañía se afianzó en el virreinato con una universidad cuyos muros ahora contemplamos. Entramos a por el segundo café de la mañana en un amplio establecimiento apenas concurrido. Mientras apuramos el final de la taza con cortos buchitos, una noticia nos salta a la vista desde las páginas del diario que hojamos: “Uno de los muchos niños que trabajan en el campo ha muerto al ser atropellado por un tractor. El sol de amanecer y el sueño de la noche anterior debieron entorpecer la visión del conductor. Al no estar contratado -el niño- no hay indemnización, ni nadie se hace responsable ante la familia.”

#### 4. BRASIL

##### **Manaus**

Principios de diciembre de 2008. De Río Cuarto saltamos a Brasil, vía Buenos Aires. La primera parte del trayecto, hasta la capital argentina, la hacemos en el mejor autobús que usaríamos en todo el año: lo más próximo a un coche cama. Dormimos toda la noche para amanecer ya en la capital, barrio de las Delicias. Después volaríamos del río de la Plata al río Amazonas. Llegamos de noche y un amable colaborador de la universidad de Manaus nos recoge y nos traslada al hotel. Al día siguiente, domingo, seríamos invitados por la anfitriona a degustar especialidades locales... todo envuelto en el calor húmedo que nos abandonaría en las semanas siguientes.

Hablar en español para ser entendido por hablantes de portugués sería una de las experiencias más fatigantes de la actividad académica de este año. El procedimiento consiste en, primero, hablar más alto (esto siempre ayuda), más despacio, con vocabulario más sencillo y... cada vez que las caras del auditorio lo delaten, repetir. Ellos parecen que lo entienden (o son muy educados).

Padece el viajero que relata una enfermedad raramente descrita. En su loable deseo de agradar a sus receptores, no recuerda las fotos feas no disparadas. Sus adjetivos pasan de puntillas por la repugnancia transitada y no califican las aceras que desaparecen y lanzan al viandante a la voraz calzada.

Cuando describe los ocosos en horizontes nunca antes vistos, desde carreteras infinitas, salta por encima de los asfaltos desgarrados, borra a los conductores que cosen las líneas continuas.

El viajero, enamorado de su destinatario, ahorra ríos-cloacas, casas apelmazadas, paredes negras de humedad, multitudes abigarradas como nubes de mosquitos. Al contar el marinero ocasional su singladura por aguas ignotas niega las calles-canales en la tormenta por donde surcan veloces las basuras acumuladas desde la anterior tromba. Busca a su alrededor, el emisario, brillos líricos de la voz de la naturaleza y deja de escuchar los motores del tráfico colapsado; hace respirar al lector las flores tropicales y le ahorra el conocido tubo de escape, el sudor, la fritanga, los restos del mercado...

El escritor viajero no miente. Es solo que no halla motivos para contar las ciento cincuenta horas pasadas en autocares o los diecisiete cambios de residencia, hasta la fecha. Es una inocua enfermedad que no hace daño a nadie, que alegra a sus lectores y que le permite glasear sus evocaciones para ordenarlas en la repostería de su memoria.

##### **La selva**

La selva es una fruta madura abierta con cuchillo de agua.

En su interior nace un alboroto de verdes pronunciados en todas las lenguas.

Su mapa está recorrido por el deambular de una mariposa enamorada.

Vergonzosa, la jungla se tapa con innumerables cortinas estampadas de plantas superlativas.

La selva es otoño en el suelo

primavera en las hojas

verano en el cielo.

Su noche es un tapiz de croares, grillos frenéticos y redobles de sonidos que crepitan en su densa negrura.

El ocaso y el amanecer caminan de puntillas por la moqueta de brócoli verde.

Los ojos del jacaré son dos bolas de cristal rodando desde la orilla.

El alba se anima por la llamada cavernosa y profunda de los macacos aulladores.

Los delfines saludan al sol en la frontera del agua y el aire con cabriolas de danza española.

Garzas transportan ensimismadas su blanco imposible de un lado al otro del lago.

El sol cocina la vida en el ecuador de la Tierra y nace el sustento de todo lo que se mueve.

Los cielos se concentran en su azul mientras se disparan gigantes nubes de merengue que se estiran y retuercen sobre los aros de los urubúes.

Aves pescadoras se apostan en antiguos árboles para descubrir sombras desprevenidas de peces.

En el fogón de verde de la selva te entregas al secreto del agua una y otra vez con apetito insatisfecho hasta que ves en su espejo el brillo de la Paz.

La estancia en Manaos se ha completado con unas jornadas en el interior de la selva, en una zona de afluentes del Amazonas. Acaban de ser unos días intensos que nos dejarán una huella imborrable durante todo el viaje. Un albergue rústico con camas con mosquiteras; el comedor flotante en el río; los pescados capturados el mismo día por los lugareños; jacarés cazados a mano por el guía –y devueltos al río–; pesca de pirañas, para ser llevadas a la sartén; excursión por el interior de la selva; múltiples paseos en barca para conocer la flora y la fauna; el rescate de un perezoso caído al río... incluso un baño en las aguas chocolateadas, donde hacía unas horas habíamos pescado las pirañas.

Nuevo avión a Buenos Aires, en donde pasearemos durante un par de días, mientras nos mentalizamos de que hemos decidido ir hasta Ushuaia... en autobús.

## 5. ARGENTINA

**21 de diciembre 2007**

### Pampa

Es de noche. El autobús lleva varias horas atravesando la obscuridad. Todos los pasajeros van durmiendo. La carretera es recta, se diría que continua así hasta el infinito. No se oye más ruido que la mezcla del motor desahogado y el monótono rodar de los neumáticos. El terreno es absolutamente llano, como lo ha sido durante todo el trayecto.

Fuera, apenas se distinguen los perfiles del entorno. No hay luna o estrellas ocultas. Por entre las cortinillas de las ventanas, que se balancean con el cabeceo del autocar, entra una levísima luz blanquecina. Los contornos de los que duermen dibujan posturas de lo más estrañalario. Apenas hay tráfico. Los minutos pasan muy lentos.

Un resplandor, esta vez intenso, delata su origen tormentoso. A través de la ventanilla solo se ve de nuevo el negro del cielo contra el de la tierra. De repente, una nueva explosión de luz en el horizonte traza nubes, delimita campos, crea volúmenes. No se oye nada y nadie se despierta. Al cabo de otro lapso, un nuevo fagonazo sacude la pampa, esta vez un rayo denso de leche eléctrica dibuja una dubitativa línea quebrada hasta salpicar el suelo. El interior se ha vuelto a iluminar y uno de los viajeros ha cambiado de posición.

Ahora, unos faros lejanos acaban cruzándose con ruido amortiguado, como de final de ola. Pasa el tiempo y el paisaje sigue quieto; el terreno plano; la carretera recta; la noche espesa. Solo los relámpagos silenciosos en la lejanía ponen contorno a este avance monótono y persistente. El desplazamiento del vehículo, de nuevo, agita levemente las cortinas que lanzan luces y sombras al interior, con cada renovada descarga. Los rayos, con intervalos regulares, siguen rompiendo el cielo hasta rebotar en algún sufrido árbol. Poco a poco, disminuye la frecuencia. El paisaje se vuelve a disolver en negro.

El runrún del autobús sigue impertérrito navegando la pampa. Sigue el sueño. Sigue la noche.

Las postimerías del año nos descubren viendo nuestros primeros pingüinos en Península Valdés y nuestro segundo avistamiento de ballenas; una madre y su cría, al parecer rezagadas en su viaje estival hacia latitudes más australes. Parar en Puerto Madryn es obligado en la ruta hacia el Sur, por el Este. No solo por contemplar las bellezas naturales, sino por darle un descanso al cuerpo. La siguiente parada será Río Gallegos, desangelado y frío y ventoso.

Cuando nos disponemos a tomar el bus que nos llevaría a Ushuaia, a través del capricho de introducirse en una parte de Chile, descubrimos que uno de los pasaportes no está en su sitio.

Tras momentos de zozobra, somos capaces de recordar que pudo quedar en el banco del aeropuerto en el que cambiamos moneda al entrar en Buenos Aires, desde Manaus. Conclusión: no podemos ir a Ushuaia hasta recuperarlo. Cambiamos el recorrido y decidimos ir a El Calafate, donde avisamos para que nos envíen el documento, tras comprobar –por teléfono– que se lo quedó el empleado del Banco de la Nación Argentina.

Tras la breve e intensa visita al Perito Moreno –otra maravilla de la naturaleza convertida en parque de atracciones- nos dirigimos a El Chaltén; punto de partida para el acceso a las grandes montañas patagónicas, desde el lado argentino. Dejamos el grueso del equipaje en el hostal de El Calafate y solo con los macutos, incluyendo la tienda, nos dirigimos a vivir de acampados los próximos días.

### **El Chaltén**

Es El Chaltén como un refugio de montaña. Abigarrado de gente diversa de todas partes del mundo, enfundada en ropas multicolores, que entra y sale constantemente. Está anclado en un antiguo valle glaciar llenado hasta dejar una asombrosa base llana, por la que un río reciente “meandra” en su recorrido.

Por las ventanas de sus numerosos comedores se asoman impacientes miradas que tratan de descubrir en un descuido de las nubes un improbable cambio de tiempo.

Como en los abrigos de montaña, todo es escaso y caro, y se puede pagar en cualquiera de las principales monedas.

Desde él se sueña con cumbres y se recuerdan, con florida gramática, las gestas recién cumplidas.

Corre el viento patagónico por sus casi calles de grava y polvo. Antiguos árboles forran con sus restos fachadas cálidas de albergues que llaman en todas las lenguas a su calor y a sus viandas.

La vieja palabra tehuelche “chaltén” nombra la cúpula de granito que todo lo preside y atrae las caravanas de penitentes con sus atrapa-imágenes para atestiguar que ellos también estuvieron en lo que otra fuera el confín del mundo.

### **Redacción: Mi camping.**

Mi camping es bonito. Está en un valle muy verde por el que pasa un río. Cerca hay un promontorio que les quita el viento a los que han tenido la suerte de ponerse allí. La forma del terreno es como una flecha; apuntando al Norte, por donde sopla todo ese viento que no nos deja dormir. Se llega a él por una pista de piedritas y los autos no pueden entrar, porque está prohibido. Hay otra pista que pasa cerca. Pero no circula casi nadie; y, además, si cruza alguien no se le escucha porque el viento es más fuerte por allí. El río, con muchas curvas, está del otro lado de esa pista. El terreno es bastante plano. Es una pradera y no está dura. Lo cual está muy bien para los que tienen la colchoneta pinchada como yo. Todo está compuesto de hierbas de especies diferentes. Hay también árboles: lengas. Son gruesos, bajos y con pocas ramas, porque cuando crecen el viento las rompe. Las tiendas no están repartidas, como en otros campings. Se esconden detrás de los árboles y los arbustos. También, los acampados ponen muchas ramas caídas delante: es por el viento. Desde arriba es bonito verlas, porque son de muchos colores y tienen muchas marcas distintas. La verdad es que casi todas son pequeñas. Aunque no tanto como la nuestra, que casi no podemos ni estar sentados en el suelo. Hay caminitos muy estrechos en el verde que los han hecho las personas para llegar a las tiendas: parecen senditas de vacas. El agua está fuera del camping. Eso es un poco rollo, porque nosotros estamos al final y hay que

andar todo el terreno. Solo hay un grifo y no te dejan fregar ahí. Los servicios son dos. Bueno son dos retretes; de madera; sin techo y sin agua. Solo hay un gran agujero, por donde cae todo abajo. Y ni te mueves, de miedo de pensar que alguien se pueda caer dentro. Además de los turistas que venimos a ver estas montañas tan altas hay otras personas en el camping. Algunos son jóvenes que trabajan aquí, en El Chaltén, y que viven en las tiendas. Por eso están, algunas, un poco descoloridas; por el mucho tiempo que llevan puestas. Otros, son chicos un poco hippies que parece que pasan el verano aquí; con sus rastas; sus malabares; incluso han puesto una cinta entre dos árboles para andar en equilibrio. Yo diría que hay buen ambiente en mi camping. Todo el mundo se dice “hola” cuando se cruza, incluso los extranjeros. Además, a pesar del viento, se ve muy limpio; a pesar de que tampoco hay dentro cubos de basura. Por cierto, alguien me dice que mi camping, que se llama “Guardaparque P. Madsen”, no es un camping, que es un campamento. En cualquier caso, como he dicho, me gusta mucho; sobre todo cuando no llueve ni hace viento.

### Conversación en la cumbre

-Se me saltaban las lágrimas cuando alcancé la cima y vi las cumbres sobre los glaciares, las lagunas rodeadas de bosques, las nubes sobre el hielo continental...

-Me alegro... pero no entiendo por qué te emocionas tanto...

-La emoción no tienes que buscarla. No es algo que tomas de una estantería. Simplemente, despójate de preocupaciones y disponte a ser sorprendido. Por ejemplo, en medio de la somnífera estepa te puede despertar el revoloteo de un grupo de martinetas (perdiz patagónica) sorteando los matorrales.

-Ya... pero, ¿no hay algo que te ayude, no sé, un mantra o algo así?

-Ummh... déjame que piense. Quizá lo primero es no tomar un camino concurrido, o a la hora que más gente pasa. Elige la contracorriente; debes encontrarte lo más solo posible.

Si vas en compañía, procura mantener silencio. Es la única forma de escuchar los sonidos de los animales, de los arroyos, del viento, de la lluvia..., los sonidos te ayudan a mirar. Si escuchas un trueno, con el cielo despejado, busca con la vista en el glaciar y es probable que veas, como a cámara lenta, el desgarramiento de una enorme astilla blanca que se trocea, hacia abajo, levantando una nube de polvo blanco que la sigue y la sepulta.

Mira primero con los ojos y después con la cámara. Hasta que no te hayas saciado de contemplar algo que te guste no lo fotografíes. La ansiedad por capturar todo lo que estás viendo te roba parte del placer de la contemplación. Si la cumbre, que la borrasca lleva días ocultándote, ves aparecer, como cabeza de ballena, por entre las nubes, no te agaches en busca de tu máquina para apresar el instante. Es probable que cuando la hayas encendido, encuadrado, acercado y ya estés a punto de disparar, entonces, se haya vuelto a sumergir en el humo blanco.

Párate. No se trata solo de llegar. Un minuto parado, como un minuto en silencio pueden ser muy largos. Déjate empapar de los sitios por los que vas pasando. Apóyate en el prado y observa cómo esas medias

bolas de trenzado verde tienen puntas amarillentas que son sus flores. Fíjate cómo en la banda superior el verde oscuro del bosque de nothofagus contrasta con el final difuminado del herbazal. Mira el perfil de la cresta. Es caprichoso. Brusco. A veces cortante; parece, pero no, que es simétrico en algunos sitios; es fácil de copiar pero difícil de crear. El glaciar que cuelga a mitad de la pared principal te lo puedes imaginar como un brochazo blanco al azar... y, sin embargo, qué bien resalta, justo ahí, rompiendo las placas de granito gris tiburón que naranjean al amanecer. Recorre esas líneas oscuras verticales que cortan la montaña, casi hasta la cima; imagina a unos escaladores metidos dentro; piensa en la diferencia de su tamaño con el de la pared; aventura lo que sería una noche en la mitad del recorrido. Míralo todo ahora contra el cielo, con las nubes atravesando los collados. Mírate a ti mismo y mira al Fitz Roy (3.405 m).

No te obsesiones con el reloj; consúltalo solo de tarde en tarde. Condúcete como si la actividad fuese la última de tu vida. Pon en ella todo tu ser.

Fíjate también en lo pequeño. No mires solo las paredes, las cascadas glaciares, los cielos cárdenos... mira también las pequeñas flores alpinas; agáchate y descubre sus formas, sus colores... como si fueras un buceador quédate mirando los entresijos de las piedras donde aparecen minúsculas colonias de vida verde... Observa el agua y la vida que revolotea a su alrededor o dentro de ella. En lo minúsculo está también lo infinito.

No quieras ir más lejos, ni durante más tiempo de lo que tu estado de forma te permita; quien siente es el cuerpo y quien interpreta el cerebro. Si te extenuas, si te mortifican los pies, si sobrepasas el dolor inevitable entonces tu atención no tendrá capacidad para la experiencia estética.

Cuando algo te parezca magnífico no lo compares con otros sitios; no trates de dilucidar si te gusta más o menos. Ese que tienes delante es el mejor en ese momento. Estas montañas patagónicas son las más bonitas del mundo, ahora, sin lugar a ninguna duda.

-¡Vaya parrafada! Bueno, la verdad... es que eso que dices me parece que tiene sentido... aunque quisiera ir más lejos. ¿Cómo reconoces que te hallas ante una experiencia sublime y no ante algo simplemente bello?

-Déjame pensar un momento. Lo magnífico, lo increíble, olímpico... homérico... en realidad, no puede ser calificado; tienes la sensación de que no puedes describirlo con tus adjetivos, que inefable, que no puedes meterlo en tu cámara. De hecho, aunque lo fotografías, cuando ves el resultado tienes la seguridad de que lo captado no es lo que tú estás "viendo".

Como te decía, desde la cumbre de La Loma del Pliegue Tumbado (1.490 m), cuando ves el Huemul nevado, al otro lado del valle de El Túnel, y hacia el norte el Cordón de las Adelas, todo blanco, te lleva al grupo del Cerro Torre (3.102 m), y distingues su caperuza de merengue saliendo entre las nubes, apartando el frente borrasco para que la gran cúpula gaudiana del Fitz Roy le robe al cielo un papel estelar, cuando ves esto sobre bosques y prados, seguro que no lo puedes meter en tu cámara. Sientes que te sobrepasa, como el mar que el niño trata de meter en un agujero de la playa con una concha. Estás seguro, entonces, de que esa

experiencia, ese sitio, ese momento es único, irrepetible... y te sientes afortunado... porque, de hecho, no lo mereces, ni lo has comprado, ni has hecho nada para que sea así.

En definitiva, no entiendes por qué te emociona tanto... porque no hay nada que entender... solo hay que sentir.

-Silencio-

## Días de lluvia

Se cierra el telón, se acaba la representación con la lluvia.

Las nubes ofrecen un entreacto que distrae, que adormece.

El viento que acariciaba las hayas, ahora quiere llevárselas consigo.

Aún así, no se detiene la vida.

Los pájaros vuelven a desayunar con nosotros

y su canto atraviesa las densas nieblas que se enmarañan en la caliza.

Todo se vuelve blanco, blanco de luz, blanco de nieve.

El frío y la humedad, nos hacen abrazar las cumbres soleadas,

los arroyos saltarines, los recovecos del camino...

## 1 de enero de 2008

Amanece. Son las 4:20 de la madrugada del 1 de enero de 2008. Ha sonado el reloj en el interior de la pequeña tienda de campaña y ha puesto fin a una noche de ráfagas furiosas de viento y lluvia intermitente.

Estamos en El Chaltén, localidad de turismo de montaña, en los andes patagónicos, a la altura del paralelo 49.

Nos encaminamos al mirador del Fitz Roy (3.405 m), la montaña hegemónica que, por tributo del señor Moreno, lleva el nombre del capitán del Beagle, con el que comenzamos nuestro viaje en Montevideo.

El propósito es desayunar viendo los primeros rayos de Sol sobre su imponente pared este; aun sabiendo que lo más probable es que la borrasca nos lo impida, hemos mantenido el plan, seguros de disfrutar del comienzo de año en soledad, en la naturaleza.

Su imagen ya la tenemos impresa en nuestras cámaras y nuestras retinas cuando días atrás, desde el campamento Poincenot, lo rodeamos por la Laguna de Piedras Blancas primero, y por la Laguna Sucia, después. Desde esta última, tras un rugiente arroyo saltando de piedra en piedra, vimos mil quinientos metros verticales de zócalo, glaciar y pared granítica terminada en aguja. No solo la visión era "homérica", sino que el ruido del rompimiento de grandes trozos de glaciar, y su posterior caída, imponían a la soledad circundante, un grado más.

No nos importa que no se vaya a ver el bosque de lengas (variedad de hayas), con sus torturados troncos, sus praderas de variadas flores alpinas y, en las zonas altas, los ñires (otra variedad de hayas) de tamaño arbustivo y que, con sus pequeñas hojas, se constituyen en aparentes bonsáis naturales. Ya lo tenemos

grabado en nuestra memoria. Qué diferencia de este verde húmedo con la aridez de las dos jornadas (con sus noches) desde Buenos Aires hasta Río Gallegos: arbustos pálidos, tierra seca, matorral, hierbas agostadas...: Almería llana e infinita. Y no obstante lleno de vida: los guanacos ignorando las vallas de las estancias: las familias de ñandúes agitando sus polleras y las maras (grandes liebres) con sus atentas orejas oteando siempre el entorno.

El interior del bosque por el que vamos ascendiendo, al estar orientado a sotavento, nos da un respiro de los bramidos del viento oeste, el cual apabulla más por el ruido en las copas de los árboles que por su impacto en el cuerpo. Caminamos en silencio guiados por la tenue luz de nuestras linternas frontales, descubriendo por encima de nuestras cabezas los perfiles del horizonte en esta madrugada lechosa. Al este, en la única franja sin nubes, un breve paso del sol deja un zarpazo de amarillos, rojos y violetas en el horizonte.

Bien distinta esta jornada de la del día de Navidad en la que, desde la hiperturística El Calafate, tras llegar al lago Roca (225 m) ascendimos en un día luminoso al Cordón de los Cristales, donde a escasos metros de nuestras cabezas nos sobrevolaron un grupo de cóndores. Pudimos divisar al sur las Torres del Paine –que nos esperan-, los lagos del valle en tres azules, según la transparencia del agua; y el Glaciar del Perito Moreno. Al volverlo a ver no podíamos dejar de hablar del espectáculo del día anterior, contemplando, frente a su lengua, cómo se rompía en grandes bloques y provocaba olas circulares de agua oscura y blanco hielo.

Son las 5:25. Sentimos que el bosque de lengas nos va calando como la lluvia fina que el viento, ahora sosegado, nos trae a ráfagas. Cruzamos un puente hecho de cuatro troncos cortados por la mitad para sortear un arroyo. De repente, descubrimos que un bullo opaco corta transversalmente el estrecho camino por el que avanzamos. Tardamos un segundo en darnos cuenta de que una cabeza pequeña se gira para mirarnos. La palabra “un puma” se marca en nuestros labios, pero no suena. Congelamos el paso al tiempo que en la mente se disparan las informaciones que nos han dado sobre los pumas. Cómo uno de ellos (llamados aquí leonas) atacó a Francisco Pascasio Moreno (el Perito) en un paso del río donde ahora se asienta un hotel rústico: el descendiente de la posada donde “Butch” Cassidy, Sundace “Kid” y su mujer Ethel Place (“Dos hombres y un destino”) se refugiaron del acoso de la policía, tras haber asaltado un banco y antes de precipitar su final de balas en Bolivia.

“Si no huye, no hay que mostrarle temor” nos dijeron en el centro de visitantes del Parque Nacional de los Glaciares. Claro que eso más fácil decirlo que hacerlo. Y al tiempo que recuerdo esto, me doy cuenta de que me he parado y de que lo puede interpretar como que tenemos miedo.

Son solo diez metros, menos de lo que en África, hace unos años, me separaron de las leonas cazadoras, pero ahora no estoy en la seguridad del land-rover. El puma se levanta. La escasa luz le confiere un color pardo muy oscuro. Ahora su silueta se ve nítidamente. El corazón se nos acelera y contenemos la respiración de manera instintiva. Los cuartos traseros son notablemente más voluminosos que su parte frontal. Me impongo andar a su encuentro, despacio. Si no se va “hay que agitar los brazos y gritar”, nos dijeron a continuación. La otra pierna avanza con plomo hacia delante; al tiempo, el felino ha dado un par de gatunos pasos y sale del camino. Seguimos ahora con un poco más de confianza, sin dejar de mirar a la zona de

árboles caídos hacia donde ha ido. Nuestros pasos no se oyen amortiguados por la emoción y algo de miedo. Le dejamos de ver, pero avanzamos girando la cabeza en su dirección y con las manos bien apretadas en la empuñadura de los bastones.

El sentimiento de encontrarse con un gran animal salvaje en libertad, en su hábitat, es único. Incluso, si es desde la pasividad de un barco, como en península Valdés, cuando contemplamos cómo una hembra de ballena franca austral y su cría (de tan solo 5 metros) remoloneaban en la bahía antes de su viaje al sur; o la sencilla procesión de los pingüinos magallánicos desde la playa a sus nidos, para alimentar a sus crías, en Caleta Valdés.

Llegamos al mirador del Fitz Roy, para contemplar la masa del frente deshaciéndose en cortinas de agua azotadas por el viento, bloqueando el horizonte. No hay montañas, pero tampoco hay hueco para más alegría. Estamos pletóricos y no paramos de comentar cómo ha empezado el año mientras, en un abrigo del bosque, sentados en un gran tronco caído, calentamos agua para el primer desayuno del 2008.

#### **Argentina, Parque Nacional de Los Glaciares, Fitz Roy/Lonely Hearts Club Band**

Sestea el tronco canoso de lenga  
a la orilla del camino serrano.  
Se cansó de cortar los patagónicos vientos  
y entregó sus armas rojas  
en un otoño inclemente del Sur.  
Recoge ahora brazadas de tierra  
donde cultiva vergonzosas violetas  
y por el leñoso lomo le suben  
esponjas verdes con puntas amarillas.  
Ratoncillos de campo  
tutelan guardadas a su espalda.  
Remansa tanta luna  
en sus grises costillares  
que en noches de incierta luz  
los caminantes orientan sus pasos.  
Pecio de plata ebrio de sol  
hay tanta poesía en tu túmulo  
que la tarde retrasa su ocaso  
para pintar de ocre tu marco.

Z. B.

Después de tres semanas de excursiones por los alrededores del Fitz-Roy y el Torre, de aguantar todo el viento patagónico y bastante de su lluvia, de ducharnos de extranjis en un hostal, con la coartada de tomar un Colacao, de cocinar sentados en un tronco parapetando la cocinita para que no se apague; después de empaparnos de la belleza más sublime de montaña, volvemos a El Calafate, ante la promesa de la inminente llegada del pasaporte.

### **AR Patagonia, El Calafate / POSTAL**

Queridos todos, estamos en El Calafate. Deseamos que estéis bien; nosotros lo estamos, aunque hemos engordado. El tiempo aquí es bueno (8°-18°); dependiendo del viento, está nublado o hace sol. El viaje fue bueno, con un poco de miedo por las condiciones de la pista de ripio (chinarro + tierra) y la velocidad que ponía el conductor. Todo marcha bien, con algunas pérdidas: gafas de sol, botas, colchoneta y correas de los relojes (que van ahora con “ñapas” de celo). El sitio es un poco turístico y parece algo caro; tiene un lago descomunal, pero no lo aprovechan. Comemos bien: en la habitación del hostal (pasta/arroz + sardinas/atún) o en un chino-argentino (Orfe en la parte china, Nani en la otra). Los alrededores son esteparios. El glaciar está lejos y es magnífico. Os queremos a todos. Orfe y Nani.

**15 enero 2008**

### **Para chuparse los dedos**

Entramos en un restaurante decorado con ladrillo visto y madera; elegimos una mesa situada cerca de una ventana y lo más alejados posible de los que en lugar de comer el cordero con patatas, lo hacen con tabaco. El lugar es espacioso, hay una barra central donde se ubica un buffet que tiene: ensaladas, pasta, arroz, verduras, algo de pescado y por supuesto, empanadas argentinas, además de los postres. En un rincón, un cocinero con un gorro y un delantal, está detrás de una mesa con un cuchillo parecido a una katana, asentando tremendos golpes a una pata de cordero.

Tras haber comido algo del buffet, me acerco a la barra donde está la parrilla y mis ojos no dan crédito ante tanta carne humeante. Con inocencia, le pido al parrillero que me recomiende algo de todo lo que veo a sus espaldas. “- ¿Querés carne magra o te gusta más bien grasa? -“Puesto que le pido algo sin mucha grasa, me da a elegir entre asado (costillas) o vacío (carne de la panza), esta segunda opción algo más grasa pero muy sabrosa. Le digo que un trozo de cada una, “puesto que es parrilla libre, no me voy a cortar nada” – pienso-.

Mientras sirve dos pedazos de carne entre al punto y cocida, contemplo dos corderos a la estaca, crucificados, trinchados frente a una fogata y churruscándose. En un momento el plato está servido y me indica tres recipientes que contienen tres salsas diferentes que puedo añadirle a la carne, ya que en la parrilla solo le ponen sal gorda. Salsa de ajo y perejil, picante, y por último la tradicional y típica salsa chimichurri

que según mi paladar lleva: aceite de oliva, vinagre, ajo picadito y orégano. Según la receta original, además de lo que yo intuyo, tiene: laurel, pimienta negra, ají molido y pimentón dulce.

Con delectación, pruebo ambas carnes mientras Orfe, comiendo otras cosas (la mayoría verdes)  me mira y me pregunta si está bueno. Me estoy levantando de la mesa, mientras le digo que estaba delicioso y con el plato vacío, me voy a por otra sesión de carne.

-Otra vez estoy aquí. El asado me ha gustado más, pero las dos estaban muy ricas. ¿Me puedes servir un pedacito de cordero, por favor?

Por mi acento, reconoce de dónde soy y me dice: “Igual este cordero no te gusta, viniendo de una tierra donde hay muchos y muy buenos corderos… el cordero patagónico es más suave… pero igual probamos.”

Cuando sentada a la mesa pruebo el cordero, me quedo sin adjetivos para calificar el sabor, la ternura, lo jugoso que está… me acuerdo de todos y cada uno de los que, con seguridad disfrutaríais con un plato como el que yo tengo delante.

Viva la carne Argentina!!!

### **AR, Patagonia, El Calafate / ¿Relindo?**

El Calafate (no la planta esteparia), la población (no el cerro/meseta que se eleva casi ochocientos metros sobre el Lago Argentino, para divisar los Andes y sus glaciares); El Calafate es un poblado que no llega a pueblo. Desangelado, de anchas calles por las que azota el viento y en las que en muy pocas han tenido el gusto de plantar árboles. Todo es fachada, cuando no facha, tratando de imitar cierto urbanismo foráneo de montaña, a base de maderas barnizadas y tejados a dos aguas. No hay casco viejo, ni arquitectura popular que anotar; más parecen puestos de cambista en el Templo, dispuestos a capturar a los turistas. Solo los nacionales adinerados, que dejan las pieles en los hoteles de a trescientos dólares la noche, por un forro polar que en Buenos Aires les hubiera costado la mitad, pasean a sus anchas artesanías hechas a mil kilómetros de aquí. El Calafate tiene dos minas, una de oro y la otra de plata; la primera es la justa fama de un majestuoso glaciar, el cual se deja acariciar a escasos metros de un aparcamiento para ómnibus y una cafetería, tan cara como la de Barajas; la otra, es un aeropuerto que permite a quienes coleccionan sitios como si fuera bisutería. Estas dos minas han atraído a un ejército de hosteleros y restauradores dispuestos a convertir en oro las sábanas y los corderos patagónicos a la parrilla. No se libra el lugarejo de los peores vicios de las grandes ciudades, y así, a pocas cuadras de la solemne vía del Libertador, se encuentran infra-viviendas, deshechos, calles sin urbanizar, y basuras de plásticos colgados a modo de vergonzantes banderas de oración de los pinchos con los que el calafate no puede defender sus cárdenos frutos. Pero no solo hay asadores de tres tenedores y camas de cinco estrellas, porque la población mochilera y alpinista, de camino a El Chaltén debe (¿debe?) hacer parada obligatoria y necesita lugares donde poder pagar la pernocta. Por esto, se ven volar pizzas, descorchar yogures en los bancos públicos o ronronear secretas cocinitas de camping-gas en las habitaciones modestas de los hostales. No en los de los sarcásticamente llamados “Youth Hostel” (porque solo los youngsters los soporan)

ya que con la cama no cabe nada más en la habitación; aunque en estos locales hay cocina comunitaria. Por lo tanto, la joya del turismo de montaña, la “capital nacional del trekking” se abre a todos los públicos. Incluso, es posible escuchar de algunos labios expatriados de Comala que es un sitio “re-lindo”. Eso sí, si te perdiste la excursión anual del colegio al campo, aquí lo puedes remediar: te llevan y te traen, en ómnibus, en barco, en caballo –que recibe la denominación de “cabalgata”, en quad 4x4, o te pueden lanzar por una tirolina o te hacen una foto inolvidable con unos pinchos en los pies y una “piqueta” en la mano, mostrando que tu coraje dominó los hielos patagónicos y que sí, que era verdad que este verano vos te atreviste con unas vacaciones de “aventura”.

## AR, Tierra del Fuego

El nombre “Viejo Lobo II”, pintado en el casco del velero que nos llevaría por aguas del canal Beagle, anunciaba a las claras que había habido un “Viejo Lobo I” y que entre los dos, e incluso entre el uno y el inexistente cero, se habría urdido una historia que nos gustaría conocer. En estos pensamientos estábamos cuando una persona joven, entre treinta y cinco y cuarenta años, de uno setenta y cinco de estatura, muy moreno, casi agitanado, de complexión fuerte perdiéndose en una no disimulada barriga bajo una camiseta sudada, con pelo oscuro, no muy largo y despeinado, se nos acercó, portando una sonrisa que le animaba la mirada, también oscura, y que le redondeaba la cara. Con palabras seguras, pero no autoritarias, nos dio instrucciones para zarpar inmediatamente; por lo tanto, se trataba del dueño o capitán o timonel, o las tres cosas simultáneamente, como resultó ser tras su presentación protocolaria, unos minutos más tarde. Le miramos de reojo pensando en pescarle su historia y la del barco sin que se sintiera incómodo. Todo se hilaría fácilmente unas horas después cuando hubiéramos compartido viento, lluvia, órdenes y maniobras marineras adobadas con el agua salada y bien fría de las latitudes australes en las que nos hallábamos.

Así pues, supimos que el capitán era un espíritu rebelde vomitado por el férreo corsé de su gran ciudad: Buenos Aires, que se vino al fin del mundo: Ushuaia (o al menos al fin que había visto, imaginado y deseado). Estuvo unos años haciendo vida bohemia como cantante animador en barcos de turistas, ganando lo justo para poder sobrevivir y, quizás, pagar la primera de las copas a más de una turista rubia atraída por su tez morena y su aire romántico. Como sobrevivir acaba siendo novibir, empezó a cocer una desazón que le preparó para lanzarse de lleno al agua que estaba navegando: se ofreció como marinero a un barco velero conocido, dejando claro que no sabía nada del oficio, pero que pondría todas las ganas y disposición a ser despedido si la aventura no funcionaba, pues se trataba de una nave pequeña con escasa tripulación. Puesto que había conseguido romper con la urbe no estaba ahora dispuesto a fracasar ampliando de nuevo su horizonte y, poco a poco, con buen humor, y tragando agua salada y órdenes incomprensibles, se fue haciendo con los secretos de la mar y la vela. Cuando ahora dice, con esos dientes blancos contra la cara oscura, que ha doblado más de veinte veces el Cabo de Hornos a vela, siente cómo se le hincha el pecho de una manera especial. Dos años fue el tiempo que necesitó para llenar la hucha con la soldada y las propinas de los turistas, para los que ya era timonel y no cantante; con ella, y con aplomo, le dijo finalmente a su capitán y empleador

que le dejaba para comprarse un barco e instalarse por su cuenta. Aparece el “Viejo Lobo I”, con el que obtiene el título de capitán y saca a turistas a pasear el canal, para volver a llenar la hucha y hacerse con un segundo velero de construcción oceánica. Este segundo viejo lobo no sería un velero de segunda mano más, con mucho que reparar, sino una embarcación de un marino francés que había dado ya dos veces la vuelta al mundo y que, en las costas del canal, después de tres días seguidos de tormenta, sin dormir, estrelló el barco y a punto estuvo de dejar la vida. Ahora el capitán risueño, mientras se echa un buchito de vino al coleto, nos prepara, al final de nuestra salida, unos aperitivos y piensa, quizá, en el “Viejo Lobo III” con el que ir más lejos, con el que vivir en Buenos Vientos.

### **AR, Patagonia, Ushuaia / Sentados en el muelle de la bahía**

Sentados en el extremo del muelle deportivo de Ushuaia; con el agua bajos nuestras piernas colgando; hacia el Este vemos el callejón de montañas que demarcan el Canal de Beagle. La tarde declina tranquila entre jirones de nubes grises y parches azules de cielo soleado. Brisa en la bahía y viento oscureciendo el agua en la lejanía. Unos neozelandeses beben cerveza en su barco atracado junto a nosotros, mientras, una pareja de rubios, sobre la cubierta de su velero matriculado en Panamá, reparan una hélice dañada. Ushuaia a nuestra izquierda abraza ambiciosa el título de ciudad más austral al tiempo que la Punta Olivia la contempla desde su altura imponente con sonrisa burlona. A nuestra derecha y algo atrás, la isla Navarino, bajo bandera chilena, sustenta la cadena de dientes nevados. Al Oeste, justo detrás nuestro, la cadena de montañas más alta de Tierra del Fuego, con el Cerro Sarmiento en su ápice, rinde homenaje en su nombre al casi clérigo sir Charles Darwin. Hay tanta historia y tanta geografía alrededor nuestro que por un momento pensamos que su peso hará quebrarse las tablas de madera seca que arman el muelle.

### **05 febrero**

### **AR, Patagonia, Ushuaia / Navegación en El Beagle (para M.)**

Ayer navegamos por el Beagle. Como turistas, claro. Cinco horas y media de tratar de ponernos en la piel de R. Fitz Roy y de C. Darwin. Nuestro velero, con sus humildes 10,5 m y un solo palo, quedaba lejos del bergantín planero de la Real Marina. Sin embargo, la ciencia naval había posibilitado que nuestra nave acumulara dos vueltas al mundo y que, ciñendo, al menos, fuéramos superiores a los antepasados británicos. El tiempo se puso de nuestra parte, o sea, solo tuvimos una pequeña borrasca que barrió el canal y que dejó algo de lluvia. Lo íbamos a degustar en condiciones algo marineras. Capitán y ayudante, más seis turistas – digamos con vocación de marineros- salimos del muelle deportivo de Ushuaia sobre las 15:30 rumbo Este, por lo tanto, con una cómoda empopada que engañaba a los novatos sobre las verdaderas condiciones del canal. En seguida los proto-marineros nos turnamos a la caña en la tarea de mantener la derrota sin atravesarnos al viento. Se empezaba a notar que la temperatura caía y que el aire se llenaba de finas gotas de agua. Al cabo de un rato, y esta vez con ayuda del motor, nos mantuvimos a una distancia segura de un islote poblado de leones

marinos y cormoranes, que sabiamente daban la espalda al viento; las aves, coloreadas de blanco y negro, recordaban a los pingüinos. Tras proseguir con empuje de popa, vinimos en arribar a una de las islas Bridges (tripulante del Beagle) que demarcan el paso principal del canal desde la bahía de Ushuaia. Las montañas al oeste desaparecieron de pronto detrás de un muro grisáceo que borraba por completo el horizonte y anuncia a lo que nos tendríamos que enfrentar al volver. La pequeña isla resultó de una belleza sorprendente, a pesar de su modesta altura y de estar poblada solo de matorrales; estos se conformaban en una variedad asombrosa de tamaños, matices de verdes, densidad, pequeñas florescencias, de forma que toda la isla era una alfombra, excepto el pequeño camino por el que la recorríamos; algunos de sus diminutos frutos, como manzanitas del tamaño de guisantes (chauras: *gaultheria mucronata*) resultaron jugosas delicias. En la isla también pudimos ver antiguos refugios – al modo de pequeños cráteres- donde los indios yámanas –los que subieron a bordo Robert y Charles, para civilizarlos- se refugiaban en sus desplazamientos de un islote a otro en sus canoas. El ayudante nos recordó que iban desnudos y que buceaban para capturar mejillones en esta agua, que mi reloj registró –en pleno verano- 8 grados.

Tras embarcar de nuevo, y revestidos con toda la ropa de abrigo e impermeable de que disponía el barco, nos dispusimos a volver con el viento de cara. Enrollamos el génova e izamos un foquetín, al tiempo que a la mayor se le cogían tres rizos. No tardó mucho en alcanzarnos el centro de la depresión y el agua, aunque no intensa, acelerada por el viento y por nuestro avance contrario, nos golpeaba en la cara y manos y chorreaba abundante por los impermeables. El barco se inclinaba en la ceñida y las velas batían ruidosas el viento que llegaba por babor. Yo, en una gracia, me puse a hacer banda, sintiéndome parte de alguna regata oceánica, hasta que una ola más grande golpeó el casco y ascendió empapándome, especialmente los pies (sin botas de agua), poniendo una nota salada en la boca que me hizo recobrar la compostura y regresar al centro del barco. El puerto no se veía lejos, pero subiendo al viento no desarrollábamos mucha velocidad, a pesar de las apariencias en contrario. Las manos, rojas de frío; la cara, medio vuelta al viento para que la lluvia no entrara directamente en los ojos; y el ánimo, alegre porque todos sentíamos que, por un momento, abandonábamos nuestra condición de turistas y nos convertíamos en auténticos marinos.

## 07 febrero

### AR, Patagonia, Tierra del Fuego/ Paso de la Oveja

Nos despertamos a las 7:30 am. Estamos apostados al borde de la Laguna del Caminante, entre lengas retorcidas que nos han cobijado de los vientos patagónicos. Con la luz del amanecer (4:30 am) comenzó a llover. Poco animados y pensando en desayunar dentro de la tienda, se nos ocurre mirar el barómetro. ¡Sorpresa! Aunque la presión había bajado durante la noche, luego había remontado, por lo que anuncia tiempo estable. Al final, como acertadamente decía Fitz Roy, los cambios barométricos ayudan a predecir el tiempo. Al salir de la tienda nos encontramos con un cielo despejándose por momentos; una laguna cambiando de color gracias a los primeros rayos de sol y un agujero azul que se hace cada vez más grande

entre las nubes. Estas van poco a poco desenmarañándose de las montañas de la cadena Vinciguerra, que enmarcan la laguna.

La jornada de ayer fue bien distinta a la que nos espera hoy hasta el Paso de la Oveja y descenso por el Cañadón de la Oveja. Mientras que los primeros kilómetros de excursión se extendían dentro de un bosque de lengas, ñires y algún coigüe disperso, hoy avanzamos ascendiendo por una ladera despoblada de árboles, donde la vegetación es muy baja y donde predominan las piedras sueltas, salpicadas con algún exiguo nevero. Animados por el sol que enciende todo y por las noticias del barómetro nos echamos a andar. La frase que tanto hemos oído decir “aquí el tiempo cambia de la mañana a la tarde” también va presente en nuestras cabezas (y hemos tenido ocasión de comprobarlo).

A la tarde, instalada ya la tienda y todavía con el sol fuera, entre nubes que se han ido formando poco a poco, reposamos escribiendo y leyendo en una pradera bajo el Cerro Francisco Seguí, rodeados de Mata Negra, Calafate y un sinfín de flores. Mañana esperamos llegar a Ushuaia, cruzando los dedos para que, al margen de lo que suceda por la noche, el cielo nos deje recoger los bártulos sin agua y disfrutar del paisaje que nos ha llevado boquiabiertos ayer y hoy.

## 6. CHILE

### CHL, Observación en el P.N. Torres del Paine (a modo de artículo académico)

El objetivo de la actividad consistió en conocer lo esencial del PN Torres del Paine. Este se haya situado en la patagonia chilena, al noreste de Puerto Natales, sobre el paralelo 51° Sur. Se trata de un macizo de granito (claro) sobre sedimentarias (oscuras) y cabalgado de nuevo por roca sedimentaria; su origen es independiente de los Andes y debe su fisonomía a la acción contundente de antiguos glaciares. Desde 1978 es reserva de la biosfera. (Las toponimias a las que se hace mención en este texto se hallan en el apartado fotos “P.N Torres del Paine”).

Palabras clave: Patagonia chilena, Torres del Paine, Cuernos del Paine.

#### Método

#### Diseño

El plan se compuso de cuatro excursiones cualitativas en profundidad, enlazadas entre sí, que rodearon el macizo montañoso del Paine (Chile), de Este a Oeste, pasando por el Sur. Estas marchas son conocidas en la literatura como “W” (se lee: doble be, en chileno). (En realidad es una omega minúscula).

#### Materiales

Equipo básico de marcha; incluía botas impermeables/transpirables ligeras, bastones de *nordic walking*, tienda de campaña (2 kg), y macuto/bolsa de ataque para CamelBak, ropa de abrigo y comida.

Primera excursión. Habiendo acampado en la base de la “V” del Este, seguiríamos el palo derecho de la “V”. Remontamos el valle del río Ascensio. A mitad de camino, ascendimos a nuestra izquierda, perpendicularmente al valle, hasta el mirador de las Torres; terreno morrénico exigente. Las torres eran inmensas paredes graníticas que nos recordaron a Yosemite. De vuelta, seguimos ascendiendo hasta encontrarnos con el Valle del Silencio, el cual remontamos hasta llegar a contemplar El Escudo (donde un escalador americano llevaba un mes abriendo una vía en solitario). En total, la duración de la marcha fue de 10 h y 1.600 m de subida acumulada y los correspondientes de bajada.

Segunda excursión. Esta consistió en trasladar el campamento hacia el Oeste hasta llegar a la intersección de las dos uves. Rodeamos el Cerro del Almirante Nieto (con glaciares colgando de la cima). Proseguimos por la ribera del Lago Nordenskjöld, por terreno de bosque bajo y matorral. El camino subía y bajaba constantemente, para evitar zonas de acantilados. A nuestra derecha contemplamos los Cuernos del Paine. En total fueron 6,30 h y 600 m de subida y 540 m de bajada.

Tercera excursión. Esta transcurrió por el trazado central de la W, el cual corresponde al Valle Francés. Tiene en su lado Este los cuernos Principal y Norte, los cuales continúan hasta el Cerro Espada; en la ladera Oeste se haya el Cerro Paine Grande. Al fondo del valle se forma un gigantesco circo partido por el

cerro Aleta de Tiburón (espectacular). El sendero transcurría por morrenas conquistadas por el bosque de lengas. Llegamos a las proximidades del collado del cerro Espada, en un ambiente de soledad y auténtica alta montaña, desde donde había una panorámica deslumbrante, tanto hacia los picos como hacia los lagos y bosques. En total fueron 7,30 h 1.020 m de subida y bajada. (Necesitaríamos otras tres horas para mover el campamento hasta la base de la primera “V”, a orillas del Lago Pehoe).

Cuarta excursión. Recorrimos el valle del Lago Grey, rumbo norte, por bosques densos y altos, hasta llegar al frontal del glaciar del mismo nombre; este rompía en el lago, desgajándose en enormes témpanos. En alguno de los miradores del camino se llegaba a divisar la Plataforma de Hielo Continental Sur. En total 9,15 h 980 m subida y bajada.

#### Discusión y Conclusiones

Conseguimos el objetivo de conocer en profundidad uno de los macizos de montaña más bonitos del planeta; y secundariamente, recuperamos el peso y mejoramos la forma física.

A pesar de la gran cantidad de visitantes, de los veinte euros por entrar y los pésimos servicios recibidos, hemos de coincidir con observaciones anteriores (Lonely Planet, 2005) en que es canónico, y de belleza sublime. Para el futuro sugerimos que sea visitado a la menor brevedad posible.

#### Referencias

Lonely Planet (2005). Trekking in the patagonian Andes. Camberra: Lonely Planet Ed.

### CH, Diario: vuelta a Puerto Natales

Al subir al autobús que nos transportaría al camping de la Hostería de las Torres del Paine, desde la primera fila, dos voces, con inconfundible acento americano nos dan los buenos días. Ella es menuda, delgada, muy morena y de ojos vivarachos y ha pasado con éxito los cuarenta. Él, repantingado en su asiento, debe medir algo menos de uno ochenta y cinco, es de un rubio nórdico, escaso de pelo en la parte superior pero bastante largo y lacio en el resto; ha saludado desde detrás de unas enormes gafas con forma de antifaz y de marca, que contrastan con la camiseta bien usada y los pantalones pesqueros. Como no hay nadie más dentro, el saludo se prolonga en intercambio protocolario a través del cual se ubican en el área de San Francisco. El rubio, cuyo apellido Schneider revela sus ancestros germánicos, deja patente una entonación gangosa, arrastrada, algo tontuosa, especialmente en los “yeah” y los “sure” que hace que el que escucha dude si le están vacilando, como diría un castizo. Sin embargo, a medida que prosigue la conversación, la mitad en inglés y la otra en español –ella lo habla muy bien- creo que esa vocalización no es impostura sino, quizás, restos del post-hippismo que sobrevivió en los ambientes de escalada de Yosemite y al cual él, con más de cincuenta y cinco años, seguro pertenece. A pesar de declarar que lleva dos meses en la zona esperando una ventana de buen tiempo para escalar en la Torre Central, su piel está blanca como la de una diosa vikinga y resulta encajarle perfectamente cuando, en un gesto de aproximación, se quita las gafas y deja ver unos ojos azul transparente que cambian la expresión de Terminator que tenía antes. Indudablemente es delgado, pero al volverse deja entrever una espalda fuerte y unos hombros anchos de escalador que anticipan unos antebrazos nervudos

y unas manos gastadas de herrero. Su mujer, que no para de alabarle, nos informa que, como guía de Yosemite, ha subido más de cincuenta veces El Capitán. Mi expresión de asombro y envidia le cae como miel a los oídos, pero su genética teutónica no le deja traslucir el agrado y se limita a recogerlo como una tanda de aplausos. Al preguntarle por su proyecto en la torre, nos informa que ya la ha escalado en solitario y que ahora (¡con su mujer!) al ir asegurado, podrá forzar muchos pasos en libre. Por momentos siento que el 1,85 m se convierte en 1,95 m y se lo hago saber, pero lo recibe todo como estas tierras de la pacífica patagonia chilena, en donde escribo, en las que llueve todos los días del año, según sus habitantes. Habla de Ivon Chounard, por quien le pregunto, con cierta admiración, manifestando que los “viejos chicos” todavía están activos; como Tom Frost, que celebró su sesenta y cinco cumpleaños, con ellos, subiendo El Capitán. Cuando le doy la mano deseándole toda la suerte del mundo pienso si no estaré estrechando la de un personaje de la historia de la escalada; al menos de mi historia sí lo será, cuando cinco días más tarde los volvemos a encontrar, exhaustos, pero pletóricos, y nos cuentan las 34 horas de granito en la magnífica torre Central, coronadas por las 24 h de sol de España que les hemos traído para que la pudieran disfrutar. (Para M.F.d.B.)

### **CL, Patagonia, Pto Natales: Travesía marítima**

Adelantándonos a la madrugada hemos salido de Puerto Natales para navegar durante tres días por un laberinto de canales e islas que componen la patagonia chilena hasta Puerto Montt, en la bahía de Corcovado.

El primer día es un paseo asombroso por una red de fiordos de aguas tranquilas, montañas cubiertas por completo de árboles hasta las orillas, donde sus empinadas laderas se sumergen repentinamente. Cumbres relucientes de hielo, que se tapan y descubren por el rápido paso de las nubes, empujadas por el fuerte y constante viento del oeste.

El segundo día, habiendo dejado ya atrás las angosturas de White y la Inglesia, y apenas tocado y marchado del imposible Puerto Edén, somos regalados con la vista, a unas decenas de metros, de la desembocadura del glaciar El Brujo. Aunque se trate de un viaje de línea, el hecho de recorrer estas ochocientas millas náuticas sin avistar otro barco y a una velocidad de contemplación de poco más de doce nudos le confiere al viaje un sabor de visita a un parque nacional marítimo.

Comenzamos la tercera jornada como la terminamos, entre un sueño de nubes bajas y nieblas enganchadas en los bosques, que le dan un punto etéreo a este sinfín de valles sumergidos. Con el mediodía hemos salido de la niebla más espesa, que había borrado todo paisaje, como de un mal sueño. El sol ilumina en este momento un cielo absolutamente limpio, intensamente azul, que tiñe el mar de añil profundo, y este, arrugado por el viento, alterna espumas que se encienden y se apagan con sombras de olas casi negras. El horizonte tiene otro azul, como acuarelado, en el que brincan los perfiles de las montañas; algunas, mucho más altas que el resto, exponen enormes faldas blancas de nieve que atraen las miradas de los pasajeros. La cubierta es ahora un hervidero de camisetas que descubren pieles ávidas de sol. El viento de popa acompaña a la nave y crea una falsa sensación de calma abordo. Varias lenguas europeas se enmarañan entre los bancos de la superficie del barco pareciendo que brotan al calor de la tarde. El sonido profundo de los pistones del motor

pone una base rítmica de monótona lasitud a la travesía. Un volcán de cono blanco nos contempla pasar con indiferencia, posa tranquilo ante las cámaras. La tarde navega serena hacia otra niebla, hacia otro sol.

### **CH, De Pto Natales a Caleta Tortel**

Luís es el conductor de un minibús de doce pasajeros que hace la ruta entre Chaitén y Coyhaique, en la patagonia pacífica de Chile. Declara orgulloso que lleva veintiocho años en esta carretera, desde su inauguración, antes completamente de ripio y ahora con algún tramo pavimentado; la cual se mandó construir en los olvidables tiempos de la dictadura, para sustituir a caminos de herradura, barcos y aviones de fortuna. Luís debe navegar en los segundos cincuenta; tiene el pelo canoso bien peinado, ojos azules que esconde detrás de unas gafas de montura metálica, algo pasadas de moda. Su gesto es reposado, su caminar ordenado, su actitud controladora se manifiesta una y otra vez al revisar y comparar la lista de sus escasos pasajeros. Habla, cuando se le insta, con voz queda y autorizada, como de cardenal; y lo mismo diserta a cerca de la cría de salmones en cautividad que a cerca de las cuatro especies de nothofagus del parque nacional Queulat, cuyos nombres científicos recita cual si fueran los de sus hijos. Conduce con seguridad, aunque como todos aquí, tiene prohibido ponerse el cinturón. Para animarle algo las doce horas de viaje que hace hoy con nosotros, en uno de los cuatro días a la semana en los que se pone al volante, le voy preguntando por los detalles del recorrido. Su fluidez se vuelve cortante cuando, a borbotones, comenta, como otro detalle más, que un eje de dirección mal fundido les mandó una noche, por una cuneta, al mar. No resisto su silencio posterior y acabo preguntando por las consecuencias. “Ocho personas murieron” contesta, como si fueran las horas que faltan aún de viaje.

### **CL, Patagonia, Caleta Tortel / Fin de mundo**

Llevo tres días asomado a este ventanal, en el fin de la carretera austral chilena, y no logro beberme tanta belleza. La vista cruza un pequeño corredor de la casa de madera y sale al exterior a la altura de las copas de unas hayas jóvenes que clarean el agua posterior, mitad mar mitad río glaciar, que forma la Caleta Tortel, de un color verde jaspe diluido, la cual separa las orillas, donde unos cerros de abrupta pendiente sumergen su carga de vegetación y rocas. En la casa puntillea el tic tac de un reloj de pared. Fuera, muy de cuando en cuando, el motor de una pequeña embarcación araña las aguas remansadas del Pacífico por una constelación de islas de todos los tamaños, engarzadas por canales, fiordos y angosturas que dibujan arabescos o grafías chinas.

Hay tanta agua en las calas como en las esponjas de tierra, arbustos y musgos que reciben lluvia permanentemente a intervalos caprichosos del viento del oeste. El pueblín de Tortel se agazapa en las laderas de la pequeña bahía de forma irracional sobre unas laderas escarpadas y boscosas que obligan a que todas sus construcciones busquen la horizontalidad con la ayuda de plataformas sobre pilones. No hay calles, sino pasarelas de tablones de madera, que a modo de tela de araña conectan las viviendas, todas ellas de madera también, aunque alguna, más pobre que las humildes, esté construida con chapas metálicas. Humean

chimeneas de olvidadas cocinas de leña, donde se guisa sin premura sobre sus encimeras de hierro fundido, las cuales compensan el calor que roba el viento y la lluvia. Me asomo, una vez más, y no logro distinguir desde mi ventana, el rosa profundo y el violeta de los fucsia magellanica, ni las botellitas boca debajo de los coicopihues, tampoco las comprimidas hojitas de los cipreses de las guatecas, que solo cuando fallecen tienen el honor de ser barcas o calles aéreas. Cada metro cuadrado es un jardín botánico para el visitante que llega sin prisa a esta cita de la tierra austral donde la mano del Creador ensayó todas las tonalidades del verde.

**25 febrero de 2008**

**CL, Patagonia /En la ruta**

A través de la ventana del microbús, se dibuja un típico paisaje de la Patagonia pluvial. Los húmedos cristales derriten los verdes de los coihues, fundiéndolos con el verde fiesta de unos macro helechos, con el verde ensalada de nalcas (*gunnera tinctoria*), con sus grandes hojas arrugadas que tienen forma de embudo, para recoger el agua de lluvia que va directo al tallo.

Por el cristal parabrisas, enmarcado por la espesa vegetación, se ve la pista de ripio por la que avanzamos y que en algunos tramos se diría que a duras penas cabe un coche. Orfe, sentado junto al conductor, despeja todas las dudas que sobre el entorno le van surgiendo. Nos enteramos de los nombres de algunas de las especies vegetales autóctonas, el significado de términos mapuches como Puyuhuapi (lugar donde hay puyes = anguilas), así como diferentes anécdotas de la cosecha propia del chófer.

El runrún del microbús, junto a la tenue luz que dejan pasar las nubes, contribuye a generar un estado de contemplación y calma, únicos y deliciosos. Cada vez que giramos una curva hay algo que nos sorprende. De pronto un inmenso lago, de repente cerros verticales forrados de árboles hasta la cumbre...todo sirve para crear una atmósfera en la que te sientes explorador, descubridor de hermosos bosques vírgenes, sin dejar de pensar, que todo lo que vemos podría ser perfectamente un Parque Nacional.

Nuestro vehículo no es un lujoso microbús; se una furgonetilla (desgastada, a la que se le desconecta la batería a cada rato y a la que el chófer le ha hecho una ñapa, con piezas de otro autobús abandonado, que hemos encontrado por el camino) con quince asientos y solo cinco pasajeros, en este caso, que no despegan la mirada del paisaje a pesar de las doce horas y media de viaje. A ratos parece Cantabria, en otros recuerda a la selva. Con sana envidia, miramos a los que hacen esta ruta en bicicleta, con todo su equipaje en alforjas o en un remolque y planeamos a la vuelta una posible travesía por el norte de España. De momento hemos agarrado las mochilas de montaña (solamente) con todo lo necesario para pasar estos 15 días como "mochileros" recorriendo la Patagonia Chilena.

**CL, Patagonia, Coyhaique/ El oficio de turista**

-¿Y cuál dice usted que es su oficio?

-Somos turistas.

-Ah, bueno, qué lindo... levantarse tarde, pasearse...

-La verdad es que la mayoría de los días nos levantamos temprano, o bien porque hay que tomar algún bus, o bien porque hay que hacer una caminata larga.

-Pero en el bus no se fatiga uno; se va sentado, no más...

-Lo cierto es que después de seis horas botando en el ripio, tragando polvo por nariz, boca y ojos; estando atentos al centro de la ruta para no marearnos; aguantar con paciencia el ruido de las piedras, de los cristales tableteando constantemente, de chirridos metálicos procedente de quién sabe dónde; de olores corporales de sufridos pasajeros que tienen que ir de pie, a tu lado... Después de esto... algo se cansa uno, porque, como usted sabe, no solo los buses son pequeños, sucios y viejos, sino que están mal mantenidos.

-Ah, cierto... pero el paisaje es relindo, ¿sí?

-Ya lo creo. Eso nos mueve a hacer fotos, incluso desde dentro del bus y a dar gracias a Dios por la suerte que tenemos de ver tanta naturaleza virgen... y por no matarnos en la ruta.

-¡Cómo, si en la Ruta Austral apenas hay tráfico!

-Claro, justo por eso el santiaguino que viene a vivir la aventura patagónica con su flamante 4x4 va a toda máquina por el centro de la ruta... o el camionero de la obra de al lado que corta las curvas porque no viene nadie... Por eso el otro día nos sacaron fuera en un par de ocasiones.

-Ya lo lamento señor. ¡Qué miedo! Oiga, y cuando llegan a un lugar... qué es lo que tienen que hacer... supongo que sacar fotos y recorrer los restaurantes típicos.

-Por supuesto. Hay que sacar muchas fotos, para que luego podamos seleccionar solo las mejores. También tenemos que redactar informes de por dónde vamos visitando. Pero antes de escribir tenemos que reservar los boletos para el próximo trayecto, porque se acaban los cupos; hay que ir a Información Turística para enterarnos de dónde están los hospedajes...

-¿Cómo, no van a hoteles?

-Pues no. Son caros para nosotros. Como le decía, hay que recorrer las casas de hospedaje, ya que muchas son auténticas cuevas, hasta encontrar alguna que, por lo menos, esté limpia, y a ser posible, con luz.

-... y en las hospederías... ¿les dan de comer?

-No, nos cocinamos nosotros. Claro que antes hay que haber encontrado un supermercado surtido y haber hecho la compra...

-Ah! Les gusta hacerse comiditas ricas de su país ¿eh?

-Bueno... procuramos que sean ricas... aunque tampoco se puede estar mucho tiempo en la cocina compartida. Fundamentalmente arroz y pasta, para llenar y luego alternamos latas de atún, sardinas o verdura... y siempre fruta.

-Yaaah... eso será un caso... no comerán eso todos los días.

-No. Solo estos dos meses y medio de verano en los que andamos de mochileros. Claro está que, de vez en cuando, entramos en alguna cocinería típica para degustar lo local... y poder informar luego, je, je.

-Yaaah... lo de informar que dice usted, ¿es obligatorio?

-Claro. Es parte fundamental de nuestro trabajo. Primero tomamos apuntes en la libreta esa que ha visto usted antes; luego redactamos cuando estamos más tranquilos; y, por último, cuando llegamos a una ciudad un poco más grande lo enviamos por Internet. Además, descargamos las fotos de las cámaras, las seleccionamos y las agrupamos en carpetas, por temas.

-Uff. Eso les llevará mucho ¿no?

-No, no crea; depende de la cantidad, claro. Yo diría, por ejemplo, que esta parte de la Patagonia Central puede ocuparnos dos sesiones de cinco horas... siempre es más agradable esto que lavar la ropa a mano en el lavabo, je, je...

-... y para eso llevan ustedes una pecé en la mochila...

-Lo habíamos decidido así, pero en el último momento la dejamos... e hicimos bien... no hubiera sobrevivido a esto. Lo que hacemos es buscar un centro público con acceso a Internet.

-Estos gastos... se los pagarán luego ¿sí?

-Pues, no. Nos dan un fijo mensual y nosotros nos administramos.

-Oiga.. y con carpa ¿no van nunca?

-Por supuesto, muchas veces. Aquí va. Dentro del macuto. Unas veces es una noche y otras varias. Por ejemplo, en el Paine fueron cinco días y en El Chaltén quince.

-Yaaah. Oiga, perdón que les pregunte tanto, pero no sabía que había un trabajo de turista... Para conocer los sitios de montaña ¿cómo hacen, contratan excursiones?

-La verdad es que nunca lo hacemos. Llevamos una guía de marchas en Patagonia... y preguntamos en las entradas de los parques nacionales. La experiencia de recorrer los caminos por nosotros mismos es fundamental en nuestro trabajo. A veces las caminatas son cortas, digamos de tres o cuatro horas, pero otras son harto largas, como de diez o doce. Si podemos, elegimos recorridos por donde anticipemos que haya menos gente, o nadie; como en la Reserva Nacional Tamango en Cochran, donde hicimos las fotos de los huemules que tanto le han gustado antes... o en la senda de los Pioneros en Puyuhuapi, donde estuvimos completamente solos, recorriendo caminos de ganado por medio del bosque... ¡fue increíble!

-¿Y nunca se han perdido, o han tenido miedo por ahí solos?

-Con buen tiempo y con el GPS, cuando uno se medio pierde –como en Tamango nos pasó- lo que se hace es volver por el mismo camino, con tiempo suficiente para que no se haga de noche... respecto al miedo... lo hemos pasado, pero con un pitbull que salió de una casa en Ushuaia y se lanzó, con los colmillos fuera y babeando, en medio de ladridos de muerte... hasta que una buena piedra le disuadió...

-¡Vaya susto! La verdad es que les envidio, la de sitios bellos que estarán conociendo... Por cierto ¿cómo planearon su viaje desde España?

-Acordamos con nuestros jefes por dónde teníamos que pasar y luego buscando información en Internet, con libros de montaña y con la guía que le hemos enseñado. Luego, preguntando mucho a las personas que conocemos por el camino... además, conocer personas y escribir sobre ellas es también parte de nuestro trabajo.

-¡Qué bien, podrían escribir, entonces sobre mí! ¿no? Oiga... y cuando están trabajando de turistas ¿no descansan nunca?

-Procuramos.

-¿Y qué hacen?

-Leer literatura o relatos de viajes...je, je.

-Yaaah... y si no es mucha indiscreción, ¿les pagan mucho?

-Pues sí y no. El dinero es el suficiente para poder mantenernos y al mismo tiempo, no hay dinero que pague el privilegio de ver esta tierra tan maravillosa.

-Vaya... les dejo, que sale mi bus. ¡Me alegro mucho y que la sigan pasando bien!

**23 febrero 2008**

### **CL, Patagonia, Puyuhuapi /Lluvia austral**

A ráfagas, el viento lanza con fuerza el agua contra los tejados que suenan como si hirviera en un gran puchero. La salida del fiordo de Puyuhuapi se haya difuminada por densos nubarrones impidiendo ver los montículos verdes que acompañan la lengua de agua, hasta convertirse en canal entre canales y estos en inmensidad en el Pacífico. Las chimeneas de las casas bajas de madera, que se ordenan en población, dejan escapar suspiros de humo casi horizontales. En las laderas circundantes de la pequeña ensenada se dibujan suaves pinceladas de bosque oscuro de lenga, entre verdes más claros de arbustos y enormes agrupaciones de nalcas, con sus impresionantes hojas de dos metros de diámetro. La luz se acrecienta milagrosa en las cubiertas de zinc contra el cielo ensombrecido y contrapunta el gris oscuro del ripio empapado, donde el polvo ha desaparecido hasta un nuevo acto. En las fachadas de las viviendas el agua deja ronchones húmedos en barlovento y en las escasas barcas de la orilla hincha sus maderas escamadas de pintura. El viaje jadea en este pequeño pueblo de quinientos habitantes en donde en una de cada dos casa se encuentra un almacén de abarrotes, camas y cocinería. Este verano austral de agua y frío pone reposo a la euforia volcánica de pasadas jornadas de bosques, lagos, glaciares, ríos, bahías, flores y fauna de esta patagonia lluviosa del sur de Chile. El crepitante de la leña de la estufa, la visión de la calle despoblada y el tamborileo de la lluvia ponen un paréntesis de quietud en los cansados pies de los viajeros.

### **CL, Patagonia PN Pumalín/Patagonia Lluviosa**

No hay tanta humedad

Debajo del mar

Como en el bosque lluvioso de Pumalín

No hay tanto verde

En el imposible sistema nervioso de la esmeralda.

Abrigos de musgo verde

Arropan troncos de alerces

Banderas de helechos  
 Se tienden sobre los balcones de piedra  
 Fuentes de kilas espumean  
 Sus cañas verdes en los interespacios  
 Las piedras de los arroyos  
 Están pintadas de verdes fosfóricos  
 Delgadas culebras de madera  
 Brillan de humedad entre altas hierbas  
 Púlpitos de verde-ocre cuelgan inverosímiles  
 De altas ramas mutiladas  
 El aire templado zizaguea luces  
 Entre los laberintos vegetales  
 Unas aves marcan con sonidos su presencia  
 Contra el rodar de las blancas espumas torrentosas  
 El sueño de impenetrable verde  
 Encadena con eslabones de nube  
 El océano húmedo con el cielo lluvioso.

Z.B.

## Marzo 2008

### CL, Temuco/teléfono

-¿Holaaa?  
 -¿Síii? Dígame..., ¿quién es?  
 -Pero bueno, ¿no me conoces ya?  
 -¡Ay..., qué alegría! ¿Cómo estáis?  
 -Muy bien... ¿y vosotros?  
 -Bien, bien... ¿dónde paráis ahora?  
 -En Temuco.  
 -Y, ¿dónde está eso?  
 -Pues en el sur de Chile.  
 -Pero, ¿no estabais ahí la última vez que llamasteis?  
 -Sí, claro. Es que el sur de Chile es muy grande. Desde la punta del continente subimos hasta Puerto Montt en barco.  
 -Ah sí. Las fotos de los canales y las islas.  
 -Eso es. Luego, desde Puerto Montt volvimos a bajar por carretera para conocer la zona que habíamos hecho por mar, para regresar de nuevo al punto de partida.

-Hay que ver... ¡no paráis!

-Sí, ya hemos parado. Ahora en Temuco llevamos una semana y hemos empezado a preparar nuevos cursos para la semana que viene en la universidad de aquí.

-O sea que, a trabajar otra vez.

-Sí. Ahora todo seguido hasta mediados de mayo.

-Pero... cuéntame. ¿De verdad estáis bien?

-Sí... de verdad... bueno algo cansados... supongo que lo normal después de cinco meses.

-¡Cinco meses ya!

-Sí. Exactamente.

-Y, ¿dónde estáis alojados, en alguna residencia de la universidad?

-No, estamos en un hospedaje, que no está lejos. Media horita de paseo.

-Y... ¿hace mucho frío?

-Acuérdate que es verano aquí. Hace calor. Un poco menos de 30. Ayer tuvimos tormenta y refrescó algo.

-Y... ¿coméis bien?

-Claro, claro... yo creo que estoy engordando otra vez... je, je.

-Oye... Nani se ha hecho algo en el pelo, ¿no?

-¿No te has dado cuenta? Se lo ha cortado y teñido... A que le queda bien.

-¡¡¡Guapísma!!! Cariño... ¡que esto te va a costar una fortuna, desde tan lejísimos!

-No te preocupes que el beneficio vuelve a España... esto es de Telefónica.

-Venga, venga... ¡un beso muy grande para los dos!

-¡Un abrazo muy fuerte para vosotros!

### CL, Temuco/ Rutinas

Amanece de nuevo nublado en Temuco. Por la ventana del hospedaje, todavía desde la cama, se ve una luz tibia y blanda de un sol escondido tras las nubes. Casi sin pensar, lo mismo que nos vestimos, salimos del cuarto para desayunar donde nos espera un platito con lonchas de grasa amarilla (así hemos decidido llamar a este queso), una cesta que contiene unos bollos de pan que no logramos empapar en un café de polvos y eso sí, unas deliciosas mermeladas de fruta hechas hace dos años, sin conservante alguno.

Ya fuera de la casa, experimentando que para que a medio día uno no tenga calor, ha de pasar algo de fresco por la mañana; nos encaminamos hacia la Universidad repasando las actividades de cada uno. Por la calle Caupolicán, todos los días pasa el mismo volumen de coches, camiones con grandes remolques y autobuses que parecen latas con ruedas. En seguida, pasamos por delante de un ciprés increíblemente grande, que recuerda a las secuoyas gigantes de Yosemite, para el que no previeron suficiente espacio en el jardín.

Dejando atrás la gran avenida, a poco más de diez minutos de la Facultad de Psicología, volvemos un día más a pasar por una calle, donde una persona mayor, sentada en el bordillo de la acera, lee el periódico.

Justo enfrente, hay una cabina telefónica cuyos cristales han sido quebrados días atrás, (probablemente por unos adolescentes) y los pedacitos, esperan ser recogidos hechos un montoncito. El perro que, sin ladrar, se ha acostumbrado a correr de un lado a otro de la verja cuando pasamos, hoy está tumbado con mirada lastimera. Dos o tres casas más allá, hay un hombre que mañana y tarde, ataviado con jersey de lana, gorra y una chaqueta roída por el tiempo, descarga su hacha sobre un pedazo de madera reseco. A pocos pasos, se instala todas las mañanas un grupo de puestos (no suficientes para llamarlo mercado) que vende frutas, ropa, herramientas, leña...

Todo está en su lugar cada día, apenas hay sorpresas, casi no hay que tomar decisiones...esta es la deliciosa rutina después de unas vacaciones tan activas.

### **CL, Santiago de Chile, Cajón del Maipo/La Bella Durmiente**

El Maipo es un río medio turbulento y terroso que corta en zig-zag sierras menores, al oeste de los Andes centrales. Los depósitos de sus laderas han creado una estrecha base en torno a sus orillas donde crece una vegetación siempre verde que da sustento a poblaciones con nombre de santos: San José, San Alfonso, San Gabriel... El paisaje, hasta media altura –es decir por debajo de los dos mil metros- recuerda esas serranías hoscas del pre-pirineo de Lleida o Huesca; laderas áridas donde los árboles chaparros dejan enseguida sitio a matorrales poco densos, para terminar en perfiles rocosos, algo abruptos. En las zonas más altas las nieves y los hielos del invierno –que aquí no faltan a su cita- han afilado las cumbres y le dan al paisaje un cariz más recio. Desde modestos cerros de poco más de mil quinientos metros –como el que hemos ascendido hoy- se asoman algunas cumbres que, siendo ahora verano, sus blancos no pueden ser sino glaciares, anticipando ya las grandes alturas de la frontera andina. Abajo, escoltando al río, el verde intenso de frutales, álamos y especies autóctonas de hojas perennes, contrasta con los áridos ocres de las laderas escarpadas que forman este Cajón del Maipo.

Cosidos a la carretera hay numerosos emplazamientos turísticos, que ofrecen estancias en cabañas de madera y restauración, como este de La Bella Durmiente, donde nos dejamos agasajar por la familia Bargsted con una proverbial hospitalidad. Las casitas están escondidas en una sombra espesa de árboles de escaso tamaño, aunque muy frondosos. Por las ventanas vemos cruzarse ramas oscuras salpicadas de hojas verdes y pequeño espacio de tierra, umbrío por la lluvia nocturna, repleto de amarillentas hojitas secas.

Hace esa deliciosa temperatura que consiste en tener calor al sol y fresco a la sombra. En el cielo cruzan nubes el azul que separa unas crestas de otras. Los relojes se arrastran perezosos en este ensortijado valle de la pre-cordillera chilena.

### **CL, Antofagasta/De repente el desierto**

De repente el desierto.

De súbito la monotonía del arenal sosiega el alma atizada por el polisinfonismo de la orquesta de los verdes.

La simplicidad tricorde del sol, el mar y la tierra  
 Y la brisa llevando de uno a otro murmullos de salitre.  
 El espíritu ahogado de tanta belleza barroca del Sur se recupera en esta simplicidad del Norte.  
 Una espuma como alimento.  
 Cerros cuaresmales ayunos de vegetación.  
 El peso del azul.  
 La luz puliendo los contornos.  
 El sayal con que se reviste esta geografía castigada a desierto.  
 La nada.  
 El silencio.  
 Otra vez el océano con sus mantras.  
 De nuevo la cuna marinera, con su vida resbalosa evitando la voracidad de los pelícanos.  
 Y el sol.  
 La tierra y sus billetes minerales.  
 Se presiente Atacama.

### **CL, Antofagasta/carta**

¿Come va? nosotros hemos pasado una crisis de fatiga, saturación, desubicación, exceso de movimiento... etc. que tocó fondo en Temuco, la cual estamos ya remontando, gracias a lo bien que nos acogieron en la familia de una alumna mía de doctorado, la cual tiene unas cabañas en un lugar en las cercanías de Santiago, en la cordillera de los Andes. La cabaña estaba genial (como para vivir... solo le hacía falta un armario y un container para los trastos de aire libre); nos invitaron a comer, nos llevaron de excursión y nos dieron su afecto de muchas maneras... como hablando hasta las dos de la mañana de lo divino y de lo humano. Luego, paramos en Santiago, para poder decir que lo conocemos; subimos corriendo el cerro San Cristóbal -centro de la ciudad- (después de mucho tiempo) con las mochilas y los pantalones largos... pero estuvo genial... el cuerpo se acordaba. Por supuesto, fuimos a rendir homenaje a Salvador Allende delante del Palacio de la Moneda y a hacer votos por el "nunca más" a los golpes militares. La catedral, siendo del XVIII merecía la visita. Y, después de tres meses, viaje en avión a Antofagasta por cuenta de la Universidad Católica; aparta-hotel, limpio, con cocina completa y un Jumbo al lado para las comiditas... así que, eso unido a la actividad académica diaria ha hecho que se nos pase el síndrome de Stendhal-patagónico que nos tenía mareados. Además, el cambio ha sido brutal: ahora estamos en el desierto al borde del mar.  
 Un fuerte abrazo y cuídate.  
 orfe y nani

## DATOS

Establecimiento	Ciudad	País	Noches	Total
Apt Hotel Amron	Montevideo	UY	21	1
Casa de Walter	La Paloma	UY	2	2
Bus Montevideo a Portoalegre	ruta	BR	1	3
Bus Portoalegre a Foz de Iguazú	ruta	BR	1	4
Hotel Foz de Iguazú	Foz de Iguazú	BR	3	5
Hotel Ibitiruzú	Villarrica	PY	3	6
Bus Villarrica a Mendoza	ruta	AR	1	7
Aptos Gustavo	Mendoza	AR	7	8
Aptos Juan	Mendoza	AR	14	9
Tienda	Confluencia, PN Aconcagua	AR	2	10
Casa Apart (10)	Río Cuarto	AR	2	11
Hotel Argentinos	Córdoba	AR	1	12
Casa Apart (11)	Río Cuarto	AR	2	13
Casa Apart (10)	Río Cuarto	AR	3	14
Bus Río Cuarto a BAs	ruta	AR	1	15
Hotel Ibis (369)	Manaus	BR	7	16
Hotel Ibis (354)	Manaus	BR	6	17
Juma Inn Lago	Juma	BR	2	18
Juma vivaque	Lago Juma	BR	1	19
Hotel Atlas Tower	BAs	AR	3	20
Bus BAs a Pto. Madryn	ruta	AR	1	21
Apt Madryn	Pto. Madryn	AR	1	22
Bus Pto. Madryn a Río Gallegos	ruta	AR	1	23
Hotel Sehuen	Río Gallegos	AR	1	24
Hostería Amancay	El Calafate	AR	3	25
Tienda	Poincenot, PN Los Glaciares	AR	2	26
Tienda	Camp Madsen, El Chaltén	AR	12	27
Hostería Yamile	El Calafate	AR	6	28
Hostal Los 2 Pinos	El Calafate	AR	4	29
Hotel Liporau	Río Gallegos	AR	1	30
Apt Hotel Alem (1)	Ushuaia	AR	1	31
Apt Hotel Alem (Mari)	Ushuaia	AR	2	32
Tienda	Laguna Caminante, PN Tierra del Fuego	AR	1	33

Tienda	Cañadón Oveja, PN Tierra del Fuego	AR	1	34
Apt Hotel Alem (1)	Ushuaia	AR	1	35
Hospedaje El Mirador	Pto Natales	CL	1	36
Tienda	Camp Torres, PN Torres del Paine	CL	2	37
Tienda	Camp Italiano, PN Torres del Paine	CL	1	38
Tienda	Camp Pehoé, PN Torres del Paine	CL	2	39
Ferry Evangelistas	Canales patagónicos	CL	4	40
Hospedaje La Javiera	Pto Montt	CL	2	41
Barcaza Pto Montt a Chaitén	Golfo Corcovado	CL	1	42
Hospedaje Rina	Coyhaique	CL	1	43
Hospedaje Analuz	Cochrane	CL	1	44
Hospedaje La Costanera (regia)	Caleta Tortel	CL	1	45
Hospedaje La Costanera	Caleta Tortel	CL	1	46
Tienda	RN Tamango	CL	1	47
Hospedaje Analuz	Cochrane	CL	1	48
Hospedaje Rina	Coyhaique	CL	1	49
Residencial Nury	Puyuhuapi	CL	3	50
Hospedaje Los Ángeles	Futaleufú	CL	1	51
Hospedaje Astoria	Chaitén	CL	2	52
Hospedaje La Javiera	Pto Montt	CL	2	53
Hostal Cecilia	Temuco	CL	10	54
Bus Temuco a Santiago	ruta	CL	1	55

<u>ORIGEN</u>	<u>DESTINO</u>	<u>DURACIÓN</u>	<u>TRANSPORTE</u>
Madrid	Montevideo	12 h.	Avión
Montevideo	La Paloma	4 h.	Bus
La Paloma	Cabo Polonio	1 h.	Bus
Cabo Polonio	Montevideo	5 h.	Bus
Montevideo	Montevideo	1 h.	Avioneta
Montevideo	Porto Alegre	12 h.	Bus
Porto Alegre	Foz de Iguazú	13 h.	Bus
Foz de Iguazú	Puerto Iguazú	1,30 h.	Bus
Puerto Iguazú	Foz de Iguazú	1,30 h.	Bus
Foz de Iguazú	Ciudad del Este	2 h.	Bus
Ciudad del Este	Villarrica	4 h.	Bus
Villarrica	Colonia Independencia	1 h.	Bus
Col. Independencia	Villarrica	1 h	Bus
Villarrica	Garay	1 h.	Bus
Garay	Villarrica	1 h.	Bus
Villarrica	Asunción	4 h.	Bus
Asunción	Santa Fe	12 h.	Bus
Santa Fe	Mendoza	14 h.	Bus
Mendoza	Cordillera	12 h	Bus
Cordillera	Mendoza	12 h.	Bus
Mendoza	Río Cuarto	7 h	Bus
Río Cuarto	Córdoba	3,30 h.	Bus
Córdoba	Río Cuarto	3,30 h.	Bus
Río Cuarto	Villa Gral. Belgrano	3 h.	Bus
V. Gral. Belgrano	Río Cuarto	3 h.	Bus
Río Cuarto	Buenos Aires	8 h.	Bus
Buenos Aires	Manaus	16 h.	Avión
Cruce del río Amazonas		2 h.	Barca
Amazonas	Río Juma	2 h.	Bus
Cruce del río Amazonas		2 h.	Barca
Manaus	Buenos Aires	16 h.	Avión
Buenos Aires	Puerto Madryn	18 h.	Bus
Puerto Madryn	Península Valdés	2 h.	Bus
Península Valdés	Puerto Madryn	2 h.	Bus
Puerto Madryn	Río Gallegos	19 h.	Bus

Río Gallegos	El Calafate	8 h.	Bus
El Calafate	El Chaltén	3,30 h.	Bus
El Chaltén	El Calafate	3,30 h	Bus
El Calafate	Perito Moreno	3 h.	Bus
Lago Argentino	P. Moreno	1 h.	Barco
Perito Moreno	El Calafate	3 h.	Bus
Río Gallegos	Ushuaia	13 h.	Bus
Canal de Beagle	Isla Pájaros y Lobos	5,30 h.	Velero
Ushuaia	Puerto Natales	16 h.	Bus
Puerto Natales	PN Torres del Paine	2,30 h.	Bus
PN Torres del Paine	Puerto Natales	2,30 h.	Bus
Puerto Natales	Puerto Montt	72 h.	Barco
Puerto Montt	PN V.P. Rosales	1,30 h.	Bus
PN V.P. Rosales	Puerto Montt	1,30 h.	Bus
Puerto Montt	PN Alerce Andino	1,30 h.	Bus
PN Alerce Andino	Puerto Montt	1,30 h.	Bus
Puerto Montt	Chaitén	11,30 h.	Barcaza
Chaitén	Coyhaique	12, 30 h.	Bus
Coyhaique	Cochrane	8 h.	Bus
Cochrane	Tortel	4 h.	Bus
Tortel	Cochrane	4 h.	Bus
Cochrane	Coyhaique	8 h.	Bus
Coyhaique	Puyuhuapi	5 h.	Bus
Puyuhuapi	Villa Sta. Lucía	2,30 h.	Bus
Villa Sta. Lucía	Futaleufú	2 h.	Bus
Futaleufú	Chaitén	4 h.	Bus
Chaitén	PN Pumalín	1 h.	Bus
PN Pumalín	Chaitén	1 h.	Bus
Chaitén	Puerto Montt	10,30 h.	Barcaza
Puerto Montt	Temuco	6 h.	Bus

TOTALES: 45 h en avión, 104,30 h en barco y 291 h en bus

Luisa Fernanda tiene una mirada que les dice a los hombres algo que los atonta, como a las moscas contra los cristales. Ella no hace nada; siempre ha sido así, desde que tuvo su primer “pololo” a los quince y notaba como a él las palabras se le caían por las comisuras de los labios, medio derretidas. Luisa Fernanda tiene una sonrisa que exhibe constantemente, como el sol de Antofagasta, y miente sus pesares con naturalidad. A los treinta y ocho, siente un vértigo de carriles cortados que le cierra el apetito y le ayuda a conservar ese atractivo que los ceba. A los treinta y ocho parece que tiene veintiocho, aunque se sienta de cuarenta y ocho. Tres fracasos matrimoniales y cuatro hijos son una inercia que la empuja hacia el precipicio sobre los rompientes del fracaso. Luisa Fernanda no lo entiende; no se entiende. Tiene una educación superior, dos criadas y un marido elegante de derechas; aunque ella, de pequeña, no sabía que los chicos con gomina y zapatos que iban con sus padres a las manifestaciones de apoyo al dictador, pegaban. Como su segundo marido. Al primero, también de polos y pantalones con cinturón, no le pasaba nada. Simplemente se despertó de la adolescencia con una mujer y un hijo de cinco años y un día decidió que era una pesada carga para correr por la vida. Ella se le quedó mirando como a un final de película no feliz. A Luisa Fernanda no le gustan las películas que no acaban bien, como su vida –piensa-. Porque ella cree que su vida está a punto de acabar, cuando no se encuentra animada. No como hoy. Hoy ha elegido un sujetador que le levanta el pecho y lo convierte de espléndido en espectacular. Hoy ha salido de casa sin los tacones, con esa media melena mojada de ducha y se ha reunido con unos amigos de veintiocho, que parece que tienen veintiocho. Hoy piensa, mientras habla con ellos y se reponen las botellas de cerveza vacías, que las vías no se cortan, que hay un cambio de agujas que la pueden hacer llegar a otro país; como a sus amigos, a vivir unos años de formación y transformación. Luisa Fernanda vuelve a sentir ese cosquilleo en el vientre que la informa de que a su compañero de patillas largas, melena negra y pendiente, que no para de mirarla a los ojos y al pecho, a ese amigo le gusta. Y en ese momento el marido se ha evaporado, como el humo de los cigarrillos de los contertulios, por la ventana; el último hijo –el único todavía pequeño- le ha parecido un peso liviano y asumible para poner a cero, una vez más, los contadores. Los ojos chispeantes de trasnochada y cerveza, le brillan como las olas en luna llena. Pero cuando el reloj despide la noche y ella entra en la soledad del portal familiar, el marido elegante crece en su mente y grita insultos con desprecio, el niño pequeño llora descontrolado y los mayores la azotan con un “¿otra vez mamá?”. Luisa Fernanda, que ya sabe que tiene un nombre de zarzuela española, no puede más con su papel y cuando cierra la puerta a los acompañantes deja caer su sonrisa y encoje los hombros por el peso de los cuarenta y ocho.

### **Personajes 3.2**

“Suspendidas las mechonadas en el día de hoy por el fallecimiento de un alumno” reza el cartel que acabo de ver en el campus de la Universidad Católica del Norte. Me giro hacia mi acompañante y le pregunto, aseverando, que el fallecimiento no tendrá nada que ver con las novatadas (que aquí se llaman mechondas, ya

que una de las barbaridades del humillante ritual a que someten a los alumnos de primero es cortarles un mechón de pelo). “No”, me asegura. Se trata de un suceso triste y trágico. El alumno era uno de esos seres que se fajan con la vida por no deshacer errores de adolescente. Uno de tantos de los que nos pasamos la noche aguardando el autobús que no llega sin ir al metro, por no renunciar al tiempo de espera ya invertido. El alumno llevaba peleando contra las exigencias de arquitectura el doble que el resto de sus compañeros; su familia hacía tiempo que le había cortado el apoyo económico y él se veía obligado a trabajar a tiempo parcial en labores de oficina en un siniestro negocio que no le tenía legalizado. Las horas de trabajo le daban para comer, pero aceleraban la corriente en contra de su avance hacia la utopía arquitectónica. Al perder cursos, sus relaciones sociales se hacían cada vez más escasas por la dificultad de coincidir con los antiguos condiscípulos. No se sabe que bebiera más que los demás. Su personalidad, como la de los adictos, se fue construyendo en torno a su nunca completado fracaso estudiantil. Sus costumbres fueron alimentándose de la auto commiseración del lobo estepario. Los profesores le trataban con la distancia que imponen los apestados; veían en sus ojos la marca del condenado y no le reprendían, ni tampoco le alentaban. Alto y delgado, con barba de moda que se recortaba cada dos semanas, no tenía dificultades de conectar con las chicas; aunque su personalidad bohemia y atractiva de noche se tornaba en depresiva y extemporánea de día. Así que no tenía relaciones largas. Tuvo que abandonar el hospedaje en el que se domiciliaba porque no le alcanzaba con la plata de su medio trabajo. Un fin de semana se quedó a dormir en la habitación en la que servía de archivo de su oficina. El martes le arrastro la pequeña inercia de nuevo a esa habitación sin ventanas, pero caliente y con un sofá desvencijado donde sus pies colgaban por el final. No le dijeron nada, a pesar de que su situación era evidente. Tendrían que echarlo, aunque después de todo, era eficiente en su trabajo mal remunerado y no declarado. A la escuela acudía con irregularidad al rosario disperso de materias que arrastraba por diversos cursos. Por eso tardaron cinco días. Por eso en la academia solo fue notorio que debían ocuparse de él, es decir de su sepelio, cuando los carabineros encontraron, entre las ropas no descompuestas de sol y agua, un carnet plastificado de la Universidad Católica. Fueron los de la oficina los que dieron la señal de alarma a los cuatro días de su desaparición. Tres días no era mucho; a veces pasaba, y no era suficiente para echarle, porque, finalmente, sus labores estaban al día. En su trabajo tuvieron que informar con medias palabras que alguien que hacía colaboraciones no había aparecido en varios días. Dos estudiantes de último año, acompañados de un capellán, trataron de identificar un cadáver que, a los cinco días, las gaviotas, los perros, las carroñeras, el agua y sol de este desierto norteño habían transformado en esa palabra tan distante de “restos”. Fue el forense el que hizo su trabajo no pagado y la ficha de un antiguo dentista. Así que la academia, que consiente el primitivismo de la残酷 ritualizada en forma de mechonadas, no podía simultanear estas con el duelo por la desaparición de un estudiante. Desaparecido, más bien, años atrás cuando nadie fue capaz de detectar que las trancas y barrancas por las que navegaba eran algo más que dificultades académicas.

San Pedro de Atacama es al Norte de Chile lo que las Torres del Paine es al sur: una red de encantos naturales a la pesca dólares y euros. Los turistas llegan desde Calama

-aeropuerto- a poco más de cien kilómetros; ciudad minera que acoge a la mayoría de los trabajadores que extraen el pan chileno en forma de mineral de cobre, de un gigantesco cráter ganado a la tierra. Atacama se encuentra en una meseta, desértica y salada, situada a 2.500 m entre la costa y el altiplano andino (4.000 m), en la latitud de la ciudad de Antofagasta.

San Pedro es una ciudad surtida de servicios integrales para los pequeños agricultores que mantienen imposibles verdes en los flancos del río que justifica este antiguo asentamiento humano. El agua, que desciende de la Cordillera, ha labrado quebradas como las del río Jere que recorremos, donde a la llanura se contraponen escarpados planos verticales.

Otras aguas, filtradas y repletas de sales, afloran en la superficie para dejar en su evaporación rugosas mantas de sal, las cuales, iluminadas por el sol, sin apenas atmósfera intermedia, se dirían superficies nevadas. En las zonas donde la evaporación no se ha completado, viven colonias de flamencos y otras pequeñas aves que se alimentan de pequeños crustáceos e insectos.

En los alrededores de San Pedro, en un valle llamado de la Luna, tenemos el privilegio de ver el doble espectáculo de la puesta de sol y la salida de la luna llena, redoblando el privilegio de ser acompañados por dos –ahora amigos ya- ángeles custodios: Andrés y Manu. (Antes, huyendo de los espectadores, subí corriendo a una duna cercana para paladear un poco el silencio y la soledad).

Al asombro de las 32.000 hectáreas del salar, se unirá al día siguiente, en plenos 4.320 m del altiplano, el espectáculo natural de los geiseres, contrastando sus cálidas fumarolas, con el inclemente bajo cero de la madrugada, al que obliga la logística de las agencias que hacen la excursión.

Atacama, en estas latitudes, es un desierto troquelado por infrecuentes lluvias torrenciales que han labrado perfiles agudos, pequeños cañones, que recrean con sus sombras, al compás del sol, paisajes admirables. Terroso o arenoso, cuevas o prados, llanos o quebradas y todo con el milagro del blanco de la sal que enciende pequeños hilos por debajo de una cúpula de un azul tan intenso que se diría doloroso.

CL Antofagasta/ Correr por encima de los 4.000 m

(Para Olmo, Agus, Ramón, Javi y Marcos, compañeros corredores por montaña)

El microbús se había detenido para una visita al baño y comer algo en la aldea de Machuka. Cuatro casas, literalmente, de adobe y techos de fuertes pajas andinas compactadas. Es probable que hoy vivan exclusivamente del turismo que sube regularmente, con el final de la noche, desde San Pedro de Atacama, a ver los geiseres del altiplano. El paisaje está compuesto por unas hierbas ralas, hoy amarillas, dispuestas en pequeñísimos bancales de color teja. El lugar se haya en el descenso hacia el salar de Atacama; pero aún así estamos a 4.062 m, según mi reloj. Justo detrás de Machuka se ven dos cerros redondeados, con una pendiente

suave, recortándose nítidos contra un cielo azul de hule y tan brillante como si estuviera mojado. Son las 10:10 a.m. El conductor acaba de decirnos que a las 10:45, en punto, nos vamos. Miro a los cerros y al reloj, como si fuese a aparecer un cartel que dijera: “¡te da tiempo!” Siento cómo se me acelera el pulso cuando en mi mente alguien dice: “¡nunca has corrido por encima de los 4.000 m!”. Bueno, ya está –pienso-, regateo cinco minutos más, me quito ropa de abrigo y salgo corriendo en línea recta a la cumbre, como si fuera a la pastelería.

Siento un agudo dolor en el centro del pecho. La respiración es acelerada y sonora, como el agua hirviendo en un *kettle*. Los músculos de las piernas no los siento ácidos, solo pesados como si tuviera encima varios pantalones mojados. Apenas llevo corriendo cuesta arriba del cerro diez minutos y ya me parece media hora. La garganta me escuece de respirar con la boca abierta. Miro a mis piernas como si fueran de otro, para comprobar que siguen moviéndose. Llevamos dos días a 2.500 m y no sé si será suficiente. Mi jadeo es ahora más fuerte y me noto sudando, a pesar de que estamos solo a unos pocos grados sobre cero. Por un momento escucho la recomendación del conductor: “Andar despacio, no os fatiguéis, que estamos muy alto y os puede hacer mal”. Me doy cuenta que las piernas han decidido de correr, sin mi voluntad; ahora suben andando, como en el tramo final de la subida a Cabezas de Hierro por la cara norte; a las que se parecen, curiosamente, estos cerros de Machuka. Me obligo a mirar delante, arriba, para que se abra el pecho. Balanceo los brazos para ayudarme. El sol pica en la piel como la sal en las heridas. Miro abajo y las casuchas se ven muy pequeñas. La cumbre, esférica, parece rodar y alejarse continuamente a mi avance. “¡Tío, estás corriendo por encima de los 4.000 m!” – me digo-. ¡Si por lo menos hubiera entrenado algo! Sin embargo, algún programa antiguo, no borrado, me hace seguir avanzado. El ruido de la respiración parece el de los géiseres de esta madrugada. “¡A ver si te va a pasar algo!” escucho que alguien dice dentro de mí. El cuerpo sabrá qué hacer y, seguramente cuando ya no pueda más, se parará. La cumbre, ya debe de estar cerca. La pendiente se ha moderado. Miro hacia abajo pensando si Nani y los amigos me estarán viendo. Tropiezo. Se mete arena en las zapatillas. Solo el gesto de la cabeza casi me hace caer. El cielo ya ocupa casi todo el escenario frente a mí. Por encima de los sonidos respiratorios un silencio cargado de soledad me acompaña. “Tío, estas corriendo por encima de los 4.000m” escucho una vez más, como si me animaran a llegar a la meta. Miro el reloj, marca 4.424 m. He estado subiendo veinte minutos exactos y ya no sigo. Ya no hay más, ni tiempo para descansar, ni fotos. La boca más que abierta, parece un emoticón de intensa alegría. “¡Tío, -digo una vez más- has estado corriendo por encima de los 4.000 m!”.

## CL Arica / Conferencia

Una tarde en el campus de la universidad Tarapacá de Arica, nuestra falta de asertividad nos hizo asistir a una conferencia cuya resonancia todavía nos dura y hemos decidido volcar en este blog.

“No estamos hechos para la felicidad –afirmó rotundamente y así comenzó su disertación-. Somos seres permanentemente insatisfechos, avocados a la búsqueda eterna, acicateados por una constante

insatisfacción". Miró al público y observó la desaprobación o, como poco, estupefacción en la cara de los asistentes; entonces improvisó una aclaración para tratar de acercarse a nosotros. "No quiero decir con ello que no haya etapas de moderada satisfacción o incluso rachas de conciencia de felicidad, lo que afirmo es que, al cabo de cierto tiempo, la plenitud se torna romana, pesada como los ojos en las siestas de verano; la momentánea perfección comienza a perder su conciencia y se desequilibra, como alguien saltando a pata coja con los ojos cerrados. La felicidad, al igual que la salud, solo se alegra cuando culmina un ciclo de dolor o infelicidad. Solo nos contenta el cambio a más, pero no el tener más". Ahora en la sala, alguno de los más jóvenes comenzó a asentir con la cabeza, aunque los de más edad seguían frunciendo el ceño con cierto desdén. Otros quizás, esperábamos menos razonamientos ¿A dónde pretendía llegar el orador?, ¿era un nihilista?, ¿se burlaba de nosotros?

"El problema –aseguró– era tan antiguo como la humanidad. Homero lo plasmó perfectamente en la Odisea, pero tuvo que renunciar a la sin salida del viaje permanente, quizá pensando que, después de todo, su largo poema tenía vocación de ser escuchado, y, los receptores no aceptarían otro final que el retorno a Ítaca. No quiero aburrirles con citas – y todos anticipamos, que seguiría una al momento- aunque sí me referiré a que en místicas de todas las confesiones aparece la tesis de la permanente infelicidad, hasta la presencia infinita frente a Dios. (En ese momento algún muscular silabeó entre el público en nombre de Teresa de Jesús). Estos espíritus sublimes desembocaron en un camino de constante superación porque reconocían que ninguna etapa de perfección era lo suficiente para declararla Estación Termini. La desesperanza del hombre moderno, - se atrevió a usar esta expresión, como si fuese un orador de la edad media en tiempos de peste- parte del mismo punto: de la intuición de que no puede alcanzar la felicidad plena y por lo tanto todo vale y nada sirve". Ahora sí que estaban perdidos en el auditorio y no se imaginaban qué conejo haría salir de su chistera verbal. Habló luego de difíciles ejemplos tomados de la psicología experimental, en los que las sensaciones no acompañaban a los incrementos de los estímulos. Se detuvo en los casos de insatisfacción vital que se tornaba grávida en la mitad de la vida y llevaba a la separación de no pocas parejas. Siguió argumentando sobre la infelicidad durante cuarenta y cinco minutos; tiempo en que las facciones de los asistentes se fueron aligerando. Entonces miró el reloj e introdujo un silencio de una duración tal que todos los ojos se posaron en él, anticipando que el último cohete iba a ser lanzado. "No hay felicidad completa, ni satisfacción plena en esta vida, y es este convencimiento el que nos debe liberar de la frustración de no ser felices. La angustia por el fracaso, no tiene sentido, puesto que no es posible alcanzar la meta. Saber que siempre nos acompañará la insatisfacción debe hacer caer las legañas de los ojos de todos los que lloran por el paraíso perdido. Por lo tanto, el saber que no podemos ser felices nos hará más felices" - ya estaba-. La paradoja explotó sobre los asistentes como artificio colorista. Algunas palmas conquistadas arrastraron a la educación del resto para agradecer con ese gesto primitivo y sonoro la intervención del orador. Se acercó el vaso de agua a los labios, bebió un buchito y dio unas gracias silenciosas y algo irónicas, –creo.

Algunas gaviotas, se clavan en el agua  
como aguja en la tela.

Entran y salen,  
bucean y emergen al momento.

Otras, patinan sobre la superficie  
en un aterrizaje que no acaba nunca;  
parece una danza.

El agua mueve los cimientos  
de este muelle imperfecto en la playa  
mientras mi vestido aletea  
como las plumas del pelícano,  
con su falsa sonrisa.

El viento trae con furia  
a un gigante de la mano  
llamado ola.

En pareja, en grupo o a solas  
remontan las blancas crestas  
que hacen cimbrear los maderos bajo mis pies,  
alcanzan el plateado perfil  
que nada bajo las aguas Pacíficas,  
dos alas, como dos abrazos  
dos sombras más en el océano  
y dos pálpitos más al unísono.

## ABRIL

Cuarenta

Tiene ese algo en la mirada que muy pocas veces he encontrado. Yo diría que es como de resucitada. Claro, que nunca he visto a un resucitado. Sus ojos, de un azul claro de invierno, te agarran de frente y te acercan lentamente, sin tú notarlo. Tiene los párpados ligeramente plegados sobre sí mismos, como los orientales; sin embargo, la estructura ovalada de su rostro y, sobre todo la piel blanquíssima, delata que debe de ser centroeuropea. Tiene el pelo blanco, aunque no del todo, y lo lleva recogido por detrás, de forma que su cara se agranda y se impone al resto de la figura corporal. Cuando te escapas momentáneamente al hechizo de su mirada y su sonrisa, caes en la cuenta de que, aunque las arrugas estén bien distribuidas y se pueda decir que es ciertamente bella, los setenta deben estar entrando por su puerta. Es alta sin llegar a ser desgarbada; los colores oscuros que lleva y la espalda bien recta seguramente le dan ligereza a un cuerpo de dimensiones sólidas. Lleva sandalias con calcetines gruesos y una falda larga que oculta unas piernas fuertes y derechas. Si logras separarte un poco más, durante un silencio, diría yo, porque mientras habla te encandila con la emoción con la que pronuncia sus frases, entonces no te parece germánica sino chilena, como su acento; entonces, una cruz de madera asomando por fuera del vestido te hace recomponer la gestalt y acabas viéndola como una sorella. En ese momento activas un guión de chica de familia bien, de la Alemania católica, que descubre su vocación religiosa a través de sus profesoras del colegio y que dejará madurar su decisión hasta terminar sus estudios universitarios. Te sorprende, no obstante, cuando te deja caer la cifra de cuarenta años al servicio de los pobres en los barrios marginados de Santiago de Chile. Con algún lugar común a la fe, retoma el ritmo de la narración y nos habla de los tiempos duros de la dictadura en la que toda acción social era vista como sospechosa y, en consecuencia, reprimida; hasta el extremo de ser expulsada del barrio. (Pareciera que todos los tiranos se instruyeran en las mismas escuelas.) Ella, junto a otras y con el apoyo de los laicos, decidió “obedecer a Dios antes que a los hombres” y se quedó en la zona para “quedarse” fuera de la orden. Y allí la encontró el final de los sables, en el trabajo, en la solidaridad del sermón de la montaña con los renovados desheredados de la historia. Y aquí la encuentra la democracia, en las once horas de autobús que nos llevan desde Arica a Cochabamba, acompañando a un colega teutón que, jubilado, no llega tarde a ser voluntario, en la colosal tarea de mejorar el profesorado de primaria, para abrir puertas en estos pasillos por mucho tiempo mohosos.

## BO/ Cochabamba, Ascensión al Tunari

He dormido fatal, la “aclimatación” de ayer me dejó baldada. Espero que lo de haber subido a 4.000 m y andar por la arista más de una hora, sirva. Aunque lo de agotarse un día antes no se cómo ayudará. Levantarse de noche (5:30 am) es el primer paso difícil del día. El siguiente es comprobar que las luces que se veían por la ventana son de tormenta en las montañas. A las 6:00 estamos en el auto con Mile, el guía suizo,

marido de Gloria que nos conducirá al Tunari: 5.035 m. Mi primer cinco mil. Cuando lo pienso, me vienen a la mente los fuertes dolores de cabeza de Confluencia y de cómo nos costaron los tramos finales hasta la base del Aconcagua.

Cochabamba está desconocida a estas horas, sumida en una soledad que hace juego con esta tímida luz del alba. Cuando me quiero dar cuenta estamos en una pista de montaña empedrada que ondula por laderas cuajadas de verde. Algunos derrumbes por lluvias me traen al presente engañoso de un 4x4 japonés y un amigo suizo. Las nubes origin de la tormenta están hacia el Este. El Tunari aparece despejado y muy, muy lejano. A las dos horas anunciadas Mile aparca cerca de un corral de llamas. Ya es plenamente de día. Y estamos a 4.200 m. Me bajo del auto. Estamos 200 metros más altos que ayer. No noto nada. El paisaje es de praderas alpinas –andinas diría Gloria- con grandes farallones de piedras y bloques dispersos.

La primera hora pasa casi sin darnos cuenta. Hemos rodeado una laguna, ayudada con una rústica represa. El ritmo de Mile es bueno y no deja que nos retrasemos mucho. Voy concentrada en aprender a masticar las hojas de coca. La cuestión es que no me siento mal. Lo peor parece venir del cielo que se va cubriendo lentamente. En la segunda laguna una flojera difusa se pinta en todo mi cuerpo. Pero no voy mal. De vez en cuando me paro y me agacho sobre los bastones para un extra de oxígeno. Las mini paradas técnicas para las fotos o la biología van marcando un ritmo constante. Trato de recordar las sensaciones de ayer, la debilidad en las piernas y el aire insuficiente. Definitivamente no estoy peor y de repente Orfe se pone a gritar que acabamos de superar la altura del Mont Blanc. Nos abrazamos. Nos reímos y nos damos ánimos. El cielo ya está casi completamente cubierto. Solo adelante mi cinco mil está despejado. “Slowly, very slowly, tomorrow summit” como decía Diemberger. Ya casi llegamos al collado donde dejamos las mochilas. Abajo, ahogadas por la niebla, las dos lagunas parecen dos charcos huérfanos. La arista cimera. Ya casi. Subo apoyada en los bastones y concentrada en cada paso. Uno más. Uno más. Una de las veces que levanto la cabeza Orfe está por delante y corriendo los últimos metros a la cima: “cabezota maravilloso”. Ya llego. Ya casi estoy. Levanto los brazos. Me hacen fotos. Me abrazan. ¡Qué ilusión! Mi primer cinco mil. Y los tres solos. Mejor ni soñado. Estoy radiante, tanto que en la bajada no me doy cuenta de que la nieve ha empezado a mojarme. El blanco esquivo de este año sin invierno se ha apuntado a la celebración del Tunari que nunca olvidaré.

#### BO/ Uyuni, Ascensión al Volcán Tunupa

Estaba en el borde del cráter. A mi izquierda, la arista de la cima del volcán describía una forma de herradura. A mi derecha, la montaña está rota por una antigua explosión y formaba un circo de laderas empinadas que se prolongaba en un estrecho valle. Estaba sólo. Nani, apunada, me esperaba 400 metros más abajo. Los vómitos y la flojera de altura la habían dejado en contemplación obligada mientras yo satisfacía extrañas motivaciones de seguir hasta lo más alto. Así, los dos saboreábamos este vino fuerte de la soledad en la alta montaña. El mar de nubes petrificado del salar repelía con fuerza la cegadora luz de la una de la tarde.

La cresta somital me contemplaba con una sonrisa maléfica, sabiendo que hoy no daría un paso más. El pensamiento de que Nani se pudiera poner peor azuzó mis operaciones de sacar y ponerme ropa para evitar el frío en el descenso. De repente, alargué la muñeca izquierda y miré el reloj: 4.999 m. Giré la cabeza hacia la arista. En 10 o 15 metros pisaría los 5.000 m. Sin embargo, me quedé quieto como si alguien me estuviera filmando, levanté mi mano por encima de la cabeza y salté. ¡5.000 m! Ahora me reía. No sé si por lo absurdo de los números o por el mal de altura. Abroché el chubasquero, alargué los bastones y me lancé a un rápido descenso, mitad esquí sobre pedreras y mitad caminar con botas de siete leguas. El cielo tenía un azul, que siempre se describe como limpio, y es que cuando se mira hacia arriba solo está la mitad de la atmósfera (o al menos de su densidad).

Abajo nos estarían esperando la pareja del taxi que nos había traído por el salar en una madrugada heladora. Tanto él como ella, morenos de milenios, nos escuchaban atónitos sobre nuestro deseo de subir a un volcán, que llevaban viendo por generaciones, en frente de su ciudad: Uyuni y dónde nunca se les perdió nada que tuvieran que ir a buscar allí.

La arista de chinarras rojizo-parduzcos, triturados por el hielo, de todos los tamaños pronto dio paso a una ladera de matas herbáceas esparcidas sobre el mismo material de la montaña.

Una vez juntos, apremiados por el deseo de perder altura, nos encaminamos hacia esa irrealidad luminosa del salar: por momentos parece el Polo Norte, pero cuando miras el polvo caliente que levanta tu compañero te das cuenta que es otra cosa; en ocasiones recuerda a esas masas de nubes luminosas que se ven en los vuelos transoceánicos; su brillo recuerda a las tapias manchegas recién encaladas en las que el sol de Julio transforma el blanco en una sensación translúcida y caliente. Su inmensidad, su uniformidad, su luz en medio de las estepas pardas del altiplano, todo ello lo convierte en un lugar fuera de la lógica y más propio de los paisajes del sueño.

Han pasado siete horas y media de deliciosa soledad andina, hemos arañado las barbas del volcán y estamos de nuevo en Coqueza, donde nos espera el taxi blanco que durante casi cien kilómetros estará perdido en la alucinación blanca del Salar de Uyuni.

### Diario de viaje

“Nos tenemos que ir a la Terminal”- dice Orfe levantándose de la silla del cibercafé donde estábamos haciendo tiempo. Todavía con el sabor de vuestras noticias por email, pasamos por el hotel a buscar el equipaje.

Sucre. 19:00. Nuestro bus sale a las 19:30 y estamos esperando en el andén, con las mochilas a la espalda. De un balcón justo encima, con una cuerda pasada dos veces por una barandilla, bajan encomiendas y maletas a las dársenas al tiempo que dos o tres niños, las meten (de manera poco delicada) en el bus que nos lleva a Cochabamba. Tras quince minutos de ver pasar por delante un montón de bultos y antes de quedarnos

sin espacio, le preguntamos al que parece mayor (unos 12 años) si ya podemos guardar nuestras cosas. Chapurrea en una mezcla de español bolivianizado y quechua, “tienen que tener el ticket, no más...aquisito se lo dan”, dice señalando al que desde el primer piso baja las bolsas.

Con cara de... volvemos a pasar por el control de pasajes y nos dirigimos al lugar donde nos ponen el papelito para controlar lo que entra en el bus. Por supuesto, al ver cómo tratan las maletas, después de ponerle la etiqueta (como en el avión) bajamos de nuevo al andén con ellas a la espalda.

Indignados, por todos los que nos habían visto esperar y no nos dijeron nada, nos acercamos a los chicos que suben las bolsas al bus. “My name is Cachu”- dice uno de ellos. Viste unas bermudas, una camiseta sucia y unas chanclas en unos pies que hace tiempo que no ven el agua y el jabón. Tiene nueve años y una sonrisa que parece más blanca debido a su tez indígena. Habla muy deprisa y se mueve entre nosotros, preguntándonos de dónde somos y a dónde vamos. El “pulga” y otro que se llama Eddie, nos explican que van al colegio por la tarde y que a la salida vienen a trabajar al terminal como cargadores de equipaje, hasta las 2 de la madrugada. Todo sin dejar de bromear, entre ellos y con nosotros.

Eddie, me agarra de la mano y me dice que va a venir con nosotros en el bus y que me va a dedicar una canción. No le digo nada más que un: “¿A sí? Pues... ¡gracias!” y le miro; es bajito y parece más pequeño de lo que dice ser.

Una vez sentados en el bus, me doy cuenta de que en el asiento en que el que tengo que viajar durante 11 horas, está estropeado (qué suerte). Giro la cabeza hacia un lado para asegurarme que hay un baño en el bus y... ¡nada! tampoco hay baño. (!)

“Menos mal que esta era la mejor compañía con la que podíamos viajar...”, estoy diciéndole a Orfe, cuando una vocecita que pasa de adelante a atrás por el bus, seguido de su hermano va recitando un discurso aprendido de memoria para los turistas. La vena de su cuello se hincha cuando trata de hacer llegar su canción a todos los pasajeros. Una canción que dice algo sobre unos pollos y una gallina. Se ha quitado la gorra y con un gesto le ha indicado al otro niño que haga lo mismo, sin dejar de cantar. Termina la canción, reza un Padrenuestro en voz alta, nos desea buen viaje y con algunos bolivianos en la gorra, se bajan a los 10 minutos de haber comenzado el viaje.

Un bocadillo que no dejará de dar vueltas en nuestro estómago por culpa de las curvas de la carretera, es lo que estamos comiendo cuando en grandes letras rojas, acompañadas de una música a un volumen de discoteca, leemos en la única y lejana (porque estamos sentados bastante al final) pantalla de televisión: **RAMBO III** (!;!)

Dos horas castigados con la peli, aderezadas con el mareo que los frenazos y la agresiva manera de tomar las curvas del chófer, fueron el comienzo de una noche de paradas (en lugares donde a altas horas de la noche hay cholitas vendiendo pollo frito al pie de la carretera) ruido de neumáticos contra la pista en obras y búsqueda de una postura que nos permita cerrar los ojos.

### Cholita

Al doblar por el pasaje de la catedral de Cochabamba nos la encontramos. En la acera de la calle soleada, su madre acaba de dejarla junto a la pared; a su lado hay un envoltorio en un paño claro y sucio del que sale una música con un machacón ritmo andino. Es difícil decir su edad; por la estatura, en Europa, uno diría que tiene un año, pero sus proporciones delatan que quizás tenga dos o tres. Va vestida con ropas tradicionales, de persona mayor, en las que dibujos geométricos de ricos colores contrastan con el tono general, más bien oscuro. La madre se ha alejado unas decenas de metros, sin mirar atrás, con la confianza de un gesto repetido todas las mañanas. Lejos ha quedado la casucha de adobe sin cocer que su primer marido levantara unos años antes, cuando cansados de la miseria del altiplano bajaran a la miseria de la ciudad. Al poco de salir del poblado, en el viejo bus multicolor y atestado de gentes de la periferia que se trasladan con sus mercaderías al centro, han pasado por el local en el que unas monjitas recogen a los niños, como ella, que sus madres no pueden cuidar durante el día. Pero ella se mueve con gracia al ritmo una música grabada; ella consigue que el vaso de plástico que su madre ha depositado a sus pies se vaya llenando de livianas monedas de un boliviano. Su carita es redonda y muy linda. Tiene la piel muy oscura y en las mejillas ya se ven los indicios de esas escarificaciones rosadas producto del clima y de la falta de cuidados. El blanco de los ojos enmarca una mirada muy oscura y con un aire distante, como de antiguo camafeo. La sonrisa es apenas una mueca ensayada para ayudar a soltar el bolsillo de los paseantes. Su sonrisa es una burla al futuro que le prometen los políticos. Para ella solo existe el reto de zafarse de la mendicidad y, empujada por el servilismo de siglos, vestirse de mucama el resto de su vida. Pero eso, ahora, ella no lo sabe. Ahora pegada a la pared, al cobijo de la escasa sombra del mediodía, se agita levemente, como si la hubieran dado cuerda; una cuerda invisible que la ata al machacón ritmo andino y que hace que sus piececitos desnudos marquen el compás de un reloj que lleva parado demasiadas generaciones.

BO/ Cochabamba, Deportes extremos en CBBA

**Deportes de riesgo para practicar en Cochabamba... mientras estás vivo.**

#### **1.-TAXing**

La actividad comienza con una divertida prueba de agudeza visual: consiste en identificar un auto que sea un taxi, en medio del tráfico. No van pintados de un color similar, ni son de una marca o modelo concreto, ni llevan un indicador luminoso sobre el techo. Lo que distingue al taxi es una pequeña pegatina en el parabrisas delantero, con la forma del logo de Batman –la más de las veces- y la palabra clave escrita en ella. En su interior nada denota que es un servicio público. No hay placa que identifique al conductor, ni por supuesto taxímetro. No busques los cinturones de seguridad porque están escondidos debajo de los asientos y es imposible recuperarlos. Por solidaridad, el conductor nunca se pondrá el suyo. Cuando llegas al destino te

cobran a ojo. O sea, por la sensación de longitud del trayecto y de la pinta de guiri que tengas. Eso sí, si te quejas, te rebajan algún boliviano.

Una vez en el vehículo puedes acceder a dos modalidades de actividad extrema:

A> **CRUCing.** Consiste en acercarse a la intersección de dos calles perpendiculares de similar tamaño sin aminorar la velocidad; cuando ya se está encima, se hace sonar el claxon. Si no hay respuesta, prosigue la marcha inalterable. Si se escucha otra bocina, entonces se frena ligeramente para tratar de mantener el derecho de paso. Solo cuando el morro del otro vehículo que ha pitado se ve aparecer por delante en el cruce se para. Conviene no haber realizado una comida copiosa si se decide optar por el CRUCing.

B> **ROTONDing.** El ROTONDing es si cabe más emocionante que el CRUCing (aunque conviene haber recibido antes algún tipo de clinic). Al llegar a una rotonda, en que ya hay tráfico que gira, el taxista se lanza a ella como al agua. No cede el paso a nadie y nadie se lo cede a él. La lógica consiste simplemente en evitar el alcance, haciendo sonar la bocina. ¿Cómo -se plantea el inocente turista- alguien consigue pasar primero? Pues, muy sencillo: el que los tiene más grandes -los parachoques.

El TAXing está bien y es barato, pero puedes habituarte, como los ayudantes de los lanzadores de puñales. Si esto te ocurre, necesitas más adrenalina. Definitivamente, lo tuyo es adentrarte en el TRUFing. (TRUFI: Taxi de Ruta Fija.)

## 2.-TRUFing.

Esta modalidad está indicada para los que les gusta el aire libre, ya que se trata de compartir un transporte colectivo entre localidades cercanas, y por lo tanto se va por el campo. El material básico es un coche tipo ranchera en el que entran: 3 personas delante, 4 detrás y 3 en el maletero (en cuclillas), más los bultos del resto de pasajeros. Si van niños de -digamos- hasta 9 años, pueden colocarse de pie... donde puedan.

Nosotros tuvimos la fortuna de participar en una salida en la que fuimos 13 en un Toyota Corolla ranchera. (Es de notar que el pasajero nº 3 de la fila delantera no va sentado sobre el freno de mano directamente, sino sobre una mantita con finos dibujos andinos.) El cuarto pasajero de la fila de atrás suele colocarse medio de lado, para que cuando te presione la pierna y te corte la circulación, no la dejes de sentir del todo y te alegres de que el fuerte dolor que experimentas es signo de la vida que corre por ella. Una vez las puertas cerradas -y las fosas nasales también- el conductor se lanza a la carretera cual Carlos Sainz, lo cual es de mucho mérito, pues nos van asegurando que muchos no tienen licencia para conducir. Con ser la velocidad

el elemento fundamental de la actividad eso no lo es todo. Cuando el inocente gringo recuerda el estado de las cubiertas que vio al subirse empieza a pensar si eran de verdad slicks o simplemente no fueron cambiadas nunca.

El punto culmen, que pone a prueba a los practicantes habituales de deportes de riesgo, viene cuando en una subida decide adelantar a un camión de 30 metros (señalizados) renqueando por el exceso de peso, sin visibilidad y en curva. (Por momentos hay tantos ángeles en la carretera que el tráfico se detiene).

La mayoría de los descerebrados occidentales con personalidades tipo A y adictos a la adrenalina suelen tener bastante con las anteriores actividades, pero algunos profesionales que escriben para revistas especializadas –con altos seguros de vida-, se atreven con la última modalidad.

### 3.-CEBRing.

El practicante debe acudir a una esquina en la que haya pintadas las características líneas del equino. Cuando ha pasado como una media hora (más o menos) el caucásico se plantea si verdaderamente es posible cruzar o se trata solo de una forma de suicidio ritualizado, ya que ningún conductor ni para, ni hace el más mínimo gesto para facilitarle el paso. Cuando por fin uno, que después de todo debe tener algún antepasado torero, se decide y se planta en medio de la parrilla blanqui-negra y mira con orgullo al siguiente vehículo que se aproxima con gesto triunfador de: “Eh, aquí estoy, tienes que frenar”, comprueba, con sudor angustiado, que no para, ni levanta el pie del acelerador. “El tío viene a por mí” piensa, y alguien dentro de él le empuja hacia delante, solo un segundo antes de que pase a su lado, rozándole. Se vuelve incrédulo hacia el coche buscando una explicación, pero la única respuesta es que, al volver a quedarse parado, otro coche le acaba de pasar con un volantazo, al tiempo que el sonido del claxon se le clava en la nuca y hace que salte su última reserva de adrenalina.

Aprovechando el último segundo de lucidez conviene que lanzarse hacia la acera, cual tabla de salvación. Es un “ahora o nunca”.

Quienes lo han probado y han sobrevivido lamentan que ya no han podido volver a hacer escalada invernal en solitario o salto B.A.S.E., ya que han perdido toda la emoción por esas actividades.

Si buscas el riesgo puro **Cochabamba Extreme** es tu última parada.

BO/35' de paseo en CBBA

El sol enciende las flores de pascua que alegran por la ventana el pesar de levantarse tan temprano. Vestidos y desayunados nos dirigimos a la Plaza de Armas, a 35' de la plaza Quintanilla, donde habitamos. Un mutilado, sin piernas, sobre una carretilla de albañil, extiende la mano a los viandantes. Un taxi pasa a nuestro lado, nos hace un doble pitido y reduce la velocidad, por si nos interesa. Una chola sentada en la acera, contra la pared, vende ramilletes de tila. Rodeamos una plaza, verde, redonda, la cual distribuye el escaso

tráfico de la mañana. Una mujer joven empuja una carretilla llena de bolsas de agua potable, entre la cuales hay sentados dos niños pequeños. Cruzamos corriendo por un paso de cebra mientras los autos pasan por delante y por detrás, como el aire entre los dedos. Un trufi nos pita por si nos interesa ir a Quillacollo.

Segundo mendigo: una señora mayor, encorvada enormemente, emite unos sonidos junto a un bulto en la acera. Vemos una moto Honda, que resulta ser Hunda –*made in China*-. Tropiezo con un bloque de acera levantada; me apoyo en Nani y juro en arameo (antiguo). Un kiosco de prensa, en el medio de la calzada, ofrece su mercancía y los autos se paran bloqueando a los que vienen detrás. El cielo está completamente despejado, precioso. Alguien empuja una tartana a mano cargada con cientos de naranjas. Enfrente, una casa con la valla rebosante de flores recuerda a los chalets de El Viso (Madrid). El siguiente puesto que nos encontramos luce rebosante de dulces, frutas, rosquillas y “pansitos”; atendido por una mujer gruesa que toma una densa sopa. En frente se ve un edificio acristalado, alto, como un cactus en medio del desierto, que contrasta con las casas de dos plantas de la zona. Nueva patada a un trozo de acera que campa a su aire. Tercer mendigo: una madre muy joven con dos niños pequeños, sucísimos: los tres sentados/tirados en el suelo. Debajo de una sombrilla roja, en la siguiente plaza, un limpiabotas ha comenzado ya su jornada. La tercera plaza es amplia, arbolada y ajardinada, en la que concurren seis calles y está escoltada por altos edificios de oficinas –la universidad Franz Tamayo en la que trabajamos está a unos metros-. Alguien lava un auto en la calle, sirviéndose de botes de plástico de diez litros; uno con un poco de detergente y el otro con agua; la propina la recibirá cuando el propietario salga del trabajo. Cuarto mendigo: un señor de mediana edad que parece ciego. Naranjas recién exprimidas en un mini-puesto atendido por una chica joven y vestida de chola. Quinto mendigo: un anciano que porta un sombrero de fieltro alarga la mano y el brazo a los transeúntes, sin decir palabra. Nos topamos con un teléfono de sobremesa (de casa) encima de una banqueta, debajo de una sombrilla y conectado a la línea telefónica que discurre por la calle; un cartel anuncia que es público y su precio. Dejamos la plaza de Colón, contemplando el bonito contraste de las palmeras con los cristales espejados de los edificios modernos. Puesto de caramelos, bebidas, tabaco, dulces y teléfono público.

Caminamos por la calle “25 de Mayo”, lado de la sombra... y se nota el fresco de la mañana. Patatas fritas, caramelos y dulces atendidos por una señora de mediana edad. Llevamos unos veinte minutos caminado hacia la Plaza de Armas. Un par chicos jóvenes tienen montado un puesto de muñequitos y dibujos animé. Sexto mendigo: una señora de mediana edad, de aspecto saludable, de pie, extiende el brazo y musita unas palabras ininteligibles. Nuevo teléfono casero/público... y mientras hablas puedes comprar chicles, rosquillas, patatas fritas y bebidas. Definitivamente tenemos frío; nos cambiamos a la acera del sol. También los periódicos aparecen en el siguiente puesto, junto con tebeos variados. Llegamos al cruce con Heroínas; una calle amplia, de doble sentido con muchos cibers, tiendas y... más puestos callejeros. El primer chiringuito, al otro lado, es de bebidas y dulces, al cargo de una chica muy joven y muy morena. Al otro lado de Heroínas los puestos de la calle empiezan a juntarse unos con otros. Otro teléfono público con opción para comprar todo tipo de calculadoras. Cada vez hay más gente en la calle y se empieza hacer difícil caminar cogidos de la mano. En el siguiente puesto se pueden tomar cosas calientes: salteñas (empanadas típicas de la región; no aptas para

vegetarianos). Un taxi nos pita dos veces, con intención de captarnos como clientes. Un puesto rodante ofrece salchipapas –ver en Google-. Hacemos una foto de un autobús urbano característico. Puesto rojo con oferta de dulces, pañuelos de papel y chupachúps. Ahora, el solecito se empieza a notar en la piel: ¡qué rico! Más dulces y bebidas frescas a cargo de una mujer de rasgos indígenas. Entramos en una panadería a comprar los panes para un par de días. Gafas de sol de china para el mundo. Esto hace que me de cuenta que voy con los ojos entornados; me pongo mis gafas. Prensa, revistas y tebeos. Otro taxi nos pita. Jugos al instante, de pomelo, mandarina y naranja. Cruzamos una calle por un paso de cebra y sobrevivimos para contarla. Panqueques. ¡Qué apetitosos!... si no fuera por la grasa en la que los hacen. Un caballero vende en su puesto naipes, tijeras y navajas. Definitivamente, caminamos en fila india. Dulces, teléfono, batidos y manzanas. ¿Qué harán con los teléfonos callejeros por la noche, dejarán el enganche al aire? Más dulces, teléfono, tabaco, kleenex y rosquillitas. Mendigo número siete: una señora, muy, muy vieja, arrugada, estira el brazo y nos dirige sonidos inaudibles: le damos unas monedas. En el siguiente puesto, vivos colores de gelatinas, bizcochos y rosquillas. La sensación de calor va en aumento: me quito la sudadera. Regalos, peluches, calculadoras, muñecos, sobres... carpetas. Tropiezo... ¡y van tres! Una serie de dieciocho puestos seguidos... con carcasa para celulares, cargadores, peluches, sobres, cuadernos... y no me da tiempo a gravar más detalles, sin pararnos. La acera se ha convertido en una especie de Rastro los domingos. Insignias, pins y llaveros. Menos mal que traje la grabadora para ir anotándolo todo. Cintas piratas a cientos, DVDs y programas informáticos. El siguiente nos recuerda al hogar: Lotería local. Periódicos. Ya se ve la catedral. Periódicos y teléfono. Las casas unifamiliares han ido dejando paso a viviendas de vecinos de dos plantas, sin vallas, adornadas con flores y espinos. Dulces. Llegamos a la plaza central de Cochabamba; cuadrada y adornada con árboles, llena de gente, en una esquina se haya la catedral de estilo neoclásico. Ya de mañana un músico con un teclado se busca la vida en la calle. Periódicos: leo la portada de “El deber”: En Yungas, trufí con 11 ocupantes arrolla a ciclistas. Mueren 9 personas. Vamos a entrar a la catedral; antes vemos a dos hombres mendigando (ocho y nueve); miro el reloj: hemos estado paseando treinta y cinco minutos, por Cochabamba.

## BO/Chiquitanía

Por una ventana abierta, con barrotes de madera tallados a mano, se cuela una pradera tropical robada a la selva, donde el sol de mediodía deja su cálida luz. Sentados en rústicos bancos frente a un retablo, no abrumado por panes de oro, el sonido de un órgano recio y contundente nos abraza por detrás, desde el coro cercano. Suenan acordes barrocos. Estamos en la localidad de Santa Ana, en la Chiquitanía Boliviana, antigua tierra de misiones jesuíticas, donde la utopía floreció durante casi cien años. El templo tiene una gran nave central, extendida a los laterales con la ayuda de grandes troncos de árboles convertidos en columnas labradas. La techumbre, con marcados aleros a dos aguas, recuerda las grandes casas de los valles alpinos; tierra madre de algunos de los misioneros/arquitectos/músicos que dejaron la seguridad de sus lares por la atractiva incertidumbre de la selva. Los muros maestros, a los lados, están constituidos por mostrencias acumulaciones

de adobe; en su parte interior, a un enlucido, ya sucio por el polvo rojizo que todo lo invade, le han incrustado láminas de mica que recogen la luz de los ventanales y crean un efecto de pequeñas olas brillando al sol de la tarde.

No todas las iglesias de esta semana de trópico barroco-mestizo son humildes y toscas. La de San Ignacio tiene fuste de catedral andaluza, con sus dorados y sus orlas con aire de planta marina apabullando al humilde feligrés; aunque sus maderas y sus cenefas pintadas sobre el enlucido de las paredes diluyan la sensación de sobrecarga.

Concepción y San Javier fueron los pasos previos en los que el sonido de las violas da gamba y los claves arropando a las voces de los descendientes de los primeros chiquitanos nos crearon esta sensación de sueño dulce, espeso e imposible.

Para llegar a Chiquitanía tuvimos un vía crucis de autobús: de Cochabamba a Sta. Cruz de la Sierra (11h); a San Javier (4h); a Concepción (1h); a San Ignacio (9h); a Santa Ana (1h). Un calvario penitenciado a gusto por la música, la selva –de nuevo- y las gentes, siempre acogedoras que nos han recibido y acompañado. Un rosario de pistas –embarradas a veces-, de cruces con gigantescos camiones madereros que, suponemos, tendrá los mismos kilómetros de vuelta. Ocho días, siete autobuses y siete conciertos para sumergirse en el vaho de los pioneros que vinieron con sus zamarras llenas del lenguaje universal de los ángeles.

#### BO/Cochabamba flores y espinas

1. La indolencia con la que se consiente el trabajo de los niños.
2. El clima: soleado, fresco por la noche... en la banda de los veintitantes.
3. Gran cantidad de personas mendigando en el centro de la ciudad.
4. Flores, en las vallas de las casas particulares, en los árboles, en plazas y jardines...
5. Tráfico agresivo, sin respetar normas y muy peligroso para los peatones.
6. La comida es variada, sabrosa y con acento local.
7. Sigue sin haber fregonas y ni persianas.
8. La naturaleza en los alrededores es variada, asombrosa, multicolor...
9. Las aceras, siguiendo la tradición iniciada en Montevideo, son auténticas trampas e imposibles para personas impedidas o carritos de niños.
10. Se puede subir un cinco mil por la mañana y estar de vuelta para el almuerzo.
11. No se respeta el turno en las filas.
12. Se puede comer caliente a cualquier hora del día (en puestos de la calle).
13. Basuras, restos, plásticos por todas partes... y en los ríos se lavan los coches.
14. Doce horas de luz casi todo el año.
15. En la mayoría de los baños públicos cobran un boliviano por una experiencia de gases tóxicos y suciedad concentrada.
16. Los helados y los batidos naturales –tamaño *king size*- de local Los Globos.

17. Cualquier protesta se materializa en bloquear las carreteras.
18. No hay muchas dificultades con el idioma.
19. El transporte público es impuntual, sucio, viejo y lo conducen peligrosamente.
20. Sus gentes son hospitalarias, acogedoras, amables y dispuestas a ayudar.

NI/ Aterrizaje en León

Calor barroco

Después de haber dormido -pasado la noche, en realidad- sobre el “reactor” que transformaba el aire tórrido en un ambiente humano, nos levantamos; apartamos los cadáveres de las cucarachas que habíamos pisado en la oscuridad de la noche; nos rascamos los picotazos de mosquitos; nos dirigimos, medio zombis por el dolor de cabeza, hacía la ducha no caliente, sino del ambiente, lo cual nos refrescó durante el tiempo que tardó en secarse la cabeza; y, tras digerir el desayuno, empezamos a sudar, frente a los alumnos a las ocho de la mañana, en un aula gigantesca, con poca luz, con las ventanas abiertas por las que entraba el ruido de los camiones y las voces de la calle, entre los cuales tenía que distinguir las vocecillas tímidas y cantarinas de mis asistentes que me susurraban nombres tan fáciles de identificar como Mynor, Magaly, o Yamileth, poniéndome en la desagradable y vergonzosa situación de pedirles que los repitieran hasta tres veces, situación que traté de paliar cerrando las ventanas y sustituyendo el aire caliente que circulaba hacia el patio interior del edificio por el aire caliente que movía un ventilador gigante, que colocaron justo al lado de mi oído, para seguir interfiriendo en la descripción de uno de los trabajos: "Intentos de describir los efectos de las condiciones que posibilitan conductas categorizadas como desadaptativas en contextos estresantes debidos a la multiplicidad de factores psicosociales concomitantes con personalidades desadaptadas o condicionadas étnicamente, en una cultura dominada por los patrones occidentales de comportamiento deseable". Por lo demás, esto parece bonito y cuando habitemos un cuerpo capaz de moverse, lo fotografiaremos y os lo narraremos. Besos orfe y nani

BO/El mensaje

Pi-pipii-pipí, Pi-pipii-pipí.

El agudo timbre del celular llena el silencio de la habitación y reverbera en las desnudas paredes pintadas con ascético blanco. Siento como si dos manos poderosas retorcieran mi estómago cual toalla que se procede a escurrir. Hago como que sigo leyendo, pero barro con los ojos la habitación del hostal hasta encontrarlo. Ni se ha inmutado. Estaba doblando su ropa y lo ha seguido haciendo con una parsimonia de ritual de té. Ahora mi cara se llena de un calor que la invade como una ola. Sé que es muy tarde. Hace un buen rato que han dejado de oírse los ruidos de los motores de los autos. Miro el reloj para comprobarlo y observo que marca las 12:45 am, y todavía tiene el teléfono encendido. Noto que el dormitorio se hace más pequeño. La camiseta larga que llevo por camisón me produce, insospechadamente, agobio. Percibo que llevo un rato mirando al libro y que las líneas se han vuelto tan inteligibles como caracteres chinos. Por fin termina con la

ropa y se desplaza por el fondo de la pieza como si no lo hubiera oído. Sin embargo, él sabe que yo sé que los dos lo hemos escuchado perfectamente. “¿Quién será?, ¿quién le puede llamar a las 12,45 am?” escucho nítidamente dentro de mi cabeza. Un pelo largo y unas manos delicadas ocupan, de repente, todo mi cerebro. Ahora apaga la luz del techo y acto seguido se inclina levemente para tomarlo, de la minúscula mesa donde se apilan desordenadas nuestras cosas. Lo hace como de puntillas, como si estuviera robando. Todo empieza a girar muy despacio en torno mío. Escucho mi propia respiración y temo ser descubierta. A pesar de que no he vuelto a leer ni una palabra, paso maquinalmente la hoja; pareciera que alguien estuviera observando si leo o no, y yo no quisiera ser amonestada. Ha leído el mensaje, de espaldas a mí. No ha dicho nada. Me parece que lo apaga. Espero conteniendo la respiración a que diga algo; pero no lo hace. Se dirige derecho, con una lentitud pasmosa, hacia su lado de la cama y agarra su libro. ¡Como si los dos no supiéramos que hay un cadáver delante de nosotros! Hay un cuadro en la pared de enfrente que representa una cascada vaporosa en medio de un paisaje de verdes irreales; al entrar me pareció espantoso, igual a otros cuadros en los que vale más el marco que la pintura. Ahora, hay algo en el difuminado del agua que me atrae, me deleita esa confusión artificial. De repente, me da la sensación de que se me ha olvidado cómo respirar. Noto sudor en las palmas de las manos y oigo una voz dentro de mí que dice que por qué tengo que aguantar esto. Intuyo que me está mirando. Yo aprovecho ese momento, precisamente, para levantarme y mandarle una señal. Me acerco a la ventana y permanezco de pie, apoyando la frente contra el cristal frío de la noche. Miro, por un momento, a las estrellas y no entiendo cómo pueden seguir igual, inalteradas, como si nada estuviera sucediendo. Le he dicho un montón de veces cuánto me gustaría que desconectara el celular cuando está conmigo. Miro de reojo al aparato, como si fuera a descubrir algo en él; claro que es imposible, está lejos... y, además, creo que lo ha apagado. No sé el tiempo que ha pasado desde que estoy contra la ventana y, ahora, me soy consciente de que ha estado hablando, pero no entiendo lo que ha dicho, confundida su voz con mi diálogo interior; algo de pies y de suelo frío, creo. ¡Como si fuera eso lo importante! Aprieto los labios y noto como una espuma ácida y cálida avanza desde el vientre hacia la garganta. Me escucho decir “no puedo aguantarlo más; no sé por qué lo tengo que aguantar”. Ahora apoyo las manos contra el cristal y noto cómo mi sudor se condensa contra la superficie fría. Me da la sensación de que llevo unos minutos sin oxígeno. He dejado de oír. Solo noto calor, calor generalizado y una presión, un peso que me impide respirar... cuando escucho: Pi-pipí-pipí, Pi-pipí-pipí.

Abro los ojos desmesuradamente, como si me quisiera quitar algo de encima y me incorporo sobre la almohada, apoyando la cabeza contra la pared, mientras el despertador sigue sonando y oigo: “cariño, ¿no vas a apagar el despertador?”

Avanza con sus siete años embutidos en un traje negro, que le queda grande, pisándose los bajos de los pantalones, con arrugas y pliegues que dicen a las claras que lo tomaron de alguien mayor, para cumplir decentemente con el ritual de llevar sobre ese cojín la cajita con las arras de la ceremonia; menos mal que la

camisa amplia le permite sacar el cuello, como tortuga, y respirar el aire caliente y negro de la noche tropical, la cual contrasta con la luminosa capilla lateral del templo, de una belleza neoclásica inusitada, que pareciera uno que está en la mismísima Viena; repintada y limpia, los blancos de los adornos y columnas parecen surgir como reflejos del fondo de vainilla apastelada del recinto; lleno ahora del sonido eléctrico superlativo con el que un teclado que remeda un órgano, acompaña a los contrayentes hasta la lluvia de arroz que les espera en el umbral, donde la comitiva encabezada por los infantes se ha parado; las niñas, de blanco novia, maquilladas y levemente pintadas, muy quietas y derechas, sienten las miradas de los adultos que dejan caer adjetivos aduladores con los que ellas trenzan un cuento de princesas en el que ellas también tendrán su “día más feliz de la vida”. Creando el pasillo se ven cuerpos amordazados por satenes de dos bodas atrás, donde los nuevos kilos amenazan las cremalleras movidas recientemente a los extremos de la tela; cabellos cincelados solo unas horas antes que hacen que muchas miren hacia arriba como si todavía transportaran el bulto de diario encima de la cabeza. Ellos parecen menos figurantes, en el interior de sus trajes oscuros de ceremonia, aunque algo invisible delate la incomodidad del disfraz, quizá los zapatos estrechos de cueros lustrados hasta el acharolamiento, quizá la corbata ajustada en exceso; pero es que un día es un día y la representación, que ya sale por la puerta, requiere el esfuerzo de todos. Con los novios, ya recién esposos, armando la noria multicolor de la boda, el mazacote de la catedral de León (Nicaragua), que sirve de escenario, parece haber resucitado de su existencia de ahogada submarina, tintados sus centenarios muros de mohos negruzcos que lamen y descascarillan antiguos encalados; son sus proporciones tan pesadas que se dijera que se trata más bien de una construcción defensiva y no de un recinto espiritual.

Las mortecinas luces de la plaza Central, donde se sitúa el templo, le dan un aire de aparecido, de edificio fantástico de Macondo en el que, de un momento a otro, en una de sus esquinas, unos celos empujando el brillo ciego de un metal busquen una entraña caliente de sangre, o una cabeza de mujer morena y desmelenada argumente explicaciones imposibles ante el cocodrilo de su amante. Sobre el tapiz de la plaza se extienden pequeños puestos de chucherías, madres que amamantan, camisetas para turistas, parejas de adolescentes que entrenan sus bocas, niños que corren, flashes de viajeros, helados ambulantes, viejos que esperan el frescor imposible de otra noche tórrida, y la estatua central del prócer que incólume observa la gravedad con la que se atan los lugareños a tradiciones incontestables. Los árboles, frondosos, con ramas de trazado esquivo y espectaculares flores prometen una rebaja en el calor, que no llega. Los cohetes de generosa pólvora rompen la noche y agitan los espaciosos zaguanes de las casas leonesas, donde sus moradores aguardan impasibles la bajada de las temperaturas. Las viviendas, de una planta, acumulan bolas de calor que el sol ha ido cocinando, laborioso, desde las cinco de la mañana; en sus patios interiores, de inspiración andaluza, los pasillos enarcados dan vista a un domesticado verde central, donde alguna fuente miente constantemente fríos versos y ahora, en la noche, invita a mirar las estrellas donde sus inquilinos no resudan. La boda ha dejado ya su reguero de curiosidad atrás y vuelve la catedral a adquirir su estampa de reino sumergido en esta parrilla tropical donde el León ibérico sueña descansar sus huesos ahítos de frío mesetario.

## CA/ Carta de llegada

Hola de nuevo papis. Ya estamos, en un día lluvioso en el sur de California, donde nunca llueve. Llegamos directamente a un apartamento que nos buscamos por internet. Sí, con la red y con dinero se puede hacer todo. El problema -además de ser capaces de pagar la fortuna que nos pedían por él- era que no tenía muebles... pero, a reglón seguido, una empresa por internet nos alquilaba los muebles, pagando mensualmente... y, claro, se encargaba de las dos mudanzas... casi perfecto. Solo faltaba llegar desde San Diego a la Jolla a las 11:30 de la noche con todos los lobos y los delincuentes ya sueltos... el precio de un taxi era tanto como ir de Madrid a París en coche... pero... en la red encontramos unas furgonetas compartidas que, por el precio del avión de Cochabamba a la Paz, nos harían el transporte, con pago anticipado *on line*. Así que... como si de un video-juego se tratara, avanzamos todas las pantallas y confiamos en que el poderoso hombre blanco de lengua de serpiente no nos traicionara. Y... ¡voi la! El mismo día que salimos de León estábamos durmiendo en nuestro apartamento de La Jolla (sí con dos eles). Vivimos cerca de la universidad y pegados a un centro comercial, lo que nos permite llevar el carrito de la compra hasta la puerta del apartamento. También tiene cines (US\$ 11) y lugares en los que acrecentar el colesterol y los kilos. Por lo demás, tratamos de ir adaptándonos a la vida de las estrellas y que no nos detengan como sospechosos por ir andando a los sitios y no en coche, como las personas respetables. Cuidaros mucho. Orfe y Nani.

## JUNIO

## CA/ Skating

Hi folks,

as a part of our cultural immersion we have decided to go into the skateboarding.

Lookin' for 2 any things in a rolling condition. (On August 14th we will return them.)

(If necessary we can sign up a liability form to exonerate you of any responsibility.)

Cheers!

orfelio y nani

I have one or two skateboards for you. I'll bring them in.

Kelly

Great!!

... Also instruction manual included?)

Thanks a lot.

orfelio y nani

Ha! My only instructions were to keep off at my age!

My daughter bought one and one of my sons bought the other and now neither uses them. I hope they still work!

I'll get them to Professor Kent since I'll be out of town next week.

Please do be careful, though, and wear helmets! Helmets may not look cool but my friend who was the organ donor transplant coordinator for UCSD Medical Center said that skateboarders without helmets were second only to motorcycle riders as organ donors. : (

Kelly

Wow!

Lucky, the bikes we've rented got helmets included... anyhow as non-eat eater and non-alcoholic drinker hope than in the worst, my organs will be in good shape. :D

orfelio y nani

Hi, Orfelio,

I've been thinking about this and I'm actually rather concerned about liability with a skateboarding activity. Helmets are essential, but most skate parks have liability waivers that you have to sign to use them. I suspect the University would require a waiver as an absolute minimum requirement. There should be a waiver form available from the University's "outdoor adventures" office that would be a good one to use.

Even with a waiver, unless we make absolutely sure that the participants wear helmets (and probably knee and elbow guards) we might be considered negligent, in which case a waiver is useless, as it won't protect us from liability if we can be found negligent. Before the skateboards go to the site, the liability issues should be addressed.

I don't want to quash your enthusiasm, but I've worked with a UCSD organization that led field trips and waivers were de rigueur for everything we did. There's a whole office at UCSD that's just concerned with such things so it's not a trivial issue for them. It's different from an individual's liability because people like to sue the University at the drop of a hat because they think they've got a lot of \$, and compared to you or me, they do. So the University is really careful about such things.

Kelly

Sorry about that!

“Liability” was an unlucky cultural joke... never ever I would think of anything like that.

We are not thinking in going into pro, nothing of doing fancy things in skate parks... just to keep balance upright, make some pictures and have fun feeling a little "Americans"... and everything with our helmets on. Thanks a lot!

orfelio y nani

That's OK.

Well, I have to apologize deeply and sincerely. I turned my garage upside down this morning, only to discover that my husband already gave away the two skateboards I had planned to give you. I'm SO sorry. They may still be at our local community resource center thrift shop but I haven't had time to go check. We've been trying to pass on (give away) anything we don't use any more and I was just a month or two too late. Perhaps someone else has some to share. I'm so sorry!! Next time I'll check before I offer.

Kelly

no problemo 😊

orfelio y nani

CA/ Correo Electrónico

Carla, 28, Barcelona; María 32, Oviedo; Beatriz, 36, Valencia<sup>2</sup>. Por un momento, al plegar mi computadora portátil me ha parecido adivinar unas lágrimas digitales en vuestras sonrientes, pero cansadas, caras. Las tres en línea parpadeando luces de llamada, como modernas sirenas internautas en busca de recios navegantes de la red. Desde la mañana hasta la noche; no puedo entender cómo unas apariencias tan fotogénicas no han levantado la caridad de los usuarios del correo electrónico. Todo el día encadenadas a la costa de un terminal, sin comer, sin beber... con rápidas visitas al excusado, por si en ese momento algún marinero clica en la foto con premio a vuestra pantalla. Cómo es posible que los argonautas nos hayamos vuelto tan duros de corazón que no depositemos unas palabras amables espolvoreadas con emoticones en vuestros solitarios destinos. Aunque por un momento he dado en pensar si al estar sujetas a tan dura labor no estaréis siendo forzadas por mano maligna a mantener simultáneas conversaciones con pretendidos pretendientes –valga la cacofonía–; en ese caso, la amarga soledad puede ser agria aglomeración de mensajes;

---

<sup>2</sup> Imágenes que aparecían al abrir Hotmail en 2008.

misivas que casi no tendríais tiempo de teclear con docenas de ventanas abiertas, o incluso docenas de terminales con docenas de ventanas, y en ese caso, si el órgano sigue a la función, quizá en vez de brazos y manos tengáis tentáculos con terminaciones digitales, y eso explicaría por qué en las fotos del ícono del correo nunca se os ven los brazos, solo esas sonrisas descuidadas, al lado de ese número de años (¿será real?) que invita a los más jóvenes a abstenerse –claro que se les supone a salvo de haber visto con morbo El Graduado– y guiña a los mayores, a los que deben de tener algo que gastar... Vuestra persistencia es tan encomiable que deberíamos escribir a los constructores de sistemas operativos para que junto a la orden de cerrar salga un desplegable con una opción a “mañana quizá te escriba”, otra con un “no desesperes” y una última, mi preferida, con un humanizante “acuéstate ya hija, que es muy tarde”.

CA/ *¿Pero qué hacen estos chicos en La Jolla ??*

Hoy hace un mes que llegamos a La Jolla y ya nos encontramos como si estuviéramos en casa... Todos los días, nos levantamos a las 6,30 am (excepto los sábados y domingos que las sábanas se nos quedan pegadas una hora más). Mientras hacemos nuestra sesión de flexibilidad, “abominables” y fondos, los ojos se terminan de abrir. El cielo suele amanecer algo gris; terminado el desayuno, entra un sol espléndido por el balcón (eso la mayoría de los días). Con los cascos puestos, la pernera derecha del pantalón remangada y las bicis, que duermen en el balcón, nos vamos a la Universidad. En unos diez minutos, llegamos al campus, por donde tenemos que circular más lentamente para no atropellar a la gente que camina, que ahora, terminados los cursos escolares, es más bien poca. En la mochila que llevamos cada uno a la espalda no falta el neopreno, un táper con comida, el libro de turno y algo para merendar. En el despacho asignado compartimos una gran mesa con dos computadoras Apple impredecibles, de repente se apagan sin razón aparente o se cierran todas las ventanas abiertas... Nuestra puerta abierta permanentemente da a un pasillo por el que a menudo está pasando gente. Estamos frente a una salita de reuniones donde a veces alguna persona deja una caja de donuts (como los de los Simpsons, con cremas de colores y trocitos de no sé qué) o hacen trozos de una sandía inmensa y los colocan en varios cuencos, para que cojas un trozo si te apetece, de manera que hay comida durante toda la mañana. (¡Solo algunos días, eh!). A lo largo de la mañana, después de mirar el correo y contestarlo, de leer un nuevo capítulo de un manual de trastornos en la infancia y en la adolescencia o de ese otro de Metodologías Cualitativas, nos van entrando ganas de comer (sobre todo si nadie ha dejado nada sobre la mesa). Si hemos traído el táper y hace solecito, salimos a comer al césped que hay justo debajo de la gran ventana del despacho, si no, vamos a casa a comer. A veces, aunque no hayamos planeado bajar a la playa por la tarde, nos quedamos a comer en la Universidad porque hemos estado haciendo a mediodía unos 45 minutos de nordic walking con la secretaria del departamento y sus amigas. Después, un café en el caso de Orfe y una infusión de menta en el mío, acompañan a otra sesión de lectura y así la comida reposa un poco antes de bajar a la playa. Encima de mi ordenador hay una estantería donde reposan las tablas de surf una sobre otra, en un cajón tenemos la cera, la crema para el sol y las toallas. Cuando las ganas nos vencen, agarramos todo y nos

ponemos en camino. Atravesamos un parking detrás del edificio en el que estamos, cruzamos la Torrey Pines Road y llegamos a una urbanización desde donde parte una carretera cortita con 110 metros de desnivel que nos lleva directamente a la arena de Black's Beach. Es una sensación tener la playa a 10 minutos andando del lugar en donde trabajas. Desde el agua y mirando hacia la playa se ven unos preciosos acantilados colonizados en su mayor parte por plantas rastreñas. En las zonas sin plantas se observa la erosión del agua y el viento; es el lugar donde tienen sus madrigueras un montón de ardillas atrevidas que se aprovechan de tu baño, para inspeccionar tu toalla o tu mochila en busca de algún resto de comida.

En los descansos entre unas olas y otras, puedes ver nadar relativamente cerca a una pareja de delfines o saltar graciosamente a un león marino. La playa, hasta el momento tranquila, pareciera de uso exclusivo de los surfistas, pues a penas te encuentras con una muestra de ese panorama florido de sombrillas que es La Jolla Shores Beach. Antes de agotarnos por entrar y salir del mar repetidas veces, tomamos un poquito el sol y, tras dejar las tablas en el despacho, subimos a casa. Ya hechos al horario americano, cenamos pronto y le damos tiempo a la cena a recolocarse antes de irnos al sobre. Finalmente, a veces, vemos un capítulo de los Simpson, o un episodio de House, y casi todos los días leemos un libro, cada uno en un sofá con música de fondo y mojando en cacao la mitad de una cookie con pepitas de chocolate. Esta es nuestra rutina, a pesar de que cada día tiene su novedad, como enredar con el skateboard, irnos de excursión con las bicis, ir a pasear por la Vía Mallorca, leer o charlar en la terraza al solecito... y sobretodo sentirnos, muy, muy afortunados.

#### CA/ Guardeses

Cuando ya parecía que la rutina nos mecía en suaves vaivenes hasta el regreso a Iberia, el destino nos ha puesto otra vez en las alas del cambio. Durante esta semana hacemos de matrimonio de guardeses latinos ilegales. Estamos en una casa de ensueño con un jardín lleno de colores donde un par de naranjos dejan caer sus pequeños soles maduros en la tranquilidad del cuidado mar verde del césped. Nuestras obligaciones no son muchas: llevar y traer en auto a los señores al aeropuerto, mantener la casa cuidada, regar las plantas y macetas repartidas por la casa, sacar la basura –solo la recogen una vez a la semana-, representar la autoridad frente a la limpiadora, el jardinero y cuidador de la piscina... y dedicarnos devotamente a una perra perfectamente educada, que solo sale a pasear dos veces al día, come tres veces al día, y vigilarla para que cumpla estrictamente las normas; por ejemplo, aunque tiene permitido el acceso al dormitorio, de ninguna manera pude subirse a la cama, si vamos a salir mucho, se nos recomienda que la llevemos con nosotros a la universidad, cuando se la saca en sus paseos ella tiene la costumbre de cagarse, -para no hacerlo todo en el jardín- y para que el nivel residencial se mantenga, a pesar de las tierras y jardines que llegan hasta la calle, hay que ir provistos de las consiguientes bolsitas de plástico y recoger los calientes hitos que sus intestinos tienen a bien depositar, en cualquier parte; al llegar a casa, la perrita, espera en el porche a que sus patitas sean limpiadas para que la casa se mantenga propia; para contrarrestar el hecho de que la naturaleza disponga cambiar con cierta frecuencia el pelaje del cánido se nos ha hecho notar que no debemos dudar en usar una aspiradora o escoba, situadas en el armario indicado. Por lo demás, aclarado que comemos de nuestra comida,

la luminosidad de las habitaciones –desde las cinco de la mañana- la colección de música clásica y la piscina para deshacer los nudos neuronales que se forman del trabajo intelectual, nos sentimos bien pagados con estar aquí, en esta nueva etapa del “año selvático”.

CA/29-06-08 campeonato de Europa de fútbol 2008

¡Campeones.....campeones, oé, oé, oé!

Desde la Jolla, California, en un centro comercial, con comentarios en inglés, casi inaudibles, en una pantalla extra-grande plana, en un restaurante japonés, con palillos y sushi derramándose a cada salto con los casi-goles de España y ante la perplejidad de los presentes ignorantes de lo que se cocía fuera de la cocina, hemos empujado a la "roja" y celebrado ostensiblemente, con puños el alto, el merecido triunfo de los nuestros.

CA/Información

10:30 am hora local. Desde la Jolla, California, para la redacción del blog de Nani y Orfe. Saboreando el segundo café de la mañana, mientras repaso con la compu las noticias internacionales, no puedo menos que sorprenderme de cómo los medios son víctimas del pseudo-conocimiento de segunda generación, mal asimilado en las escuelas de periodismo. En una de las noticias de El País fijo un momento la atención sobre las cinco estrellas que indican que ha sido valorada como máximo interés... ¡por ocho personas! El tamaño ya sabemos que no es lo más importante, pero cuando un medio expone la valoración de uno de sus ítems, debería tener en cuenta cuántos lo han valorado. Otros, que sí tienen en cuenta el tamaño (500.000 votantes), se ven obligados a decir que los diez intelectuales vivos más influyentes del mundo son... ¡islámicos!: La prestigiosa revista Foreign Policy, decidió que internet y sus cíber-navegantes eran una buena forma de que el planeta contestara a su pregunta, y que medio millón de personas no pueden estar equivocadas; claro, cuando los seguidores de una opción se organizan, como lo han hecho a favor de Fetullah Gülen, este acaba siendo elegido por... sus seguidores. Medio millón de votos sesgados son eso. Luego la representación es otra cosa. Por ejemplo, dedicar 5' de publicidad gratuita al teléfono de moda. La noticia se creó antes de que ocurriera. Ya se sabía que los freaks de turno harían cola y contarían con la presencia de los media... en un par de sitios emblemáticos. Luego, eso es lo que representaría a la reacción del mundo. Nosotros estuvimos ayer con la máquina digital entre las manos, enredando, y comprobando cómo los dedos gordos no están diseñados para las sutiles respuestas táctiles. No filas. No freaks. Me pregunto, ¿sería nuestro centro comercial la excepción o la regla? Y si fuese lo segundo, ¿cuál sería la información representativa? Me resulta especialmente paradójico que estas señales me salten cuando, en esta visita, lo que estoy haciendo es estudiar el punto de vista de los que defienden que el conocimiento psicológico y social ha estado subyugado por el logicismo y la

racionalidad del positivismo, del método de las ciencias naturales. Lo que parece más bien es que se sigue sin entender ni aplicar en tareas bastante simples. No quiero abrumar a los lectores con reflexiones de más hondo calado epistemológico y válgame, en estos días de locura, inexplicable por la lógica, un periódico enrollado y un “Viva San Fermín” para salir de entre estos cuernos y acabar con la banalidad de informar que estos reporteros, en su afán de in culturación local, se han hecho con un frisbee y que, dentro de un rato, recibirán su primera clase de surfing de boca de expertos indígenas.

#### CA/Cosas que deberías saber sobre el surf antes de ponerte el neopreno

Primero, cuando mires el mar y las olitas desde el acantilado, siempre serán suaves, ordenadas, y se verá perfectamente dónde te vas a situar y cómo las vas a bajar. Sin embargo, cuando estés dentro, un mago encantador, enemigo tuyo, agitará el mar, desordenará las olas, las hará crecer y te romperán, una tras otra en la crisma, sin encontrar el sitio desde donde salir mejor.

Segundo, las olas son de dos tipos: a) enormes, “desprisionadas”, acongojantes, amenazantes e imposibles de intentar; b) pequeñas, blandas, sin fuerza, pura burbuja, promesas incumplidas que no te empujan un pimiento y no te puedes ni subir a la tabla.

Tercero, hijo, la progresión en el surfin’ es como el desarrollo de la inteligencia de Piaget: te pasas mogollón de tiempo en un estadio sin avanzar ni un milímetro hasta que por fin un día notas la subida al escalón superior: sobre todo la notas al día siguiente, cuando vuelves a la casilla anterior.

Cuarto, es cierto, mi pequeño salta-olas, que se dan frecuentes dolores de cabeza entre los surferos, pero si meditas unos minutos con la vista fija en el horizonte, donde el cielo se funde con el mar, y te aflojas el cuello del neopreno, tus molestias serán cosa del pasado.

Quinto, si cuando llegas a la playa ves que todos los riders están apelotonados en un sitio y que hay una zona sin nadie, no creas que es para ti, seguramente hay una corriente espantosa o se cruzan olas de dos sitios o mucho peor, es un carril rápido para tiburones.

Sexto, algún día llegará tu primera ola... por fin tú serás ese que veías en los escasos segundos de un telediario, mientras los futbolistas estaban de vacaciones, mostraba en una paradisiaca playa, con una ola perfecta, densa, sobre la que un bellotípico beachboy descendía, a pecho descubierto, con su pelo mojado hacia atrás; sí, por fin ese día llegará, solo que en tu primera ola apenas te darás cuenta que era eso, una ola; notarás un descenso rápido, tú, milagrosamente arriba de la tabla, espuma persiguiéndote... y una duda existencial: ¿era “eso” por lo que tanto he anhelado?

Séptimo, no sufras, que para eso Hacienda ya ha establecido un periodo cada año; tú, cuando todo te abandone, cuando ni tu novia/o mire tus infructuosos esfuerzos, tú siempre tendrás un refugio en las espumitas; ya sabes que en California se llaman white waters, mucho más digno ¿no? Cuando todo te falle, tú

regresa al principio, es como volver a escuchar al doctor House doblado, después de romperte la cabeza con los subtítulos de síndromes derivados del latín, mientras, antes de acabar la lectura ya te entran por los oídos sonoros tacos en la dramática lengua de Shakespeare.

#### CA/terremoto

Graciassss por los mensajessss, llamadasss, emailssss, smssss, perdidassss, comentariossss en el blog.... estamos bien... el edificio no se ha acabado de caer, este parece que no ha sido el "big one" que se espera desde el comienzo de siglo, cuando San Francisco quedó destruida; gracias a que en Antofagasta tuvimos uno de 6,1, este de 5,4 solo ha sido como si una mano de un Polifemo agitase el apartamento para quitarle el polvo; además estamos inscritos en el consulado de Los Ángeles, de forma que si una réplica se lleva por delante La Jolla nuestros nombres aparecerán en el listado que, entre estiramientos de labios y fruncimiento de cejas, Lorenzo Milá os hará llegar para amargar vuestro café de la sobremesa y sabráis que ya no habría más selecciones de fotos ni ensayos. En este, la "profa" de escritura creativa me dijo que probara con el sarcasmo. Veremos mañana que nota me pone. Sed buenosss.

#### CA/Southern Exposure

No le llama tanto la atención al viajero occidental ver a una mujer, comprando en un mall de una zona residencial (no suburbio<sup>3</sup>) de California, llevando un impasible loro de tonos gris azulados sobre su hombro, como la indiferencia absoluta que la rodea. El respeto a la individualidad y el consiguiente ejercicio de los derechos personales o colectivos hace que, por ejemplo, la visita a un espectacular templo cristiano –que en otros lugares del mundo sería un atractivo de primer orden- aquí la tengan prohibida al resto de los cristianos sin carnet de la confesión (mormona), y por supuesto, al resto de los infieles. Claro que comparado esto con el hecho de que en la vecina Texas un iluminado líder religioso intercambie en matrimonio a su hija, de quince, por la de otro colega para él, de solo doce años, resulta pecata minuta. El respeto-educación-ritual que se tiene por los peatones es digno de un reportaje; viniendo, como venimos, de lugares donde cruzar la calle era el deporte más peligroso, aquí, si te ven girar la cabeza en un cruce de calles, frenan y te miran para saber si deseas pasar. La seguridad es la única diosa que está en los altares de todas las confesiones; por tu seguridad, la receta de un médico europeo no tiene valor, es más seguro que un doctor americano te vea y te vuelva a recetar. En alguno de los aludidos cruces puedes ver a los mendigos que resaltan tanto como no oír hablar de futbol en el telediario español; morenos hasta parecer de otra raza, rezan su pedido en cartones colgados del cuello, debajo de una sonrisa colapsada por el sol; sin-casa y veteranos son los dos términos más frecuentes de sus leyendas. Otro personaje local es un hombre anuncio que mueve una inmensa mano amarilla con el logo

<sup>3</sup> DRAE: "Barrio o núcleo de población situado en las afueras de una ciudad y que, generalmente, constituye una zona deprimida."

del negocio que le contrata; el interfecto suele tener unos cascos de música y algún sándwich y bebida con lo que atenuar las horas de descubierta. El tráfico llama la atención por su orden general; solo te asusta, de vez en cuando, un cuatro por cuatro de nombre “demoledor” o algo parecido, al parar sitúa los ejes de sus ruedas a la altura de tus ojos, tales que, cuando acabas de ver toda la rueda, el semáforo lleva abierto ya unos segundos. Nunca hubiéramos creído que los BMW serían unos coches tan populares; de hecho, pensábamos comprarnos dos, a la vuelta a España, pero nos hemos desilusionado. Abajo, en el centro de la Jolla, hay calles de un solo carril, más amigables; tanto, que alguno se anima a ir sobre el monopatín por la calzada, descalzo y en bañador... llevando bajo el brazo su tabla de surf; así que, una vez visto esto, ya no te llaman la atención los que la llevan colgada de un invento en el lateral de la bici, o casi vertical, detrás del asiento. Llamar la atención, puedes llamarla, lo difícil es que te atienda; si has decidido poner unos soportes para tu bici en la moto, ocupando parte del asiento de atrás... no te miran; si llevas todo el cuerpo tatuado en bonitos colores... tampoco; si tienes cerca de ochenta y vas con minifalda por debajo del culo y mini-camiseta de ombligo al aire... nada; en el caso de tener más ochenta, si vas en un sillón-triciclo, subiendo un puertecito, con dos banderas de colorines que te anuncian... impasibles; si eres mega-obeso o ultra-macizo... tampoco; si (chico) te paseas con tu chico de la mano, en pelota picada, por la playa Black... solo te miran si tienes el culete bien firme y depilado; claro que si (chica) te quitas la parte de arriba, al sur de Black, se acerca un señor de negro uniforme, con gafas impenetrables, desde su vehículo de vigilante y te advierte que va contra la ley... como va contra la ley comprar un botellín de cerveza en un supermercado, si, aún teniendo cincuenta y dos años, no eres capaz de enseñar un documento de identidad (con foto) donde se acredite tu natalicio.

## CA/Datos personales III

<b>Establecimiento</b>	<b>Ciudad</b>	<b>Noches</b>	<b>Acumulado</b>
Cabaña Bella Durmiente	San Alfonso, CL	3	56
AptHot Imperio	Santiago, CL	1	57
AptHot Antofagasta	Antofagasta, CL	14	58
Hot Takha-Takha	San Pedro Atacama, CL	2	59
AptHot Arica	Arica, CL	6	60
Patsheider's	Cochabamba, BO	14	61
Hot Magia de Uyuni	Uyuni, BO	3	62
Host Cerro Rico	Potosí, BO	1	63
Hot Premier	Sucre, BO	1	64
Bus	Sucre-CBBA, BO	1	65
Patsheider's	Cochabamba, BO	6	66
Betty's	Sta. Cruz, BO	1	67
Vitaliano's	San Javier, BO	1	68
Host El Mirador	Concepción, BO	1	69
Misioneros Identes	San Ignacio, BO	1	70
Parador Sta. Ana	San Ignacio, BO	2	71
Bus	San Ignacio-Sta. Cruz, BO	1	72
Betty's	Sta. Cruz, BO	2	73
Patsheider's	Cochabamba, BO	5	74
Hot Holiday Inn	Miami, US	1	75
Protocolo UNAN	León, NI	7	76
8865 Vía Mallorca	La Jolla, US	33	77
522 Glencrest	Solana Beach	6	78
8865 Vía Mallorca	La Jolla, US	30	<b>79</b>

**Fin**

MAD/Camping la Fresneda, Soto del Real, Vagabundear Acogidos (05 octubre 2008)

Contestar a la demanda de hacer un resumen del año es un reto más difícil que seleccionar las mejores fotos de los álbumes generados. Tentados estamos de tomar el comodín de los números para apretar en figuras lo que es incompresible. Si decimos que hemos estado en nueve países, impartido dieciocho cursos distintos, atendido a más de trescientos alumnos de niveles de pre-grado a doctoral, asesorado tesinas, tesis de máster y doctorales, incluso evaluado experiencias con un par de ONG... si enumeramos las actividades docentes, a las que hay que sumar el estudio y colaboración con el LCHC de la UCSD, solo miraremos un aspecto. De la labor académica hay que resaltar, primero de todo, la afectuosa acogida, el interés por aprender y el agradecimiento de los colegas sudamericanos, los cuales han venido a compensar las muchas temporadas de estepa castellana.

Tomando la clave del afecto hemos de dejar constancia de las numerosísimas muestras de hospitalidad –educación en el caso estadounidense-, las cuales han hecho que el permanente deambular se haya llevado como el pan nuestro de cada día. Porque deambular hemos de llamar a los ochenta cambios de pernoctación, a las más de cuatrocientas horas de autobús, a los tres días de navegación, los trece aviones; porque pormenorizar las barcas por el Amazonas, los botes de avistamiento de ballenas, los trufis compartidos en apretada compañía, sería entrar en demasiado detalle. Dejémoslo, pues, en “vagabundear acogidos”, un bonito oxímoron de resumen de resúmenes.

Espera siempre el interpelante respuestas a preguntas incontestables, como el “qué os ha gustado más”, como si se pudieran pesar las emociones de amanecer en la selva sobre una hamaca; acompañar a un ballena que cuidaba a su cría; ser salpicado por las aguas del canal de Beagle mientras la vela ceñía una vuelta apresurada contra la tormenta o el encuentro al alba con un puma en el interior de un bosque de hayas patagónicas; la emocionada anoxia con la que a cuatro mil metros contemplábamos los tres mil más que esculpián la cara sur del Aconcagua; las nieblas velando celosas los vírgenes canales patagónicos de Chile, el blanco salado de Uyuni desde el cráter del volcán Tunupa; la sensación de subir al primer cinco mil... no solo no se pueden comparar, sino que los actores no eran los mismos en cada situación. Los ojos que miraban atónitos el granito anaranjado del Fitz Roy no eran los mismos que habían visto saltar los delfines rosas en las aguas templadas de los canales amazónicos, su sensibilidad estética había cambiado... para siempre. No hay escala. Cada experiencia con sus imágenes, sus emociones y sus palabras recreándolas ha ido quedando marcada en la piedra etérea del cuaderno de bitácora digital.

Siempre habrá algún sesudo que nos demande por esa transformación interior que todo viajero, a la vieja usanza, dice experimentar... Quizá, ser conscientes de eso nos lleve algún tiempo, dado que todavía seguimos viajando, si este termina cuando uno reposa en un lugar estable, circunstancia que –tanto en el nombre como en el adjetivo- todavía no se da. Podríamos adelantar que el reto de enfrentar dificultades ha sido menos, gracias a la buena armonía y compenetración que lejos de desgastarse con el paso de los días y los

kilómetros se ha afianzado; con seguridad hemos desarrollado una cintura de junco para esquivar las frustraciones y hemos aprendido que la perfección es la madre de todas las frustraciones: viajar y vivir es el arte de encontrar la satisfacción en los nublados con los que amanece el único día que cada día toca recorrer.

Odiseo retorna a Ítaca porque en la mente del que teje la ficción se exige un final para ese lector que ya se adivina. Un año de viaje, en la vida real, no acaba, porque llega siempre preñado de nuevos viajes que el futuro y la providencia apadrinarán.

Gracias a los que nos habéis seguido; si os hemos logrado trasmitir un poco de inquietud emocionada eso añadirá miel al dulce de nuestra ya colmada satisfacción.

## WORLD/ Canto particular

Montevideo, extendida frente al agua de plata  
 como una red que espera ser recosida  
 tus palacetes de tiempos fantasmales  
 se esconden de los despropósitos verticales  
 aceras que enzarzan a los ciegos  
 y tus niños cartoneros  
 labrando tus calles nocturnas en busca de pan.

En Cabo Polonio nuestros primos mamíferos  
 reivindican el invento de la siesta  
 sobre las rocas pulidas de amaneceres atlánticos.

Uruguay, La Mancha verde y acuática  
 que escondes con recelo el secreto de los ombúes  
 tú fuiste la primera que nos almorzó  
 con abrazos siempre recién horneados.

Paraguay espeso y caliente  
 alfombra infinita desde el alto supremo de Tres Candú  
 llevas la selva como orla de flores  
 y la corrupción de corona de espinas

Argentina, ensimismada, mundocéntrica, hiperbólica y relinda  
 te laceran los tobillos los grilletes del psicoanálisis y el peronismo  
 en Mendoza, ordenada de árboles y acequias  
 abres la puerta para el circo de los Andes  
 donde solo quien paga sudor contempla a los gigantes  
 el Aconcagua que se creía a sí mismo sietemil  
 llora copiosos glaciares por su cara sur y  
 apuna a los incautos que sin respeto le cercan  
 en Río Cuarto, humilde y tosca por fuera  
 se escondían las magas de mimos y empanadas  
 la docta Córdoba guarda el pasado sin rencor  
 y en sus sierras se olvida la pampa:  
 monótono destino de mapa plano.

Buenos Aires, casi europea, casi acogedora  
 cafés y filósofos florecen en tus aglomeradas avenidas

en la frontera entre el llano frondoso  
y el llano estepario de apellido patagón  
se asoma al mar la Península Valdés  
para ver amamantar a las ballenas y  
a los pingüinos soñar con alas que vuelan.  
Los Andes se encrespan en olas rocosas  
antes de que Magallanes corte el continente  
y recuerdan a Fitz Roy y Saint Exupery  
en sus cumbres celosas, casadas solo con el viento  
el Cerro Torre moja en merengue de nube su cima  
y se esconde vergonzoso tras cortinas de niebla;  
por la umbrías de tus delicados bosques de lengas  
deja el puma su perfil acechante  
allá en Ushuaia se adelgaza definitivamente el Nuevo Mundo  
y sopla Antártica sus flautas de hielo  
solo las naves a vela descubren en el Canal de Beagle  
el alma aventurera de nuestros abuelos decimonónicos  
cuando la tormenta borra el mundo  
y no hay más verdad que la sal y el timón.

Brasil, solo besamos tu boca amazónica  
y eso bastó para que nuestros sueños fueran esmeraldas  
la verdad primera de tu vida ecuatorial  
nos cautivó en amaneceres de luces imposibles  
el sol, el agua, las plantas, las aves, los delfines...  
En Iguazú argentinos y brasileños  
luchan a brazo partido por la cosecha de dólares  
y convierten el regalo de la naturaleza  
en una cloaca de atracciones.  
Si te abstraes de las ferruginosas pasarelas  
y embarcas tu mirada en un suflé de aire y agua  
que vuela diezmado entre escalones vegetales  
entonces el alma se torna ave  
y te golpea la cárcel del pecho para volar la cascada  
la creación y su milagro se repiten en tu río.

Chile, largo como una noche de autobús  
acariciamos tus pies congelados  
besamos tu frente ardiente  
desde el Paine hasta Atacama  
por tus ríos y tus canales  
desiertos, espumosos geiseres y volcanes  
tu geografía de serpiente caminamos  
tras las elegías de Gabriela  
tras los minerales adjetivos de Pablo  
en tus Torres australes de granito rebanado  
sueñan los dedos de los escaladores galácticos  
Islas vírgenes, canales vírgenes, fiordos vírgenes  
playas, laderas, picos, ríos vírgenes,  
la selva fría del sur apelmaza candados contra los intrusos.  
Caprichos de madera se enlazan en Caleta Tortel  
entre verdes barrocos y lluvias persistentes  
sobre un mar de acuarela inventada  
Cochran, solitaria y pacífica  
Puyuhuapi atrapada en un sortilegio del agua del cielo  
Puerto Montt y el Cajón del Maipo  
madrigueras de cariños al viajero.  
Chile, vía láctea de bosques siderales  
y arenas como estrellas de desiertos estelares  
toda la geología de la poética está escrita  
en tu libro con cubiertas del Pacífico y los Andes.

Bolivia, castigada sin mar  
por haber robado la sal del primer océano  
y esconderla en la palma de Uyuni  
te asomas al cielo morado desde el balcón del altiplano  
tus pajas bravas y tus vicuñas mansas  
trazan vidas duras de adobes y quinuas.  
Desde el minarete del Tunari  
luce Cochabamba su retiro tropical  
con sordina a los cláxones de los trufis

macedonia de pieles, de acentos del español  
de riquezas y de pobrezas, de pijas y de cholas  
una gran salteña de espinas y de flores.

Potosí encantadora, empedrada y romántica  
con tus celosías de amores de la colonia  
y tus pesares de mineros condenados.

Sucre, blanqueada y recta  
pesa sobre tus hombros fundadores  
la historia de pesadillas y de encuentros.  
Chiquitanía trópico jesuítico y musical  
abandonada al barro y a la distancia  
florece en ti las voces y las cuerdas de las violas  
en el maridaje frutal de Europa y América.

Nicaragua central cintura caliente  
de volcanes y lagos regada  
en tu geografía tropical  
se acercan León y Granada  
en tus ciudades coloniales  
patios cordobeses  
y rejas enamoradas.

...

Caminos de ripio de Sudamérica  
bosques de lengas y frutales  
noches de relámpagos en la pampa  
plazas mayores y arrabales  
cataratas, leones marinos  
nemorosos glaciares  
delfines rosas del amazonas  
cumbres verticales  
canales y fiordos  
llanuras salares  
géiseres  
y volcanes  
gentes acogedoras  
ballenas maternales

tierras y  
mares  
nuestro corazón queda grabado  
con tus profundas señales.  
Zaín Brañero, mayo, 2008